



NINA MININA
QUERIDO DESTINO, NO SEAS CABRÓN.

¿Vienes
o
te
vas?



NINA MININA
QUERIDO DESTINO, NO SEAS CABRÓN.

¿Vienes
o te
vas?



¿Viernes o te vas?

QUERIDO DESTINO, NO SEAS CABRÓN
NINA MININA

1.ª edición, septiembre 2017

© NINA MININA, 2017

Título original: ¿Viernes o te vas?

Diseño de portada: Nina Minina

Imágenes: Diseñadas por Freepik

Encuadernación: Nina Minina

ISBN-13: 978-1976125256

ISBN-10: 1976125251

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

A mi otro yo,

mi locura más inmediata.

Sin ti nada sería igual.

SINOPSIS

Seamos serios y pongámonos en situación. Imagínate por un momento que un buen sábado te levantas de la cama con un resacón en las venas brutal y que unos seres *friquibundos*, que no conoces de nada, han invadido tu espacio vital y están dilapidando tus últimas reservas de ibuprofeno. Además, la que dice ser tu amiga, te diagnostica el síndrome de Korsakoff y se queda tan pancha. A ver, veamos... ¿a ver si va a ser verdad?,

porque tú... lo de ayer como que no lo recuerdas mucho, ¿verdad? Por lo visto, alguien perdió la brújula al completo y todas las sospechas apuntan directamente hacia ti, y yo me pregunto: Querido destino, ¿cómo puedes ser tan cabrón?

LA AMAMANCIA INFIEL

Tengo una suerte bárbara, más que bárbara es brutal. Tengo la suerte de levantarme con una pila de petaca enchufada al culo, con ganas de comerme el mundo y sonreír como el Joker a la vida, soy la viva imagen de los empalagosos eslóganes de Mister Wonderfuck.

Ya, lo sé, doy un poco de ascazo, pero así soy yo y esa es mi gran suerte.

Cada día me despierto a las ocho, gracias a un reloj biológico que habita en mi cabecita puntual como un novio feo, me levanto ligerita de la cama y tranquilamente me ducho, me

peino, me maquillo y con esas ya tengo la sonrisa tirándome de los carrillos mientras desayuno en mi cocinita con la mirada clavada en el cielo azul, uno, porque puedo verlo

desde la diminuta ventana de mi cocinita y, dos, porque, además, tengo la suerte de que aquí donde vivo casi siempre es de ese color (aunque, pensándolo bien, en ninguna parte

del mundo puede ser de otro color, pero a buen entendedor, pocas palabras bastan, sé lo

que me digo, vale). Me fumo mi primer cigarrito (sí, soy de esas repudiadas sociales que todavía osan fumar porque les gusta disfrutar de un buen cigarrito mañanero, esos que te regulan el colon y te vacían que da gusto, y a cualquier hora del día, a decir verdad, me va bien, para qué voy a mentir), a la vez que repaso mentalmente mi agenda diaria y reviso

mis *apps* sociales en la *tablet*. Entre semana suelo currar en la Clínica Bruselas de nueve a dos y de cuatro a siete y, cuando salgo, hago pilates, danza del vientre, *running* o *nonadas*.

Esto último me encanta. Por las noches y los *findes* salgo con mis amigos de tardeo, nocheo y postureo, *eo, eo, eo* (me va el jolgorio, es evidente) y, si se tercia, hasta me echo un ligue puntual (también me va el folleteo, venga, lo confieso aquí y ahora). Actualmente no tengo pareja ni folla-amigo ni nada que se le parezca, pero no es algo que me preocupe mucho porque sé que mi *def* está al caer. Sé que un día al girar la

esquina del mañana conoceré a la persona que me pondrá el salva-slip del revés con solo guiñarme el ojo.

¿Que por qué lo sé? A parte de enfermera de día, aficionada al pilates y al *belly-dance*, a fumar una media de diez cigarrillos diarios y golfanta de noche, soy superfán de la astrología y las *mancias*. Es un defecto congénito, lo sé, pero qué le voy a hacer.

Mancias. Seguro que has escuchado esta palabra en más de una ocasión e incluso te pueda parecer *cosas de loca*, pero lo mío es más bien *de serie*. Mi madre, Susana Castaños, más conocida en la región como *La Luceros*, es pitonisa profesional, y a ella acuden en escuadrón, desde que tengo uso de razón, personas de lo más variopinto para recibir consejo sobre las decisiones importantes que tienen que tomar en sus vidas, incluidas memeces tales como el color de pelo que deben llevar a la boda de su hija, frente a un conjuro místico en el que mi madre les arranca pelos de las cejas y los quema para

finalmente decir con los ojos en blanco: «Rubio ceniza». Así que estoy bastante curada de

espanto, y lejos de pensar en todas estas cosas como misticismos a tratar como reliquias de una época menos racional, lo veo, más bien, como el pan de cada día. Y no soy la única,

¿eh? He visto casi de todo, todo, todo, circular por nuestra casa, desde curas, médicos respetadísimos, deportistas de élite, vips del artisteo nacional y políticos corruptos, que por supuesto no puedo nombrar, pues mi madre que es muy profesional me hizo jurarle con las manos sobre su bola de cristal que nunca desvelaría nada de cuanto vieses mis ojos.

Pero voy al grano, una vez hecha la debida presentación (mi madre además de inculcarme la fe ciega en las *mancias*, también me enseñó muy buenos modales), quiero contaros lo que aquel viernes, que en un principio se auguraba estupendo y maravilloso por las luces de mi progenitora-advina-pitonisa-profesional, pasó a ser una locura sin pies ni cabeza, y nada mejor que hacerlo desde el final, que siempre es el mejor principio o el principio de cualquier historia nueva, según se quiera ver, y es que la vida hay que mirarla con perspectivas, en plural, cuantas más mejor, y así le vamos sacando todo el jugo hasta exprimirla a fondo. Yo siempre digo que la vida es para subirse a ella, no para sentarse en el andén de la desidia y ver cómo pasa de largo como un tren de alta velocidad, y es por eso que yo la vivo a tope, aunque en días como ese, con el cuerpo hecho una piltrafa, me bajaría de ella en marcha hasta despellejarme rulando como un conejo.

Así que empezaré hablando del sábado siguiente al viernes de autos, porque la vida es así, después de un viernes, siempre llega el sábado, y si no ocurre tal cosa, mal nos va, ¿no? O, directamente, no nos va nada de nada. En fin, volviendo al asunto que nos ocupa, que me pongo en plan Paulo Coelho y me hago las trompas de *farlopio* un lío... Este sábado, al contrario de lo que suele suceder, me levanté como si me hubieran operado el

cerebro a cabeza abierta (nunca me han operado el cerebro, pero supongo que eso te deja

bastante hecho mierda). Pues así estaba yo, una nave nodriza gigantesca, negra y molesta navegaba por mi cabeza a lo *Star Wars* (pero sin Han Solo al mando, cosa que no me hubiera importado en los más mínimo, sobre todo si iba en bóxers y llevaba una Cola-Loca en la mano bien fresquita y con rajita de limón) que me impedía abrir los ojos, ojos por decir algo, bien podrían pasar por almendras garrapiñadas, y había tal estruendo ahí dentro que se me antojaba que Daddy Yankee, La Factoria, Plan B y Nicky Jam hubieran

montado un concierto por sorpresa y estuvieran tocando, todos juntos y a la vez, *el chachaca-pum-chachaca-pum* con una botella de Anís del Moco y un cucharón de palo.

Tenía lo que se dice en plata, un resacón en las venas del copón.

Apreté los ojos con fuerza y me di la vuelta queriendo tomar otra vez posiciones y reconciliarme con el señor Morfeo. A esas alturas del día (la una de la tarde más o menos) ya se presagiaba que sería duro de llevar sin la ayuda de una sobredosis de ibuprofeno y más tras el inesperado hallazgo que hizo mi mano al aventurarse en el más allá de mis dominios colchoneros, al palpar una masa magra sudorosa. No sabía si había tocado pechuga o mulso, pero aquello apuntaba a ser un pavo, y no de los de Navidad, un pavo de los que pavonean a las pavas. Tumbado a mi verita había un tío, debía serlo, las mujeres no lanzan semejantes ronquidos de batracio, que encajaban sincopados en las notas de reguetón que despedían mis neuronas resacosas, y del que no recordaba cómo había llevado hasta ahí. Horrible sensación de me cago en mi puta vida.

Maldita Patricia, malditos rones, malditos cazallas y maldito, sobre todo, el cigarro condimentado con especias alucinógenas que me dio a fumar mi nuevo amigo de la

puerta del Bébeta la Vida a Jarras (garito de nocheo muy frecuentado por mí y mis fieles seguidores de farras y con un nombre que le viene al pelo) y al que había ido a tomar un algo con la maldita Patricia. Una tía que de día parece una médica muy seria y formalita de esas que te miran por encima de sus gafas de pasta mientras teclean a toda máquina que te quedan tres meses de vida y se encarniza con las recetas de pastillas que te van a costar una úlcera duodenal para más inri, pero que en cuanto cuelga la bata y el estetoscopio se vuelve una salvaje de podio sedienta de jolgorio (alcohol por un tubo y lo que caiga mientras tanto). Recuerdo el día que tuvo que diagnosticar un cólico renal y el paciente le preguntó si aquello era grave y ella le dijo que era «grava». Patricia tiene lo que se dice poco tacto y además unas ganas locas de fiesta. Ella fue quien me lio, como casi siempre, a veces me lío yo sola sin necesidad de que nadie me haga la ola.

Yo pensaba hacer lo que mi madre me había recomendado: ir a la playa, saltar tres olas, quemar mis deseos en la hoguera, tirar una fruta y unas flores al mar, comerme unos boquerones adobados... Todo eso en plena consciencia (aunque puedas pensar que debo tener el conocimiento justo para pasar el día) y después dormir a pierna suelta para que el influjo de la noche mágica entrase en mi pisito (fíjate bien, que siempre hablo de él en diminutivos, pero es que el tamaño del pisito es lo que le pide a mi boca). Mi intención era tomar una copichuela (*na* más) al salir de trabajar en el bar de Bruno (esquina opuesta a la clínica Bruselas en la calle Castaños) con Patricia e irme a hacer todo el tema de las *mancias* vestida de impoluto blanco como la niña de la curva (pero sin maquillaje gótico) y estar fresca como un clavel en rama para el sábado, día de San Juan, la fiesta grande, pues esa iba a ser mi NOCHE. MI GRAN NOCHE (¡viva Raphael y la madre que lo parió! Perdona la exaltación, es que soy muy fan). Según mi madre iba a ser la hostia en mi vida, y no de las malas (entiéndase), pues iba a conocer a un bombero en la *Cremà* y dejaría de ventilarme sapos, sapos como probablemente sería el que tenía tumbado a mi lado roncando como una mala bestia. Parecía que se había tragado una orquesta entera de

pitufos maquineros.

Mis pensamientos en relación con la noche anterior eran como *gifs*. Iban, venían, se repetían una y otra vez, pero no les encontraba mucho sentido. Yo con la cara pegada a un cristal, yo bailando la conga enseñando los pelos de las ingles, yo besando a un tío, yo teniendo un conato de coito con la máquina de tabaco... Estaba un poco acojonada, no sabía con qué iba a encontrarme al lado tras esos *flashbacks* tan cabra-loca: ¿mi nuevo amigo cigarrito matador, el gordito bailes raros, el guapetón ojos verdes, el simpático listo...? Podría ser cualquiera. Levanté la colcha (con miedo, vale) y el tío estaba de espaldas y en pelota de tenis picada (lo de tenis, porque era peludito en toda

su extensión y estaba bastante rellenito, era un campo de golf abandonado, pelos pajizos por todos lados).

O sea, era el gordito bailes raros. Otra vez esa horrible sensación de me cago en mi puta vida. No era mi tipo, quiero que conste. Y no es que sea yo una tiquismiquis en cuanto a tíos se refiere. Me dejo llevar más bien por los influjos de la luna (ella me susurra al oído quién llevarme a la cama). ¡Pero por Urano y Plutón, la luna esta vez me la había jugado!

¡Maldita! ¡Maldita la luna también! ¡Qué cabrona la luna!

Me levanté sin fuerzas ni ganas de la cama y con cuidado de no moverla mucho y despertar a aquel tío recio que yacía con la boca abierta, soltando ronquidos horriblemente desagradables. Caminé por la habitación, con las puntas de los dedos y los brazos medio

muertos, imitando al mismísimo Montgomery Burns, buscando mis zapatillas y algo de ropa que echarme encima; yo también estaba desnuda, cosa que no me hacía ni puñetera gracia.

Mi atuendo del Tara, que Patricia tildó de costalera *cool* de Semana Santa, estaba en el suelo manchado de vómito y muchas cosas más, y pedí perdón a Amancio mentalmente por aquel vilipendio. Visto lo visto, había habido folleteo entre el gordinflas velludo y una servidora (aaarrggg). Luego busqué en mi bolso la cajetilla de tabaco, y era de Bucados negro, cosa que me escamó una cosa bárbara (yo no fumo tabaco negro) y, además, pude

comprobar que el plátano (pocho), las flores (mustias) y el papel de los deseos (arrugado) seguían en su interior. No solo me había pillado un pedo descomunal, encima había renunciado a los consejos de mi madre y me había hecho del club de me-fumo-lo-que-sea-con-tal-de-quemarme-los-pulmones.

Era para matarme y por eso el santo patrón me había castigado poniendo a un chico grueso con la capa de Jon Nieve como espalda en mi cama. Estaba claro.

Resoplé varias veces, si la gran pitonisa se llegaba a enterar de mi despilfarro neuronal me echaría una de sus sermones sobre el poco respeto que se le tienen a las artes ocultas y un «fas fas maldita estás» con sus uñas de gel apuntando mi cara...

RESACÓN EN LAS VENAS

Necesitaba chutarme un café directamente en las venas, rehidratarlas como fuera, tras la ingesta de alcohol, que debía haber sido a escala garrafal a juzgar por el reguetón que vapuleaba mi cabeza sin piedad. Debían estar disecadas como los animales que colecciona

Amanda Seyfried, y Patricia tendría que hacerme un chequeo el lunes por si necesitaba un trasplante de hígado, aunque lo más probable es que ella misma también lo necesitara y se pusiera la primera en la lista de espera, alegando que su permanencia en el mundo era mucho más importante que la mía. Siempre me decía que en caso de apocalipsis, ella estaría muy por delante de mí en la lista de elegidos para entrar en el búnker y preservar así la vida inteligente en la Tierra.

Cuando llegué al saloncito, el cigarro que llevaba en la boca se me cayó de la impresión. Suerte que estaba apagado o hubiera quemado los pies de aquel ser que yacía

plácidamente en el suelo abrazando uno de mis cojines peluchitos del sofá.

Mis ojos empezaron a responder de manera casi normal, recorriendo toda la sala en visión panorámica intentando enfocar con cuidado de no desprenderme las retinas ante semejante espectáculo solo apto para adultos y sin problemas coronarios, y mi corazón a

bombear sangre a todo lo que daba de sí. Mis conocimientos médicos sabían que no estaba

sufriendo un infarto, pero de no haber sido enfermera ya hubiera llamado al 112.

En el sofá estaba Patricia en bragas y sujetador, con la cara aplastada en el reposabrazos y un brazo colgando (lo que se dice con el ancla echada para pasar la mona), acompañada de un rodal de babas alrededor de la comisura de su boca.

En el sillón orejero, recién tapizado, un chaval con todo el asunto al aire, posando su bolsa escrotal en el asiento y con la chorra a media asta, durmiendo en posición vampírica y con la boca abierta.

Recapitulando, tres personas dormían en el saloncito de manera poco decorosa, y a dos

de ellas no las conocía de nada. Y para completar el cuarteto de cuerda, aunque bien podía ser de percusión por los ronquidos, el velludo macerado de mi cama.

La mesa estaba repletita de latas de cerveza y vasos de Cola-Loca aguada por hielos que hacía mil se habían fundido. El cenicero del rastafari, que nunca me gustó, se había caído al suelo y se le había roto el brazo que sujetaba el canuto, desperdigando decenas de colillas en mi alfombra de Pikea junto a un manchurrón de algo marrón que no quise averiguar en aquel momento, pero que era muy sospechoso.

Me dirigí a la cocina con una leve taquicardia y me encontré más de lo mismo: botellas de alcohol vacías, vasos sucios y restos de envases de fiambre sobre la bancada, y más colillas y migas de pan medio descompuestas componían un cuadro vomitivo en la pila.

¿Qué había pasado la noche anterior? ¿Habíamos montado acaso una bacanal en mi pisito

y por eso acabé eclipsada por el potencial del velludo?

Cogí una cacerola y un cucharón de palo y, como una loca de atar, empecé a despertar a todo el personal como si estuviéramos en un campamento de verano juvenil.

—Pero ¿qué cojones...? —El de la bolsa escrotal al viento dio un respingo en el sillón y se restregó los ojos—. ¿Se puede saber por qué has hecho eso? Me has dado un susto de muerte.

—Perdona, ¿quién eres y qué haces en plan comando sobre mi recién tapizado sillón?

—Lo miré inquisitivamente, lo recordaba vagamente del pub, era el guapetón ojos verdes.

Recordaba sus ojos, cómo para no hacerlo, y me pregunté por qué mierdas no me había liado con este y no con el otro. No entendía nada. Este tío era más de mi gusto o del gusto de la luna. La maldita luna ayer, visto lo visto, se había pillado también una cogorza a costa del universo y había mandado mis exigencias por algún agujero negro.

—¿Qué te pasa, Candy? Soy Pablo, tú me dijiste que me desnudara. ¿No lo recuerdas,

caramelito? —El tal Pablo se desperezó todo lo que pudo, empinando aún más aquella tranca felizmente despertada.

—¿¡Yo!?—¿Qué narices estaba insinuando, que yo le pedí qué?

—Joder, Candy. —Empezó a reírse a carcajadas, despertando a las otras dos marmotas que se habían resistido al ruido de la cacerola—. Lo tuyo no tiene nombre, ayer eras la voz cantante de todo el cotarro.

Pues claro que no tenía nombre, y ¿por qué mierdas me llamaba «Candy»? Yo no soy Candy. Yo soy Candela, Candela... Candela María, en todo caso, si es que me vas a echar la bronca.

—¿Qué pasa, Candela? —Patricia se incorporó y se rascó la cabeza, enmarañando aún más su mata de pelo rubio y con una voz ideal para imitar a Joaquín Sabina en *Tu cara me suena*.

—Eso mismo estaba preguntando yo a este chico. —Miré a Pablo fijamente comprobando que aún seguía desnudo y ya de paso que estaba muy bueno—. Cúbrete con algo, por el amor de Dios.

—Buenos días, pandilla. —El abraza-cojines también se desperezó y se sentó cruzando las piernas y saludando en plan colegueo con los ojos pegados por las legañas.

—¿Y tú quién eres? —le pregunté con la boca más seca que el esparto, pese a que también recordaba entre brumas su rostro del pub, el simpático-listo que me enseñó un truco de magia justo antes de salir a la puerta a fumarme el cigarrito especial con su amigo el ricitos de oro.

—Qué graciosa eres, la puta ama —dijo con retintín—, Candy, soy Raúl. ¿Hay café?

—Claro que hay café, en el bar de abajo lo preparan riquísimo. —Miré a mi amiga que

parecía muy divertida con la situación—. Patri, ¿qué hacen todos estos aquí?

—Vinimos a desayunar —me respondió—, por cierto, ¿dónde están Víctor y Jerson?

—¿Quiénes son Víctor y Jerson?

—Dos amigos nuestros —respondió Pablo rebuscando por el suelo su ropa. Había un derroche de prendas tal que aquello parecía un Trimark un sábado por la tarde.

—Hay uno entradito en peso en mi cama —dije con cara de asco.

—Ese es Jerson —respondió Raúl, el abraza-cojines.

—Así que se llama Jerson. —Puse los ojos en blanco y me llevé las manos a la cabeza

—. ¿Y el otro, Víctor, dónde está?

—¿Qué pasa, se ha ido? —preguntó Pablo.

—No lo sé.

—¿¡No lo habrás matado!? —exclamó Raúl dibujando una mueca de horror.

—¿Por quién me tomas? —le repliqué bastante molesta—. Patri, ¿puedes venir un momento? —le pedí a la chalada de mi amiga llevándomela a rastras hasta mi habitación

—. ¿Qué mierdas ha pasado aquí? ¿Cómo has consentido que metiera a estos tres... o cuatro en mi casa y más concretamente a esta morsa peluda en mi cama? —Le señalé indignada al velludo roncante.

—Tranquila, no te alteres y me echas la culpa como siempre. Los invitaste tú.

—¿¡YOOOOO!? —grité más de la cuenta y el velludo se revolvió en la cama.

—Ya lo has despertado, con lo a gustito que estaba él entre tus sábanas —se mofó Patricia.

—No tiene gracia.

—La tiene, esta vez sí que la tiene.

—¿A qué te refieres con que esta vez sí que la tiene?

—Ibas tan pedo que no recuerdas nada de lo que pasó ayer, ¿verdad?

Traté de pensar en algo concreto de lo vivido la noche anterior, pero solo me llegaban *flashes* vagos y desconcertantes. Asentí confusa y dije:

—Verdad.

—Pues ve despertando a tu *fofisano* y hacemos una reunión de urgencia, necesitas que te refresquemos la memoria.

—De eso nada, no necesito que se me refresque la memoria —me negué por completo

—, lo que necesito es darme una ducha y que todos estos tíos raros se vayan de mi casa ahora mismo.

—Pero, tía, teníamos un planazo para hoy —rezongó rascándose la pierna. ¿Es que no se había dado cuenta de que estaba en paños menores en presencia de unos completos desconocidos de ojos voraces? O no, no sé si eran voraces y simplemente eran ojos resacosos—. ¿Recuerdas? Lo planeamos tras la procesión que organizaste aprovechando tu

look de costalero.

—¿Qué parte de no me acuerdo de nada no has entendido? —le pregunté encrespándome e intentando recordar cuándo me había vuelto yo tan devota como para organizar una procesión de Semana Santa en pleno solsticio de verano.

Vale, que no *panda el cúnico*, estaba claro que anoche cogí una cogorza descomunal, y que cuando bebo más de la cuenta y le doy unas caladas a un cigarrito de la risa se me va un poco la cabeza, pero esto, ¡ESTO! Esto había llegado demasiado lejos, se había ido de madre (sobre todo de la mía), aunque pensándolo bien me había llegado muy cerca, más

concretamente a mi pisito.

Creía que iba a ser una noche tranquila en nuestro garito de siempre, un par de cañas y

un cazallita como mucho, pero habíamos perdido el norte, ¡y el nombre!, al menos yo.

Patricia tenía otros planes maquiavélicos y yo había terminado cediendo como siempre, perdiendo hasta la goma de las bragas, la dignidad como ser humano y la brújula que todos llevamos insertada en el cerebro para no olvidar dónde has dejado el coche. No sabía qué había pasado ni cómo narices me había montado un circo en mi pisito, invitando a esos tres seres salidos de una serie de *nerds* americana a la española.

El velludo gordinflas se dio la vuelta entonces y nos sonrió con la cara roja como un tomate de pera, y a mí se me encogió el estómago. Hasta ese momento debía ser del tamaño de una bolsa de basura comunitaria, para llevarse ese tío a la cama se debía tener mucho estómago, pero mucho, mucho, mucho... muchísimo. El estómago de un puto

elefante, por Dios, pero ¿por quéééééééé?

—Ey, Candy, muy cómoda tu cama. Patri, colegaaaaaaa. —Levantó el brazo y le ofreció la palma de la mano a mi amiga.

—¿Qué tal, Jerson? —La mala pécora le chocó los cinco como si nada. ¡Hale, viva la Pepa!

—¿Puedes levantarte de mi cama ya, por favor? —Hice un gesto de angustia para que Jerson advirtiera que aquella situación me hacía muy poca gracia.

—¿Qué mosca le ha picado a esta? —Velludo- *man* preguntó a Patricia. Pero ¿en qué me había convertido yo anoche, en el adorable osito *Misha*?, o, mucho peor, ¿en su compañera de cama?

—No le hagas caso, tiene el síndrome de Korsakoff. No recuerda ni la murga que nos dio con encontrar a su definitivo o, como ella lo dice, su *def*. Tienes que ir pensando en dejar de abreviar las cosas como si tuvieras problemas logopedas. —Patricia odiba esa manía que tenía de acortar palabras para darles un toque *glam*, pero por un oído me entraba y por otro me salía.

—¿Que tengo qué? —Necesitaba que la doctora muerte me iluminara con su sabiduría

y, sobre todo, que me aclarase si ese síndrome era mortal ya que se había aventurado a dar un diagnóstico, precoz por otro lado.

—Síndrome de Korsakoff, ¿no lo diste en la carrera? —dijo con desdén—. Veo que la cosa está más grave de lo que pensaba. —Mi cara de pánico la animó a darme el diagnóstico completo, como a ella le gustaba hacerlo, con muchos detallitos y palabreja técnica para que el paciente no se enterase de la misa la mitad. Cómo disfrutaba la mala pécora dando malas noticias, es que se le notaba en la cara de cemento. Lo soltaba a bocajarro sin inmutarse y ahí te quedas, *pringao*, si te estás muriendo es tu jodido problema—. El síndrome de Korsakoff o psicosis de Korsakoff es una afección que abarca

los trastornos mentales que se manifiestan en la enfermedad de Wernicke, y generalmente

se presenta en quienes presentan abuso de alcohol. Se ven afectados especialmente la memoria y el aprendizaje, pero involucra también otras funciones cognitivas. El daño cerebral proviene sobre todo por una deficiencia de vitamina B1, aunque también suelen

ser insuficientes otras vitaminas y minerales. El consumo de bebidas alcohólicas produce daños en el aparato digestivo, lo que provoca deficiencias de absorción y almacenamiento, sumados a sus propiedades neurotóxicas y a la situación de abandono alimenticio a que puede conducir... —¿Había oído daños cerebrales? Estaba toda loca escuchando todo aquello con las neuronas aturulladas en rompan filas con los bracillos en alto pidiendo auxilio.

—Para, para... ¿¡Tengo daños cerebrales!/? —Me toqué el cráneo, intentando buscar algún bulto, entran—No me seas hipocondriaca, solo es una resaca de órdago. Aunque te

vendrían bien unos pistachos, tienen mucha vitamina B1 —dijo tan pancha, dejándose caer en la cama y cruzando las piernas.

—Puedo ir a comprarlos, me visto y voy en un momento —se ofreció velludo- *man*.

—Nadie va a traer pistachos. ¡Esto es de locos!

—Mira, eso mismo decías anoche —volvió a mofarse mi amigastra, que en ese

momento se me antojaba la malvada de *Blancanieves*.

La idea de que toda esa gente, incluida Patricia, se marchara de mi casa y poder meter la cabeza en el horno me invadía, pero la curiosidad también me estaba matando y, además, el horno era eléctrico y solo conseguiría gratinarme los párpados. Tal vez estos chicos fueran buenas personas y el dichoso síndrome de Korsakoff me estaba dando tregua

para no recordar el nefasto polvo con aquel tío raro y poder pasar página. Quizá podríamos ser amigos, comer paella los domingos, jugar al rugby sobre un campo de césped como en *Friends*, tomar cafés día sí y día también en el bar La Costera...

Definitivamente necesitaba un palé y medio de pistachos, el síndrome de Korsakoff paseaba por mis venas como Pedro por su casa dejándome lela del todo y dependiente de

alimentación por sonda.

KORSAKOFF Y SUS AMIGOS

Estaba a punto de engrescarme con mi amiga, cuando Jerson se levantó de la cama. Tal cual, con sus carnes fofas y velluditas al aire, y emitió un aullido agudo enseñándonos los pelos de los sobacos como dos chuminos lacios. Ambas nos quedamos mirándolo, yo, extrañada, Patricia, preocupada, mientras volvía a posar sus posaderas desnudas en mi colchón (nota mental: lavado urgente a noventa grados de las sábanas o quema directa con soplete).

—¿Estás bien, Jerson? —Patricia se le acercó.

—Tengo un dolor en la espalda brutal.

—Eso es por la contusión —dijo Patricia, y yo la miré sin comprender nada—. Deja que te mire. —Se inclinó sobre él adoptando un aire profesional—. Túmbate boca abajo.

Desde mi posición vi ahora que tenía un hematoma gigantesco a la altura de las dorsales y me asusté un poco.

—¿Y esto? —Miré a Patricia que le estaba inspeccionando la zona con la mano, preguntándole: «Te duele aquí... y aquí... y aquí...», vamos, lo típico que hacen los médicos al hacer el peritaje.

—Se lo hizo anoche —me respondió.

—Pero ¿cómo?

— *Bueh poh bu vulva* —intervino Jerson con la boca hundida en mi almohada.

—¿¡Mi qué!?! —grité. Ay, ay, Dios, ay Dios mío, pero ¿qué le había hecho mi vulva a este pobre hombre?

Patricia asintió con la cabeza y yo me la quedé mirando alucinando, pero ¿qué mierdas había pasado anoche? Tenía que saberlo o me iba a dar un *patús* de los gordos en cero coma.

—Sí, tuya, ya te dije que llevarme en peso sobre una tumbona representando el *Ecce*

Hommo no era buena idea —reiteró el velludo, separando su boca de la almohada, antes de gritar como una niña cuando Patricia tocó con poco tacto una zona especialmente amoratada. Aquello me dolió hasta mí y a la vez sentí un inmenso alivio al conocer el dato que no había sido mi vulva quien le había agredido.

—Estás bien. Solo es una contusión —emitió su diagnóstico la señora médica, sentándose en el borde del colchón y dándole unas palmaditas amistosas en el trasero —.

Tómate un analgésico cada ocho horas durante un par de días si te sigue doliendo y en pocos días el dolor remitirá y el cardenal desaparecerá.

—¿Dónde está el váter? —preguntó Jerson saltando de la cama con una agilidad pasmosa, tanto por su peso como por su espalda lastimada.

—En el pasillito. —Le señalé la puerta, cubriéndome los ojos con la mano. Aquel ser en movimiento no era plato de buen gusto.

—Ahora nos vemos, chicas. —Nos hizo un guiño desde la puerta antes de salir.

¿Qué le había hecho yo a ese pobre muchacho poco agraciado? Yo solo era una jovencita alocada de veintiséis años acompañada en sus andanzas por una doctora de treinta con síndrome de Peter Pan. Creía que ella tendría la suficiente cordura para no dejarme agredir a seres humanos presa de la euforia; estaba claro que me equivocaba.

—¿Qué le hice a ese chico? Ese golpe parece importante.

—Ay, amiga, anoche hiciste taaaantas cosas. —Se echó a reír con la cabeza echada hacia atrás y me dieron ganas de morderle la yugular.

—¿Y para qué me dejas? Tú eres la mayor de las dos.

—Perdona, ¿acaso soy tu madre? Además, solo tengo treinta años y de todos es sabido que son los nuevos veinte.

—¿Y entonces mis veintiséis son los nuevos dieciséis?

—Dado tu comportamiento, sí.

—Y eso lo dice la doctora en paños menores y despeluchada delante de tres

desconocidos.

—No son desconocidos, además, te recuerdo que estamos todos aquí invitados por ti.

—Me dio unos golpes con su dedo índice en el hombro.

—¡Auuuuhhhh! Me duele donde me has tocado.

—Normal, eso es lo que pasa cuando se hace una lucha de barro pero sin barro y luego te dedicas a hacer el pino sin parar.

—Pero ¿¡qué dices!? —Estaba claro que Patricia se lo estaba inventando todo para gastarme una de sus bromas, pesada por otro lado, pero una broma.

—Anoche lo diste todo, toooodo, Candela, por eso te duele, mema.

Vale, no hubo pelea de barro ni pinos, pero el tema de esa procesión aún me pinchaba en el cerebro.

—Mira, de verdad que estoy flipando, no sé qué pasó anoche. ¿Sabes que no hice el ritual que me indicó mi madre? ¿Sabes que no conoceré al hombre de mi vida mientras dure el influjo de la luna de San Juan? Mi madre se va a sentir muy decepcionada porque

creerá que no ha acertado en su predicción y yo no puedo decirle que es porque yo no hice el ritual que me prescribió. —Me senté a su lado y me tapé la cara con las dos manos.

Puedo pecar de exagerada, pero si no tienes una madre bruja no sabes lo que es enfrentarse a su mirada páfida y a su enfado.

—¿Y quién ha dicho que no lo has conocido? Menuda nochecita nos diste con el tema.

Además, sabes que yo no creo en esas chorradas, van en contra de mis creencias, y la que prescribe cosas soy yo, no tu madre.

—¿No estarás insinuando que ese tal Jerson es mi *def*? —Me mostré ofendidísima.

—Yo no insinúo nada... ¿No hueles a café? Creo que los chicos ya lo han preparado,

vayamos con ellos, lo necesitas.

Yo lo que necesitaba era una chica por horas que recuperara el estado normal de mi casa y que todos los ocupas se largaran pronto para poner mi mente al día. Pero Patricia me arrastró al saloncito tirando de mi brazo con peligro de dislocármelo más de lo que ya estaba.

—Hola de nuevo, chicas, ¿estás mejor, Candy? —Pablo me sonrió, ya vestido, conforme nos vio entrar, y el pantalón vaquero que lucía le sentaba muy bien.

—Pero ¿por qué me llaman todos «Candy»? —Miré a mi amiga, perpleja, esperando una respuesta lógica a algo por una vez en toda la mañana.

—No seas ansiosa, te he prometido que te contaré todo lo que sucedió anoche y, créeme, fue memorable. —Arqueó las cejas maliciosamente y yo le hice un mohín y me dejé caer como una piltrafa en el sofá. Necesitaba ese café y un par de ibuprofenos.

—En serio, ¿alguien sabe dónde está Víctor? —preguntó Raúl, el simpático-listo, sirviendo unas tostadas con mi delantal de volantes como si él fuera el anfitrión y yo la invitada.

—¿Se puede saber qué haces? —le dije molesta, apreciando lo bien que le quedaba.

—Servir el desayuno. —Se me quedó mirando sorprendido por mi agrio carácter matutino—. Estás muy rara esta mañana.

—¿Que yo estoy rara? No sé si te habrás dado cuenta pero amanecer de resaca con la casa llena de desconocidos no es plato de buen gusto, y, mucho menos, que actúen como si esto fuera la casa de *Gran Hermano* (con *edredoning* inclusive) .

—No somos desconocidos, Candy, las vivencias unen mucho a la gente, y nosotros hemos vivido muchas aventuras juntos en un corto periodo de tiempo, lo que equivale a dos o tres años de amistad. Y no lo digo yo, lo dice Punset —me argumentó Raúl en modo

pretencioso *on*, sirviéndome una taza de café, más concretamente, mi taza de gatitos.

—Me da igual lo que diga ese señor de pelos encrespados adicto al pan de molde. En cuanto vuestro amigo salga del baño, os largáis. —No quise pensar mucho en qué estaría

haciendo Jerson allí metido tanto tiempo, porque la situación en general me sobrepodía en todos los modos posibles.

—Hasta que no aparezca Víctor, de aquí no nos movemos. —Raúl puso las manos en jarras aún con el delantal puesto.

—Pues llamaré a la policía.

—Eso deberíamos haber hecho nosotros cuando intentaste matar a Jerson haciendo bailar al santo, igual le has hecho algo a Víctor también, no eres muy de fiar, Candy...

Estrechó los ojos y me señaló como en la peli esa en la que los alienígenas se meten dentro de los humanos y una vez poseídos señalan a los que no lo están, con el brazo extendido en plan ultraje total (no sé si me explico).

—Y si no soy de fiar, ¿qué mierdas hacéis en mi casa? —Eso ya era el colmo de los colmos, insinuar que yo era una especie de psicópata de gordos y peludos.

—Haya paz —habló por fin la voz de la cordura médica—, Candela, no te impacientes y, chicos, estoy completamente segura de que Víctor está perfectamente y que Candela no

le ha hecho nada de nada... todavía. —Patricia me miró con los ojos lánguidos insinuando

que yo podría hacerle algún tipo de favor al tal Víctor.

—Oh, por favor... —Cogí mi taza y me bebí aquel café que sorprendentemente sabía mejor que el que solía prepararme yo.

Jerson apareció en el salón recién duchado y con mi albornoz fucsia cubriéndole a duras penas el cuerpo y dejando al aire todo su pecho lobo y media churra fimósica.

—¿Qué haces con mi albornoz? Que hayas dormido en mi cama no te da derecho a apoderarte de todas mis cosas.

—¡No había toallas! ¿¡Qué querías que hiciera!? —gritó Jerson tocándose la riñonada, claramente para hacerme sentir culpable y que le perdonara que llevase puesto mi albornoz.

—No seas trolero, Jerson, dile a Candy la verdad sobre tú y los albornoces —comentó Pablo entre risas escupiendo sobre mi suelo trocitos de tostada a medio masticar.

—¡Cállate, Pablo! —le reprendió Jerson con las mejillas al rojo vivo.

—Tiene una especie de filia rara con los albornoces, siempre va por casa con él puesto,

el suyo obviamente, de su talla. —Pablo dio el dato guiñándome un ojo y tragando tostadas como si no hubiera un mañana.

—Pues sintiéndolo mucho, he de pedirte que te pongas tu ropa, esta no es tu casa y ese no es tu albornoz. Ahora tendré que llevarlo al tinte a que lo desinfecten —refunfuñé ante tal osadía.

—No tengo la peste, tía, ayer eras más guay.

—Ayer era ayer y hoy es hoy.

—Gran reflexión, ¿te ha costado mucho llegar a ella? —Jerson y yo nos estábamos batiendo en un duelo dialéctico que se estaba subiendo de tono.

—Venga, calmaos. Jerson, ponte tu ropa y ven a desayunar. Candy tiene derecho a saber toda la verdad sobre lo que pasó anoche. Es vital para revertir los efectos del síndrome de Korsakoff. —Patricia tuvo la decencia de dejar su móvil y organizar aquella

terapia que me devolvería la cordura que había perdido desde que abrí los ojos esta mañana.

—¿Qué es eso del síndrome Korsakoff? —Pablo tomó asiento a mi lado del sofá con una tostada en la mano y una taza (la de *Tip*, cuyo poder me había costado un par de

uñas

en el Trimark) en la otra.

—Yo lo sé —intervino Raúl, sentándose a la mesa junto a Patricia que estaba sirviéndose otra taza—. Salió en un capítulo de *House*.

Patricia le dio paso a que diera la explicación con un movimiento de mano de profesora antigua.

—A ver, ilústranos —dije yo, sin ganas, dándole otro sorbo al café.

—Vale, eres alcohólica y como tal, cuando bebes, no puedes controlar la cantidad de alcohol que ingieres. Necesitas tomar más alcohol cada vez para conseguir el mismo efecto que antes. Y es ahí donde aparecen los síntomas de abstinencia cuando se detiene el consumo de alcohol. Te sientes enferma, con sudoración, temblores, ansiedad y amnesias...

—Yo no soy alcohólica y no tengo sudoraciones ni temblores, ¿entiendes, *friquibundo*?

—gruñí entredientes cortándole aquella absurda perorata.

—No lo es —corroboró mi amigastra—. Solo que ayer bebió más de la cuenta y los cigarritos de Víctor le afectaron bastante los sentidos.

—Y tanto. —Se rió Raúl.

—Pero ¿qué coño haces todavía con mi albornoz? —Increpé a velludo- *man*, viéndole irrumpir de nuevo en el saloncito con él puesto. Las sisas estaban a punto de reventar y aquello me enervó un poquito más de lo que ya estaba.

—Es que mis pantalones están inservibles, si no me los hubieras roto anoche —repuso lanzándome una sonrisa maliciosa.

Dios mío, no. Dios mío, no. Dime que yo no le arranqué la ropa a lo Hulk a ese chico en un ataque de pasión salvaje antes de ventilármelo.

—Me encantaría saber cómo hice tal cosa, a veces no puedo ni arrancar las etiquetas de la ropa con la mano.

—Pues, Candy, ahora mismo te lo cuento —dijo sentándose a mi otro lado en el sofá con una sonrisa picarona intentando taparse mejor la colita.

—¿Y por qué me llamáis «Candy» todos?

—Tú lo querías así.

—¿Yo? —Miré a Patricia con ganas de echarme a llorar.

—Sí, tú —respondieron todos los presentes a la vez.

—A ver, Candela, sé que odias que te llamen así —dijo Patricia mirándome fijamente y yo asentí con aplomo—, pero ayer, querida Wonder Woman, decidiste cambiar tu nombre por Candy.

—No parabas de pedir esa canción y de cantarla todo el tiempo —apuntó Raúl.

—¿La de *Candy* de Robbie Williams? —Esa canción me gustaba bastante.

—No, la de *Candy* de Iggy Pop —me replicó Jerson.

—¿Y por qué hacía tal cosa? —dije extrañada, no sabía ni qué canción era esa ni quién era ese Iggy Pop. ¿Era algún higo popero?

—La oíste en el You Rock y dijiste que era tu canción favorita en el mundo mundial, palabras textuales tuyas —respondió Pablo dándome un suave codazo.

—Necesito dos ibuprofenos o tres —bufé, llevándome la mano a los ojos.

—Yo los traigo —Jerson se mostró, solícito, lanzándome una mirada sensual. No, por favor. Dime que no. Dime que no.

—Están en el armario del baño, el del espejo —le informé, apartando la mirada de su pecho de lobo. No, por favor. Dime que no. Dime que no.

—Lo sé, te he registrado ese armario antes.

—¿Y por qué has hecho eso? —Lo miré alucinando.

—Estaba buscando bigudíes, pero no tienes. —Se mostró triste.

—¿Y para qué quieres unos rulos tú? —Patricia se interesó por ese detalle. Menos mal, aún habían cosas que conseguían sorprenderla.

—Pues para peinarme, ¿para qué va a ser? —Puso los ojos en blanco y se puso en pie.

—Anda, Jerson, tráete la caja, yo también voy a tomarme uno —dijo el abraza-cojines

—Y yo. —Pablo levantó la mano.

Lo miré y me sonrió. Era muy mono y qué ojitos más bonitos en esa bonita cara. Le sonreí.

—¿Así que yo pedía esa canción? —dije, preguntándome por qué no lo había elegido a él en lugar de a Jerson. Era increíble, inconcebible y, sobre todo, alucinante, pero de alucinógeno, ¿qué mierdas tenían esos cigarros especiales?

—Sí, te conocimos siendo Candela, pero tras escuchar la canción en el You Rock dijiste que te ibas a rebautizar como Candy, y eso hicimos.

—¿El qué hicimos? —dije con recelo.

—Rebautizarte. Yo fui tu padrino y Patricia la madrina.

—¿Y quién hizo de cura? —pregunté empezando a hacerme gracia todo aquel asunto.

—Yo mismo. —Raúl se golpeó el pecho.

—Y los demás fueron invitados de honor —comentó Pablo.

—Vaya, ¿al menos lo haríamos en la playa?

—No, fue bastante mejor que eso.

CANDELA SE VA DE VIAJE

—¿Qué lleva esto? —le pregunté al ricitos de oro que acababa de conocer poco antes en el interior del Bébeta la Vida a Jarras, antes de darle una honda calada al cigarro con olor a colonia Eunuco que me había ofrecido tras plantarnos en la puerta.

—Un purito bueno —respondió con su mirada holgazana. Tenía los ojitos azules claros y algo enrojecidos por la noche y sus perfidias.

Volví a darle un par de caladas y sonreí absorta en las volutas que el humo dibujaba en el aire. Vamos, que me puse en plan toda *interesting*.

—¿Cómo te llamas?

—Víctor. ¿Y tú?

—Candela. ¿Vienes mucho por aquí?

—No, es la primera vez. ¿Y tú?

—Sí, vengo casi siempre —me declaré cliente de barra fija de aquel garito antes de llevarme el *purito bueno* a la boca y succionarlo como si me fuera la vida en ello—. ¿Vas a ir a la playa ahora?

Negó levemente con la cabeza.

—Yo, sí —dije, consultando mi reloj (las once y media), antes de darle otra calada al *purito bueno* de mi nuevo amigo—. Pero ¿qué lleva esto? —Levanté el cigarro ante nuestros ojos mirándolo con curiosidad como si nunca hubiera tenido un porro entre los dedos—. Me está dando un no sé qué.

Se echó a reír y me lo birló de la mano.

—Hachís del bueno —se limitó a responder y yo le eché un vistazo a mi alrededor, pensando que estaba empezando a percibir una atmósfera un tanto nebulosa a lo *Expediente X*.

El garito estaba hasta la bandera y fuera había mucha más gente bloqueando la entrada.

Todos estábamos celebrando a lo grande la noche de San Juan. Todos contentos. Todos bebiendo. Todos fumando. Pero ¿tanta bruma? Eso no era normal, parecía el escenario de

Lluvia de estrellas y yo un Bertín enajenado.

—Y tanto, estoy empezando a despegar—. Me eché a reír a carcajadas sin poder contenerme. Digo yo que no podía, si no ¿a santo de qué me reía yo tanto?

—¿Vienes dentro? —me propuso dándome de beber de su vaso.

Lo cogí e hice como que bebía, pero sin beber, no fuera que aquello llevara burundanga y acabara entregándole mi flor a aquel desconocido porreta.

—No, se está bien aquí fuera. Hace fresquete bueno.

—Ey, Víctor. —Un chico se interpuso entre mi nuevo amigo y yo, estrechándole la mano en plan *brother*.

—Eh, tío, te presento a mi nueva amiga.

El tal *tío* se volvió hacia mí y me sonrió con toda la cara. Era *guapisísimo*. Esos ojos, esa nariz, esa boca, esa barbilla, esos pectorales, esos abdominales y esas piernas, *oh, my God*, que por debajo del vaquero se adivinaban tremendas, eran de otro mundo.

—Hola, nueva amiga de Víctor, ¿cómo te llamas? —preguntó invadiéndome el espacio personal.

Lo miré a los ojos con determinación, tratando de enfocar las pupilas, pero el *purito bueno* me lo estaba poniendo bastante difícil, debía parecer la Leti.

—Necesito un ron-cola —dije, devolviéndole el vaso al ricitos de oro.

El chico *guapisísimo* me sonrió y luego soltó una carcajada. Una carcajada que se me antojó celestial viniendo de su boca, con acompañamiento de arpas y voces blancas y todas esas parafernalias que anuncian los momentos milagrosos. Era como un angelito caído del cielo. Tenía sobre la cabeza hasta el típico anillo luminoso.

—Un placer —dijo, dándome un beso en la mejilla.

—Sí... —me limité a decir soltando una risita tonta.

Ladeó la cabeza frente a la mía y me hizo un repaso general: frente, ojos, nariz y boca, y volvió a mis ojos.

—¿Te encuentras bien?

—En realidad me siento genial, pero estoy como levitando, ¿sabes? —traté de explicarle haciendo espirales con las manos a la altura de mi cabeza, siendo muy consciente de que me estaba pillando un buen pedal.

Mi nuevo-nuevo amigo, de ahora en adelante, el tío sexy, volvió el rostro hacia mi antiguo-nuevo amigo—. ¿Le has dado de fumar de lo tuyo?

El Ricitos de oro asintió con una sonrisilla simplona y el tío sexy rompió a reír.

—Pero tío, ¿cómo haces eso? —le increpó antes de volverse hacia mí y cogerme por los hombros y clavarme sus ojazos azules en mis ojos pardos.

—¿Estás bien?

—Estupendamente —respondí, cogiéndolo con confianza por la cintura. Era sólida. Muy sólida.

—Ven conmigo, guapa, te voy a dar agua.

—No quiero agua, *guapo*, quiero un ron-cola —protesté apoyando mi frente en su clavícula.

El tío sexy inclinó la cabeza y sus labios rozaron mi frente.

—Joder, Víctor, esta chica está colocada.

—Qué va —replicó el ricitos de oro—. Si solo le ha dado un par de caladas.

—Uno de esos tuyos equivale a cinco de los de los restos de los mortales. —Se mostró cabreado con él.

—Ella quería fumar —se defendió el otro, encogiéndose de hombros.

El tío sexy sacudió la cabeza y me cogió la barbilla para enfrentar su cara con la mía.

—Oye, guapa.

—¿Guapa, yo? —pregunté con una sonrisa bailándome en la boca.

—Sí, guapa, tú. —Me sonrió de nuevo y su sonrisa era bárbara. No solo era con la boca, era con las mejillas, la nariz, los ojos, incluso las orejas parecían sonreírle. Tenía como una luz cálida que le salía de dentro y en conjunto resultaba un tío exclusivo, como un solitario de *taitantos* quilates que puedes ver en los escaparates de las joyerías para ricos pero que nunca podrás tener en el dedo.

—Pues tú eres *guapisísimo*.

Él se echó a reír y dijo:

—Gracias.

—Seguro que te lo han dicho millones de veces —insistí, enroscando un dedo en uno de sus rizos.

—Seguro. —Sacudió la cabeza—. Anda, ven conmigo. —Me dio media vuelta, y con la mano apoyada en la parte baja de mi espalda me dirigió hacia el interior, abriéndose camino, estirando el cuello para inspeccionar el local.

Me dejé llevar, a decir verdad, me hubiera dejado llevar por él a cualquier lugar. Una canción de Maluma atronaba por el altavoz. Una canción que, además, me gustaba un porrón. Me detuve en seco y miré al tío sexy que también se había detenido ante mi imperiosa parada y le sonreí.

—¿Quieres bailar conmigo? —le pedí tomando la delantera, ya contoneando mis hombros frente a él, y haciéndole un *shimmy* de regalito para que lo disfrutasen sus lindos ojitos.

Parpadeó, confuso.

—Creo que necesitas beber agua —me replicó retirándome unos mechones de la cara.

—No. —Me reí moviendo esta vez las caderas. Vale, no soy Shakira pero me esfuerzo

—. Lo que yo quiero es bailar contigo ahora. —Le agarré decidida la camiseta a la altura del pecho, que era sólido también, y empecé a moverme con los ojos clavados en los suyos. O eso creía yo, a decir verdad, me costaba centrar la visión.

—Pues entonces hagámoslo bien —comentó, apartando mi mano de su pecho para entrelazar sus dedos con los míos en el aire, mientras su otra mano se deslizaba hasta mi cintura, aferrándose a ella. Comenzó a moverse al ritmo de la canción con una media sonrisa y de nuevo me dejé llevar. Bailaba bien. Mucho mejor que yo, ¿dónde iba a parar?

Yo no era capaz de dar dos pasos sin tropezarme con mis propios pezuños, por eso hacía

belly-dance para principiantes y pilates, que no requieren moverse mucho del sitio—.

Déjate llevar —me ordenó, bajando su boca a mi oreja para que pudiera escucharle. *Yo me dejo llevar dónde tú quieras, mi amor.*

Entre meneítos, vueltecitas, restregoncitos, la canción requería de eso, mucho de eso, no era yo, era ella la que me obligaba a hacerlo, y la luna, no nos olvidemos de mi fiel consejera la luna, que me estaba susurrando: «Este *pa* ti, Candela, *to pa* ti», llegó el turno de la siguiente canción. Esta vez una de Gente de Zona, que ya no pedía bailar tan juntitos, así pues nos separamos y nos quedamos mirándonos en silencio durante unos segundos.

—¿Pedimos algo? —dije.

—Vale, pero ¿seguro que estás bien? —De nuevo se mostró preocupado por mi salud, cosa que me encantó. No solo era *guapisísimo*, además era un cielito de niño.

—Estoy mejor que bien —respondí arrastrándolo hasta la barra—. ¿Qué tomas?

—Agua.

Me rasqué la cabeza.

—¿Agua? —repuse frunciendo el ceño.

Asintió apoyando el codo en la barra, mirándome con una sonrisa guasona apuntando a su ojo derecho. Beber agua no estaba en mis planes de esta noche, pero a él podía perdonárselo todo.

—Está bien, no tengo en nada en contra de los abstemios. —Llamé a Curro con un grito y acto seguido lo tenía delante.

—Ponme un ron-cola de los míos y una botella de agua para mi nuevo amigo —le pedí.

El tío sexy se me acercó.

—¿Vienes mucho a este sitio?

—Casi todos los fines de semana.

—Ya, cuando uno sabe los nombres de los camareros es señal de que es asiduo al lugar.

—¿Y eso es bueno o malo? A ti nunca te había visto.

—Es regular. Yo no suelo venir.

Obviamente aquello era malo de cojones, pensaría que me dedicaba a beber como una cosaca los *findes* empalmando una resaca con otra y saludado en las rotondas con la mano estática.

—¿Eres de Alicante? —le pregunté.

—Sí.

—¿Y tú?

—Sí.

En esas Curro nos dejó las bebidas delante y yo las cogí para entregarle la botella de agua al tío sexy, que con la mano me la rechazó.

—Es para ti, guapa.

—Ya te he dicho que no necesito agua, guapo. —Arqueé las cejas, belicosa.

—Solo un traguito, hazlo por mí, por favor.

Suspiré hondo.

—Está bien, solo porque eres guapo y me pareces majete.

Le di un trago y dejé la botella sobre la barra.

—Ahora tú, bebe de lo mío. —Le ofrecí mi copa.

El tío sexy me la cogió de la mano y le dio un profundo trago mientras sus ojos me observaban por encima del borde.

—¿Quieres uno para ti?

—Beberé del tuyo si no te importa.

—A algunas personas eso les da asco, lo de compartir copa, por lo de las babas que puedan quedar en el borde o las que puedas transmitir al contenido mientras bebes.

—De ti no me da asco nada —respondió levantando la copa entre los dos a la altura de nuestros ojos.

Me recosté sobre la barra mirándolo fijamente y me mordí los labios mientras él le daba otro trago laaaargooo, retándome con la mirada antes de dejarla sobre la barra y apoyarse en ella observándome en silencio. Me gustó su forma de mirarme como si yo fuera la única persona en aquel lugar tan abarrotado.

—¿Ronda de chupitos? —nos ofreció Curro, pasándome una tabla hasta los topes.

Cogí tres y le puso uno en la mano al tío sexy, levanté uno de los míos en el aire y esperé a que él hiciera lo mismo para brindar.

—Por la noche de San Juan —dije antes de bebérmelo de una ante sus ojos divertidos.

—Por nosotros y la noche de San Juan —dijo haciendo lo mismo—. Joder, está fuerte

—tosió—, ¿qué es?

—Blandooo —me burlé empujándole suave el pecho con la punta de los dedos, pero qué sólido, vaya—. Donde esté la cazalla que se quite el Potarmeister. ¿Quieres otro?

—

Le ofrecí el otro que tenía en la mano.

—No lo sé. Deja que me lo piense. ¿Me quemaré el esófago?

—Es probable, he visto a gente hacer bombas molotov con cazalla en YouTube.

Mientras te lo piensas, ¿bailamos? —Estaba empezando a sonar *Despacito* y me apetecía bailarla con él, bien pegaditos.

No me respondió, pero me agarró por la cintura apretándome contra sus caderas. Mis pechos aplastados contra su torso.

—Espera. —Me bebí el otro chupito en canal y dejé el vaso sobre la barra—. Ahora sí.

—Le puse las manos sobre los hombros.

—¿Has venido sola?

—He venido con una amiga. Está por ahí. —Con la barbilla le señalé algún punto hacia más adentro del local fuera de nuestro alcance visual, aunque con mi nueva visión a lo Sabater podía vigilar la puerta de los baños y la entrada al mismo tiempo.

—¿Y tú?

—He quedado aquí con unos amigos, Víctor, el de la puerta, y algunos más.

—Ah, creo que sé quiénes son, uno de ellos me ha hecho un truco de magia.

—Ese debe de ser Raúl. Es aprendiz de mago.

—Pues no sé. —Me encogí de hombros—. No me he quedado con el nombre.

—¿Y cómo te llamas tú? Aún no me lo has dicho.

—No importa cómo me llame. ¡Podría llamarme Luna o Sol, o Venus! —grité un poco exaltada, empezando a sentirme en un plano superior al nirvana, y no solo por el hecho

de estar entre los brazos de un ser celestial como era mi nuevo-nuevo amigo.

—Son todos nombres de astros —apreció interesado.

—Sí, es que soy muy fan de los astros.

Rompió a reír antes de darme una vueltecita maestra por debajo de su brazo.

—Entonces hoy debe ser tu noche, la de hoy es mágica o eso dicen las brujas.

—Lo está siendo, créeme y el termino bruja suena bastante feo, mejor di las personas con dones especiales —le repliqué, tratando de ponerme un poco seria mientras recuperaba el paso *despacito*. El tío sexy me aferró con más fuerza mientras empezaba a darle al *tuerquing* y me cantaba al oído: « *Quiero ser tu ritmo, que le enseñes a mi boca, tus lugares favoritos. Déjame sobrepasar tus zonas de peligro, hasta provocar tus gritos y que olvides tu apellido...* ».

—Me ha gustado lo de *con dones*... —interrumpió el cántico auricular.

—Especiales —maticé yo, cayendo en la cuenta unos segundos más tarde de por dónde iban los tiros. Ay, canalla.

La cosa se estaba poniendo interesante. No hay nada más morbosito que un tío imponente te ronde la oreja mientras te restriega la cebolleta contra el vientre a buen ritmo, y él sabía cómo hacerlo. Se movía como los ángeles. Había tal sensualidad en cada uno de sus movimientos que me estaba volviendo majareta el sistema central y sobre todo

el periférico-sexual. Con cada leve investida de cadera me hacía lanzar un gemidito sordo que se apagaba dentro de mi cuerpo antes de brotar al exterior. Se me estaban empezando

a aflojar las piernas, eran una maldita gelatina, y si seguían respondiendo a sus movimientos era solo porque él me sujetaba todo el peso. Estaba por completo colgada del

suyo mientras nuestros cuerpos fundidos se movían cadentes al ritmo de la canción, pero qué bien bailaba, incluso yo bailaba bien en sus manos, y se me estaba poniendo el asuntillo todo jugosito.

—Bailas muy bien —le dije aupándome un poco para tocar su oreja con mis labios.

—Es que soy bailarín aficionado.

—Ya decía yo —suspiré, esos movimientos tan trabajados y ese cuerpazo suyo no eran moco de pavo—, casi me calcino entre tus brazos.

—Pues imagínate —dijo, arqueando las cejas.

—¿Imagínate, qué?—Me reí tontamente, sabiendo por dónde iban los tiros esta vez, pero me hice la tonta, vale. Hacerse la tonta para ligarte a un tío es una ley universal que forma parte de las ciencias exactas del flirteo. Todo el mundo sabe eso, hasta el tío sexy lo sabía, pues entró al trapo.

—Lo que podría hacerte —susurró, robándome el aliento y provocándome un derrame súbito de bajos.

—¿Olvidarme de mi apellido?

—Por ejemplo. —Se echó a reír rompiendo el momentazo.

Y pensando en esa boca chupándome todo lo jugoso a morro-muerto volví a dirigir la conversación.

—Pues lo tienes fácil, casi no me acuerdo ni de cómo me llamo.

—¿Y eso solo con un baile? —se hizo el gallito.

—Sí, y los cazallas y el cigarro de tu amigo y los rones y las cervezas... —comencé a nombrar todos los despilfarros que habían circulado por mi cuerpo en las últimas horas como si estuviera en una reunión de alcohólicos *sinónimos*.

—¿Entonces no te acuerdas de cómo te llamas?

—Sí, pero no te lo voy a decir, es un secreto. —Entorné los ojos pérfidamente—. Ven

—dije cogiéndole la mano y arrastrándolo de nuevo hacia la barra, donde mi copa nos esperaba—. Vamos a tomarnos otro cazalla.

—Yo ya voy mal con uno, no me siento la garganta —dijo, dándole un trago a la botella de agua, que también seguía en su sitio aguardándonos—. Y luego tengo que conducir.

—Yo no, vivo aquí al lado —dije, guiñándole un ojo.

Apoyó el codo en la barra y me puso la otra mano en la cadera para tirar de mí.

Nos quedamos pegados de cintura para abajo. Se estaba bien así. Moví el vientre hacia

él y él me hizo su contraoferta sin apartar la mirada de mis ojos. Su mano empezó a moverse por mi cintura provocándome remolinos bajo la piel y luego subió hasta mi mejilla, cuatro dedos buscaron mi nuca mientras el pulgar me acariciaba la comisura de los labios.

—Chica sin nombre... —dijo acercando posiciones, produciéndose un momento tan mágico que hasta me salían fuegos artificiales por los ojos, y yo gemí.

¿Gemí? Muy lamentable. Sí, joder, lo hice. En alto. Y él lo oyó. Sí, joder, lo oyó, y yo me eché a reír para disimular lo tontorrón que me estaba poniendo, pero es que el tío me ponía tontorrón y media y me encrespaba todo los pelos púbicos.

MUNDO

En esas estaba yo, riéndome como una imbécil para disimular que el tío sexy me tenía con el *puturrú de foi* a punto de efervescencia, cuando me puso el índice sobre los labios y me obligó a parar. A ver... No me obligó en realidad, pero me pareció un gesto tan sexy

que se me olvidó hasta de cómo reír.

—Te voy a robar esa risa tan bonita que tienes —dijo sonriéndome mientras me observaba la boca.

—¿Y cómo lo piensas hacer?

—Del mismo modo que pienso robarte el apellido. —Su dedo trazó la forma de mis labios y se fue deslizado *despacito* hacia mi barbilla, produciéndome cosquillitas mucho más allá de la zona tentada.

—Pues hazlo. —Me sentía pletórica, embriagada y drogada de *sex appeal*.

Dejó escapar un suspiro y se mordió el labio midiéndome con los ojitos antes de inclinarse hacia delante, mmmm, destino: mi boca.

Y, ¡joder!, casi me parte un diente. No fue culpa suya, pobrecito, sino del idiota que estaba a mis espaldas que no encontró mejor momento para empujarme y esclafarme, destino: su barbilla.

Lo que debía haber sido un encuentro a mitad de camino, suave, denso, lento, sensual... y todas esas sensaciones que te ponen el *chuminator* a tres mil revoluciones por segundo, se convirtió en un estallido de mi dentadura contra su mandíbula. Quedándome,

además, clavada a ella como un castor.

—*Jofer*, qué *faño* —protesté, batiéndome en retirada tapándome la boca con la mano y con los dientes modo piraña como la mujer de Iker Jiménez.

—Joder, qué daño —se quejó él también haciendo los mismos movimientos pero masajeándose la barbilla, que por cierto era divina, con hoyuelito sexy incluido y,

ahora, además, con una marca plus de mis incisivos como si se la hubiera autograpado.

—El idiota este me ha empujado. —Señalé detrás de mí al tío en cuestión, que no había tenido el detalle de disculparse.

—¿Estás bien? —Acortó las distancias, envolviéndome las mejillas con las manos y un estremecimiento me recorrió las partes bajas.

—Me he mordido aquí. —Deslicé la lengua por mi labio inferior y saboreé el sabor salado de mi propia sangre.

—Tienes una herida pequeña —dijo, estudiándomela con pericia mientras yo aprovechaba para olerle el pelo.

Olía de puta madre, no hacía mucho que se había duchado y aún conservaba el aroma de un champú afrutado. En concreto, olía tanto a fresas que daban unas ganas bárbaras de pasarle la lengua por todo el cabello y quitarle la gomina, porque llevaba gomina en cantidades industriales para peinar con habilidad todos los caracolitos que coronaban su cabeza—. ¿Quieres hielo?

—Sí, por favor.

Sin pensárselo mucho, metió la mano en mi copa y sacó un cubito de hielo y me lo colocó sobre el labio, sujetándolo por un rato, mientras sus ojos me observaban.

—¿Mejor?

—Sí.

—No es nada.

—Lo sé.

—Vaya, lo siento.

—No tienes por qué disculparte, no ha sido culpa tuya.

—Lo decía por el beso, nos lo ha jodido.

—Eso sí —me lamenté, pues ese idiota no solo me había robado la oportunidad de besarme con el tío sexy en aquel momento, sino que también me había enviado una señal

nítida y brillante como la luz del astro rey.

El tío sexy no era mi *def* y yo tenía una misión astral esa noche. Mi sino y el de mi *def* estaban conectados por un hilo invisible y tenía que hacer todo el ritual para dar con él.

Esa era mi misión y no la de perder el tiempo con un posible presunto por muy bueno que

estuviera y mucho menos ir clavando mis paletas a toda barbilla que se me pusiera por delante.

Por cierto, ¿qué hora era?

Miré mi reloj, y era casi la una. La una. La una. ¿La puta una? Casi me da un síncope.

Estaba condenada al fracaso amoroso. Mi madre me lo había explicado requetebién: saltar

tres olas, quemar mis deseos en la hoguera, tirar una fruta y unas flores al mar en la hora mágica. De pronto me entró una prisa tremendísima.

—Tengo que irme.

—¿Ahora? —Me miró extrañado — ¿Acaso te convertirás en calabaza cuando den la una?

—Sí, tengo que ir a la playa —me limité a responderle sin mirar a atrás, acelerando los pies en dirección al lugar donde había perdido de vista a Patricia por última vez antes de

salir a fumar a la puerta.

—¿Vas a volver? —Venía pisándome los talones.

—No lo sé.

—Pero espera, ¿por qué tienes que ir? ¿Has quedado con alguien? ¿Eres algún tipo de anfibio? —Me retuvo por el codo, riendo con su última ocurrencia.

—He quedado con mi destino —le respondí, buscando a mi amiga con la cabeza en modo aspensor. Maldita sea, no la veía por ningún lado, de hecho veía doble.

—¿En serio?

—Y tanto. Tengo una misión que cumplir y necesito encontrar a mi amiga. ¿Dónde mierdas se ha metido? —pregunté inspeccionando mi alrededor desesperada, mientras todo me daba vueltas.

—¿Cómo es?

—Rubia, pelo largo, como yo de alta...

—¿No tienes ninguna foto?

—Sí, en mi móvil.

—¿Y tu móvil?

—Lo tiene ella, junto con mi bolso. ¡Tengo que encontrarla! Si me doy prisa todavía llego a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—De hacer mi ritual amoroso.

—¿Crees en esas cosas? —Dibujó una mueca burlona.

—¿Cómo no? —Volteé los ojos, un poco molesta. Si él fuera yo, habría mamado esas cosas desde la cuna y no las pondría en duda tan a la ligera, pero yo estaba bastante acostumbrada a este tipo de reacción de la gente escéptica y no se lo tenía demasiado en cuenta. Si les contaba que mi madre era pitonisa profesional ya flipaban unicornios.

—Puedo ayudarte.

—¿Cómo?

—Tengo una moto en la puerta y puedo llevarte a la playa y hacer tus rituales.

—Pero no tengo mis objetos mágicos.

—¿Y qué necesitas?

—Pues una flor, una fruta y un papel para escribir mis deseos.

—Ven conmigo. —Me agarró de la mano y me arrastró hasta la barra.

Habló con Curro unos breves segundos y el camarero se marchó y volvió al poco, dejando dos limones sobre la barra, un bloc de notas y un boli. El tío sexy aprovechó el momento para pagar las bebidas de antes, aunque no hacía falta; Curro me fiaba y sabía que volvería pronto. Siempre volvía, como Terminator.

Miré al tío sexy emocionada, me iba a salvar la noche, y él me sonrió.

—Los limones son fruta. ¿Te valen?

—Sí, claro que me valen, con uno me sobra.

—El otro es para mí, ya que voy, también tengo derecho a pedir mis deseos —dijo, cogiendo el boli y escribiendo algo en el bloc, luego arrancó la hoja y se la guardó en el bolsillo del vaquero antes de pasarme el boli.

Escribí mis deseos y arranqué la hoja.

—Ya estamos listos, vamos. —Me cogió la mano y de nuevo me llevó hasta la puerta atravesando la marabunta de gente que colapsaba la entrada—. Esa es. —Me señaló una

moto molona aparcada en la acera de enfrente.

—Faltan las flores —le alerté mientras examinaba su moto, no tenía claro si sería capaz de mantener el equilibrio una vez montada.

—No importa, donde vamos hay unos jardines que pillan de paso —dijo—, lo único, que no llevo casco para ti.

Me rasqué la cabeza.

—Podemos ir corriendo. Aún quedan —consulté el reloj— cinco minutos para la una.

Yo corro rápido —dije, pero tampoco tenía muy claro si sería capaz de correr.

—No llegaremos. ¿Tiene que ser mientras sean las doce?

—Sí, de hecho, debería haberlo hecho a las doce en punto, pero ya que no he podido porque tú me has entretenido, creo que puede ser igualmente eficaz mientras sea en esa hora.

—Ya, está claro, pero, mira, si lo piensas bien, en muchos sitios del mundo todavía no son ni las doce. Si estuviéramos en Canarias estaríamos a tiempo.

—Pero no lo estamos —le objeté con ánimo de llevarle la contra.

—No, pero podríamos imaginar que lo estamos y entonces sería igualmente válido, ¿no crees?

Ladeé la cabeza y lo miré pensativa.

—Está bien, pero vamos corriendo, debe haber mucha poli en la playa hoy controlando, y si nos pillan sin casco nos multarían.

—Pues vamos—. Me agarró de nuevo de la mano y arrancó a correr.

6

MANCIAS A TUTTI-POWER

Llegamos exhaustos y con las lenguas fuera a la playa del Postiguet. Habíamos corrido como dos corredores olímpicos, saltando por encima de gente tirada por las calles como si fueran vallas. A la altura del paseo marítimo, el tío sexy se detuvo para arrancar unas flores de un macetero municipal y las agitó en el aire como un trofeo mientras me sonreía feliz y jadeando. Había mucho ambiente, tanto en las terrazas del paseo como en la arena alrededor de velas desperdigadas o faroles que brillaban en la

claridad que amparaba la luna nueva reinante de aquella noche de una forma mística. Desde la orilla vimos a gente bañándose en el mar, disfrutando de un baño mágico que se llevaría todo lo malo y solo

traería deseos cumplidos.

Me quité las sandalias romanas y las dejé en la arena, mientras el tío sexy se remangaba los vaqueros y se descalzaba de sus zapatillas Kike.

—¿Cómo se hace? —me preguntó incorporándose.

—Entramos en el mar, dejamos que nos golpeen los pies siete olas, saltamos tres y tiramos las flores y los limones, luego salimos y quemamos el papel.

De nuevo entrelazó su mano con la mía antes de aventurarse hacia la orilla. Dimos unos pasos hasta que el nivel nos llegaba a media pantorrilla y comenzamos la cuenta de

las olas. Y gracias que aquel chico recién convertido a las *mancias* me agarraba de la mano; todo me daba vueltas y estaba haciendo un esfuerzo titánico para mantenerme en posición vertical.

—Ya hemos contado siete olas, ¿ahora qué hacemos? —me preguntó aún sujetándome para que no cayera de boca y me tragara un cangrejo.

—Ahora saltar tres. —Y al punto nos pusimos a brincar las olas que venían hacia nosotros. Una. Dos. Tres—. Y ahora debemos ponernos de espaldas a la luna y lanzar la

fruta y las flores al mar.

—De acuerdo.

Nuestras manos se soltaron y adoptamos la posición que requería el ritual, sosteniendo los limones y las flores.

—A la de tres, las lanzamos, ¿vale?

—Lo que tú quieras, tu eres la experta.

Asentí con la cabeza y comencé la cuenta atrás.

—Tres, dos y una. —Ambos lanzamos los cítricos y las flores y yo inspiré hondo para llenarme los pulmones de salitre y noche mágica.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nada, solo esperar que el hechizo haga efecto.

—Pues yo ya me noto un cosquilleo por aquí... —El tío sexy se puso frente a mí y se acarició el abdomen, trazando una línea con su pulgar por encima de su camiseta, indicándome que sentía el revolotear de las mariposas.

—Ahora que lo dices yo también siento un cosquilleo por aquí. —Y era cierto, algo me estaba acariciando el pie.

—¿Por los pies?

—Sí, por los pies.

—Será un pez que se ha encaprichado de ellos, me he fijado antes y los tienes muy bonitos.

—¡Joder! ¡¡Aaaay, qué dolor!!

—¿Qué te pasa? —EL *guapisísimo* puso cara de estupor y me agarró por los hombros.

—Me ha picado algo, duele, duele. —No tardó ni un segundo en levantarme en peso y sacarme del agua como a una víctima de naufragio de película de sobremesa—. Me duele
horrores.

—Ha debido de ser una medusa. —Me sentó en la arena y agarró mi pie para inspeccionarlo.

—¿Es grave? Me escuece mucho.

—No, no es grave, pero sé lo que molesta una picadura de medusa. Necesitamos amoníaco, eso calmará el dolor.

—No he traído amoníaco y no creo que toda esta gente aquí congregada tenga por costumbre beber chupitos de eso.

—Pues no me queda otro remedio. —El tío sexy se fue directo al botón de sus vaqueros y comenzó a desabrocharse.

—¿Qué mierdas haces? —le grité flipando.

—Tengo que orinarte en el pie, el pis contiene amoníaco suficiente para calmarte el dolor.

—¿Mearme encima? De eso nada, monada.

—¿Prefieres quedarte coja?

—No prefiero quedarme coja, pero no te conozco de nada como para dejar que me hagas una lluvia dorada *podal* así de primeras.

—¿Y qué hacemos entonces? ¿Te llevo al ambulatorio?

—Podrías succionar el veneno y escupirlo, lo vi en *Wild Frank*.

—¿Quieres que te chupe el pie y que me intoxique con el veneno de la medusa? —Me miró asombrado.

—Solo estoy dando ideas, no te vas a intoxicar, además soy enfermera, estarás a salvo.

—¿Eres enfermera?

—Sí, ¿te sorprende?

—El hecho de que no sepas qué hacer ante una picadura de medusa sí.

—¿Qué insinúas, que me saqué el título en CCC? —Aquello era el colmo, cómo podía insinuar que yo era una enfermera de pacotilla.

—Insinúo que te quedaste dormida en esa clase.

—Trabajo en una clínica privada, nadie viene con picaduras de medusa. Yo saco sangre y asisto a los médicos.

—Parece que ya no te duele tanto. —Se cruzó de brazos y esperó a que me calmara.

—Eso parece. —Me incorporé dignamente aguantando aquel picor infernal.

—¿Nos vamos?

—Espera, tenemos que quemar los deseos —dije sacando mi papel y prendiéndolo con el mechero. Él sacó el suyo y lo sumó a mi llama—. Ahora sí, misión cumplida.

Anduvimos en silencio hasta el paseo marítimo, yo arrastraba el pie contra la arena para que los granitos me hicieran un *peeling* y me arrancaran con suerte la piel a tiras, aquello me aliviaba mucho.

—¿Estás bien? —El tío sexy rompió el silencio que se había creado entre los dos.

—Perfectamente, pero tengo la garganta seca.

—Volveremos al garito de antes y te pediré un agua.

—Y dale con el agua, ¿me ves cara de diálisis o algo?

—Te veo bastante perjudicada, solo eso.

—Pues perjudicada o no, me apetece un copazo.

—A sus órdenes. —Me hizo el gesto militar y me tendió la mano de nuevo—. Cógete, no quiero que acabes contra un seto.

—Gracias. —No quise rebatirle más y, a decir verdad, me apetecía bastante andar por Alicante de la mano de aquel espécimen monísimo aunque hubiera osado mearme el pie,

gesto que por otra parte le honraba; el pobre chico solo pretendía ayudar.

MALUMA VA, MALUMA VIENE

Deshicimos el trayecto, que poco antes habíamos trazado a la carrera, en silencio, pero

no me importaba, con ir de la mano con él me bastaba para dibujar una sonrisa de oreja a oreja en mi cara. Estaba feliz, había cumplido mi misión, más o menos, y el tío sexy parecía querer algo conmigo, si no, a santo de qué tanto interés. Él también caminaba tranquilo a mi lado y cuando quise darme cuenta, ya habíamos llegado al Bébete la Vida a Jarras. El aforo había aumentado considerablemente y la gente bailaba con sus copas en la mano, algunos incluso lo hacían en bañador y bikini. Era una noche en la que nada importaba y de dejarse llevar por los influjos de la luna, y yo ya estaba liberada, había conseguido hacer todo el ritual y podía entregarme al cien por cien a pasármelo bomba.

—¿Cómo llevas el pie? —me gritó. La música estaba demasiado alta y el bullicio impedía que mantuviéramos una conversación en un nivel normal.

—¡Bien, ya casi no me pica! —Era mentira, me seguía picando una cosa bárbara, pero lo mejor en esos casos era no pensar en ello y derivar la mente a otras cosas. Nadie muere por una picadura de medusa mediterránea, por lo menos no había leído ningún caso documentado.

—¡Entonces podremos bailar!

—¿¡Que dices!?

—¡Bailar, digo que podremos bailar!

Sacudí la cabeza a los lados y me eché a reír. Era imposible, no le escuchaba con claridad, pero nuestros cuerpos nos pedían salsa, bachata y chupitos a gogó. Las expresiones corporales eran más que suficientes para comunicarnos, y el *guapisísimo* no dudó en agarrarme por la cintura y yo me dejé agarrar echando la cabeza hacia atrás en plan bailarina profesional dándole con la melena a todo aquel que se interpusiera en su camino. Empezó a contonearse contra mi cuerpo y el ron-cola que sostenía con la mano se

me derramaba en cada embestida, cayendo en mi pie accidentado aliviando aquel picor infernal que me estaba calcinando viva. La canción, que sonaba en aquel momento, incitaba al vicio y a la perversión. Las letras de Maluma siempre lo hacían... Ese hombre

me ponía cardíaca con su voz y sus versos encendidos y comencé a cantarla bajito mientras mi cuerpo respondía al cuerpo del tío sexy. Dejé la copa sobre la barra para poder cogerle la mano libre y me entregué en cuerpo y alma a aquella danza erótico-festiva.

« Déjame sentirte, hoy voy a comerte. En mi habitación. No hay razones pa' que te cohíbas. Yo sé que te gusta, te motiva. Me dijeron que eres posesiva. Y que tragas todas

mis vitaminas. No hay razones pa' que te cohíbas...», decía Maluma. Y tanto roce, tanto roce, oye, que al final hasta hace el cariño. Una de sus manos estaba sobre mi cintura llevándome y la otra sobre su pecho sujetando la mía. Yo ronroneaba como una gatita entre sus brazos, estaba flotando en una nube esponjosa. Cerré los ojos.

—¡Tienes muchas posibilidades!

—¿¡Qué!? —Me alcé de puntillas para cuadrar mi oreja con su boca.

—¡Que te mueves bien, si te dejas llevar!

—¡Gracias, contigo hasta parece fácil, lo haces genial!

Dijo algo más, pero no alcancé a escucharlo.

—Me apetece fumar —grité.

—¿¡Ahora!?

—¡Me muero por un *piti*! ¿¡Algún problema!?

Negó con la cabeza y me sonrió divertido.

—¿¡Quieres que te acompañe a la puerta!?

—Sí, *porfi*.

De la mano fuimos a la puerta que seguía tan abarrotada como antes y saqué mi cajetilla del bolsillo de mis pantalones estilo pijama. Me encendí un cigarrillo y me quedé mirándolo en plan interesante.

—¿Te pasa algo en los ojos?

—¿Qué?

Se acercó y me examinó los ojos por unos segundos mientras yo trataba de centrar las pupilas en su boca. Una boquita de piñón que me apetecía besar cada vez más.

—¿Qué les pasa? —le pregunté.

—Tienes uno mirando al frente y otro al mar Menor.

—Pero ¿qué dices? —Le di un empujón en el pecho alejándolo.

—Es verdad.

—Es men-ti-ra. ¿Insinúas que estoy bizca?

—No, pero los tienes así, a ver —dijo acercándose otra vez, tomando mi cara entre sus manos—, mira hacia arriba.

Lo hice y comenzó a descojonarse.

—Van a su puta bola. Míralos.

—No los puedo mirar y, además, te advierto que la estás jorobando mucho.

—¿Por qué? Es verdad. ¿Y qué estoy jorobando? —Ladeó la cabeza y me hizo un guiño.

—No lo sé, se me acaba de olvidar —respondí de morros.

—Me gustan tus ojos, chica sin nombre.

—¿Aunque sean bizcos?

—Sí —suspiró— y también tu nariz. Es chatita y respingona.

Levanté el mentón y olfateé el aire hinchándome los orificios nasales y él se echó a reír.

—Y tu boca. —Se mordió la suya y yo suspiré hondo—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, seguro, ¿por qué?

—No quisiera besarte sabiendo que estás mal y que luego digas que me he aprovechado de la situación.

—En primer lugar, *guapo*, solo me besarás si yo quiero y, en segundo lugar, si lo haces, será porque yo me estoy aprovechando de ti. ¿Te queda clarito?

—¿Y quieres o no?

Me lo pensé por unos segundos. Abrí la boca para responder, pero una manaza en mi hombro me interrumpió.

—¡Joder, llevo buscándote una hora!

Era Patricia, tan oportuna como una llamada de móvil en medio de un funeral. La miré y vi que venía acompañada de cuatro tíos tan distintos entre sí en estilo y forma que daban incluso dentera: el ricito de oro, el del truco de magia, el gordito bailes raros y el niño bonito de los ojazos verdes. Todos juntos y en reunión, ahí estaban escoltando a la rubia de mi amiga.

—Estaba viviendo la noche —respondí sin más, y Patricia me sonrió con malicia.

—Ya te veo, ya. ¿Quién es tu amigo? —Le dedicó una sonrisa.

—Hombre, Ariel. —El gordito bailes raros le chocó la mano al tío sexy.

—¿Te llamas Ariel? —Lo miré alucinada.

—Sí.

—¡Coño, te llamas como la Sirenita! —me burlé entre risas.

—Vaya, qué original, eso sí que me lo han dicho un millón de veces y no tiene ni puta gracia.

—Para mí sí. —Seguí descojonándome sin poder evitarlo.

—No le veo tanta gracia.

—Vaya, no sé —rezongué aguantando a duras penas su mirada seria—, no pensaba que fueras a llamarte así. Casi prefería no saberlo. Es muy ridículo. Tienes nombre de mujer-pep y de detergente de marca cara. —Exploté a reír.

—¿Tienes algún problema con mi nombre?

—Es que no te pega, te pega más Poseidón o Neptuno... o Dixan... o Colón.

—Sí, Bosque Verde, no te jode. —Rompió a reír y al segundo estábamos los dos partidos de la risa.

—¿De qué os reís? Decidlo y así nos reímos todos —dijo el del truco de magia.

—¿Esta es tu amiga? —comentó el de los ojazos verdes mirándome con descaro.

—Sí, miradla qué bien estaba y yo preocupadísima por ella.

—No te veo tan preocupadísima por mí, Patricia —le repliqué con retintín viéndola la mar de tranquila con sus nuevos amigos raritos y que, visto lo visto, también eran los amigos del tío sexy.

—Ya te dije antes que la había dejado en la puerta con mi colega —intervino el ricitos de oro muy manso él.

—Pues sí que lo estaba, y bien que lo estaba —comentó Patricia fijando la vista ahora en la mano de Ariel que todavía seguía apoyada en mi cintura.

—¿Y mi bolso? —Me acordé de pronto, viéndola con las manos más libres que una espantapájara.

—Y yo qué sé. —Se encogió de hombros.

—Pero yo te mato, si te lo he dejado a ti cuando he salido a la puerta a fumar con este tío. —Señalé al ricitos.

—Pues estará dentro.

—Eso espero por tu bien —la amenacé, dándome la vuelta para entrar de nuevo.

Corrí hasta el fondo, rezando y todo por que estuviera allí. Era casi imposible encontrar nada entre tanta ropa. La mayor parte de la gente andaba medio en pelotas y había prendas amontonadas en los pocos sillones que no habían retirado para hacer hueco

a la pista de baile, y porque eran empotrados y ahí seguían por tanto haciendo de mulas

improvisadas. Había una tipa despeluchada bailando encima de un montón con los brazos

en alto y le pedí con mucha educación que se bajara, pero la tía ni puto, a su bola, perreando con una lola más fuera que dentro del sujetador de su bikini que, por cierto, era monísimo.

—¿Puedes bajar!? —le insistí, agarrándola del brazo y tirando de ella hacia abajo.

Me fulminó con la mirada antes de propinarme una patada en toda la cara que me dejó viendo pajaritos de colores.

Pero a mí eso no me iba a frenar, me las había visto en peores, salté sobre ella en plancha y la derribé, cayendo las dos de bruces primero encima de los sillones y luego contra el suelo (eso dolió), que estaba cubierto de mugre de años, el Bébete la Vida a Jarras era un lugar muy famoso, pero no por su limpieza, que brillaba por su ausencia, no había más que echarle un vistazo a los aseos, alimento de cucarachas y demás alimañas.

La tía en sujetador me agarró del pelo y comenzó a zarandearme la cabeza a los lados a su antojo. Me iba a dejar a la vista la calota con tanto tirón. La agarré de las manos y traté de quitármela de encima pero, maldita sea, tenía muchísima fuerza. No había manera de que

aflojara mi matojo, así que probé con una treta un tanto sucia, pero estaba desesperada y tenía que jugar todas mis bazas. Nos habían hecho un corro y rodábamos la una sobre la

otra sin llegar a un punto medio. Le cogí la escasa tela del sujetador y tiré con fuerza. Lo

levanté en el aire como una banderola de paz y el público concurrido rugió por la emoción de mi gesta. Se oyeron aplausos. Se oyeron vítores. En algún momento la tía con las lolas al aire se dio cuenta de que así las tenía y a lo loco, *a lo loco, a lo loco-co-co*.

Desconcertada, avergonzada, no sé, se enderezó como un lémur y se cubrió la delantera, dejando mi cabello libre como un pájaro. Aproveché el lapsus para levantarme de un brinco y le refilé el sujetador a la cara.

—¡Tía, que solo quería buscar una cosa mía en el sofá! —le dije, apartándome el pelo de la cara, intentando poner paz.

—¡Nadie me quita mi sitio!! ¡¡Soy la reina del diván rosa!!

—¡Para ti todo, que yo no te quiero quitar nada, que solo quiero buscar mi bolso y me voy! —le repliqué, dándole la espalda.

No la vi venir. La tía loca, se lanzó sobre mí, y esta vez caí de boca sobre un sillón.

Mientras me hacía la batidora con la cara creí vislumbrar bajo un montón del suelo mi bolso.

—Suéltame, suéltame —le gritaba, pero la tía loca, que le importaba un carajo ir en lolas, no entraba a razones y seguía dándole vueltas a mi cabeza sin perder comba, pero qué le habían dado de comer a esta, qué fuerza tenía en esas manos de uñates postizos.

Sus lolas bamboleaban sobre mi cara, temía que una de aquellas bolsas mamarias me noqueara de un golpe seco. Se estaba rifando un tetazo y mi preciosa carita llevaba todas las papeletas y, efectivamente, acabó sucediendo. Una de esas lolas descomunales me golpeó el carrillo derecho y sentí como la tersa piel de mi moflete se movía a cámara lenta soltando un reguero de babas que acabó en el pie de un chico en playeras que observaba

aquella pelea de gatas.

De golpe se detuvo, seguramente entumecida por el tetazo, aquello debió de dolerle a

ella también, y sentí un alivio brutal. La miré y la vi apartada a un lado, masajeándose la tetaza. Ojalá se le hubiera descolocado el implante de silicona. Alguien me la había quitado de encima y la estaba calmando. Miré donde creía haber visto mi bolso antes, aparté un sinfín de prendas y ahí estaba, suspiré aliviada, lo que me había costado dar con él. Lo cogí toda digna y me puse en pie, andando más recta que una escoba y haciendo una especie de paseíllo por el medio de la gente que me ofrecía a mi paso garboso de sus bebidas, y yo agradecida bebía sin pensar en la cantidad de alcohol que me estaba metiendo entre pecho y lomo en pocos segundos. Pero tenía sed, tenía sed, vale. Me había peleado como una leona y tenía mucha sed.

Me acerqué a la loca de la lolas, que ya parecía más relajada y se estaba poniendo el sujetador. Hablaba con Ariel y estaba sonriendo, como si ella le gustara. Fruncí el ceño.

—Hola. —Un chico moreno, tanto de piel como de pelo, me ofreció un chupito, interceptándome—. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Y tú?

—También bien. Has estado muy bien —me dijo con una sonrisa señalándome el lugar de la pelea.

—Gracias, pero creo que ha ganado ella por goleada.

—Dirás por tetazo. —Se echó a reír antes de levantar el vasito y bebérselo de un trago. Yo hice lo mismo observándolo de soslayo—. Me han caído tus babas en el pie.

—¿Era tu pie? Vaya, lo siento. —Sonreí un poco cortada.

—Tranquila, no me ha dado nada de asco, a decir verdad, me ha parecido muy erótico.

—Parece que esta noche la cosa va de podófilos.

—¿Qué dices? —Me sonrió.

—Nada. ¿Cómo te llamas?

—Mario.

—Encantada, Mario, soy Candela. —Le ofrecí una mejilla y él no vaciló en besármela antes de ofrecerme la suya, que besé de refilón pues la apartó con rapidez.

—¿Peña?

—Más quisiera yo. —Ambos nos reímos y nos quedamos mirándonos fijamente, tenía unos ojos rasgados a lo Keanu Reeves bastante atractivos y unos labios gruesos que no dudó en morder para mí. Me gustó.

¿Y si era él? ¿Mi *def*? ¿Ese que la luna iba a poner en mi camino? Lo estudié y sus ojos oscuros no solo eran atrayentes, eran chispeantes y seductores, y sus labios no solo eran gruesos, eran sexis y morbositos. Entorné los ojos y casi pude vislumbrar un hilo de conexión mística entre los dos. Vaya, nunca había experimentado poderes, pero debía tenerlos, para algo era hija de mi madre.

—¿Nos vamos? —Ariel interrumpió aquel momento mágico.

—Bueno... me tengo que ir, Mario, nos vemos si los astros se ponen de acuerdo. —Me

giré y lancé una mirada inquisitoria a Ariel y comencé a andar hacia la calle seguida de corto por él, ¿acaso me creía ya de su propiedad por cuatro restregones y un par de conatos de beso?

Tras la disolución de la pelea, la gente de nuevo abarrotaba el ambiente y Ariel en un gesto amable intentó cogerme la mano para abrir camino y yo se la rechacé. Se había interpuesto en mi destino, entre el influjo de San Juan y mi ente espiritual, de hecho, ahora que lo pensaba bien, lo había estado haciendo desde el minuto uno de la noche. Estaba claro que él no era mi *def* y que solo era un cenizo de la hostia. Era gafe como él solo. Por su culpa me habían pasado muchas cosas desastrosas y si no desaparecía pronto de escena

iba a terminar hospitalizada con un traumatismo severo como poco.

Por fin alcanzamos la salida, tenía la cara roja y los tímpanos en rompan filas. ¿A cuántos decibelios tenían allí la música? Y, para más inri, había vuelto a perder de vista a Patricia, que sería rebautizada como Putricia si no aparecía en cero coma. Necesitaba un cigarro urgente.

—¿Sabes una cosa, Ariel?

—Dispara, seguro que me sorprendes —dijo visiblemente molesto apoyado en la fachada.

—Eres un cenizo.

—¿Un cenizo? —Soltó una honda carcajada.

—Sí, un gafe, un mala sombra, un agorero, un...

—Frena, frena. ¿Tú de qué vas? —Se puso a la defensiva—. Te acabo de sacar de una pelea, que ya me contarás cómo te has metido en ese *fregao*. No se te puede dejar sola un segundo, eres un peligro andante.

—¿Yo? —Me agarré el pecho ofendidísima—. Dirás tú, *champiñón* de la mala suerte —le dije al compás de una filigrana a lo Beyoncé y él retrocedió acobardado—. Me has

jodido la única cosa buena que me ha pasado esta noche, podría ser que ese chico con el

que hablaba fuera mi *def*.

—¿Tú qué?

—Mi *def*, abreviatura de definitivo, es vocabulario para mentes despiertas e intuitivas.

—Entonces ¿aparte de gafe también insinúas que soy un lerdo?

—No del todo, pero un poco lento sí. —Di una honda calada a mi cigarro secundando aquella afirmación sobre él en todo su *jepeto*.

Ariel dibujó una mueca de disgusto e hizo el amago de replicarme, pero en su lugar sacó el móvil y se quedó mirándolo. Aquello me molestó bastante, no parecía importarle

haberme fastidiado la noche mientras leía un mensaje con su sonrisa puesta. Al cabo de un minuto, en el que no le quité el ojo de encima, volvió a meterlo en su bolsillo y sacó las llaves de su moto.

—¡Salvada por la campana! —exclamó mirándome fijamente—, he de irme.

—¿Te vas? No puedes irte todavía, no hasta que encuentre a mi amiga.

—¿No soy un cenizo? Estarás mejor sola, no vaya a ser que por mi culpa te caiga algún meteorito.

—No te vayas aún, por favor, llamo a Patricia y cuando aparezca te vas.

—Creo que no, lo dicho, *guapa*, un placer.

Se acercó a mí, me agarró por la cintura acercándose a él de manera peligrosa y me plantó un beso en los morros laaaaargooo e inteeensooo, con lengua y todo, que hizo bombear mi sangre en la dirección equivocada, concentrándola todita en un punto erógeno

y haciéndolo palpar desde las ingles hasta la mitad de los muslos.

—¿Y esto a qué ha venido? —Me puse toda digna, intentando disimular que aquello no me había alterado ni un poquito.

—Eso es para que cuando encuentres a tu *def*, te acuerdes de mí. —Me guiñó un ojo y se dio media vuelta dejándome con cara de «o».

Se alejó a grandes zancadas en dirección a su moto. Aproveché la ocasión para repasarle la espalda, el culo y las piernas esas largas que tenía y que le quedaban tan bien, bajo ese culo apretadito seguidito de una espalda triangular que quitaba el hipo de la impresión. Pena que no fuera mi *def*. No podía serlo. ¿Un cenizo de su índole? Ni de coña, vaya. Mi madre lo hubiera tirado de cabeza por el balcón nada más ver su aura negra cruzar la puerta.

8

CANDY, CANDY

—Otra vez tú, estamos predestinados.

El sonido de una voz me arrancó de mis pensamientos. Al girarme me encontré de frente con Mario en la puerta. Con una sonrisa, me ofreció de su copa y se la acepté de buen grado, necesitaba calmar mi furia y *lo otro*, la estela de *lo otro* que había trazado Ariel bajo mi piel antes de dejarme tirada como una colilla en la entrada de un bar.

Cuando volví a mirar hacia la calle, Ariel y su moto ya se habían perdido de vista.

—¿Tú crees en el destino? —le pregunté devolviéndole la sonrisa y la copa.

—Sí, claro, ¿y tú?

—Por supuesto, es mi dogma, ya sabes que no se puede luchar contra el destino y lo

que tenga que ser será.

—Pues espero que el destino quiera que te tomes algo conmigo. Te invito.

—Pues no debería —respondí, pensando que si no frenaba ya, mañana tendrían que hacerme un trasplante de sangre y de neuronas.

—Venga bebe, es San Juan. Es noche de eso.

—¿Tú quieres que pierda el norte del todo, verdad? —bromeé apuntándole con el dedo. A todo esto, ¿y mi uña? Yo tenía una uña en ese dedo, ¿dónde estaba?

—¿Pasa algo?

—No, pero yo tenía una uña en este dedo. —Se lo puse ante los ojos, y Mario lo observó fingiendo interés.

—Me gustaría meterme ese dedo en la boca

—¿Cómo? —Sacudí la cabeza un tanto alucinada.

—Perdona, ¿voy muy rápido?

—Bueno... yo diría que sí, pero teniendo en cuenta que estamos predestinados a lo mejor es lo suyo, no perder mucho el tiempo con preámbulos tontos. —Me puse en plan profundo.

A Mario pareció gustarle mi respuesta, asintió levemente y me ofreció la mano para entrar.

—Espera, voy a enviar un mensaje a mi amiga, la he vuelto a perder.

—Pero me has encontrado a mí. —Me guiñó el ojo.

Saqué el móvil del bolso y di gracias porque todas mis cosas seguían estando ahí, luego abrí el WhatsApp. Había un mensaje de Patricia de hacía apenas unos cinco minutos. Estaba en el You Rock, un garito a menos de cien metros en línea recta y sin cambiar de acera.

—Mario, me tengo que ir, mi amiga está en el You Rock.

—¿Pretendes irte ahora que te acabo de conocer? —me replicó lastimosamente.

—Puedes venir, si quieres.

Mario se acercó a otro tío que estaba comiéndole la oreja a una pelirroja y le comentó algo. El otro apartó la boca lo justo para decirle que no. Se volvió con una sonrisa y se encogió de hombros.

—Más tarde a lo mejor.

—Bien, si nos volvemos a ver será que el destino está haciendo de las suyas —le dije confiándome a los astros.

—Tenlo por seguro, nena. —Se acercó para besarme y yo le hice la cobra.

—¿Dónde vas, valiente?—le increpé guasona.

Se apartó con una sonrisa y me acarició la barbilla haciéndome un guiño.

—Luego nos vemos, nena.

Como todos los garitos, el You Rock estaba muy concurrido. Un grupo considerable de gente saturaba la puerta enturbiando el ambiente con el humo de sus cigarros. Entre ellos el rubito ricitos de oro y el guapetón ojazos verdes se rulaban un cigarro de liar, sospechoso.

—¡Ey, Candela! —me saludó el ricitos de oro al verme—. ¿Quieres fumar? —Me ofreció el cigarro y se lo acepté. No sé muy bien por qué, pero se lo acepté aun sabiendo lo que sus *puritos buenos* provocaban en mi organismo nada acostumbrado al consumo de estupefacientes

—¿Dónde está Ariel? —preguntó el guapetón ojazos verdes.

—Ni lo sé ni me importa —me limité a responder chupando de aquel cigarro de la risa como si me debiera una deuda.

—Habrá tenido que irse —dijo.

—Habrás. Y... ¿Patricia?

—Dentro.

—Pues me voy para adentro —dije devolviéndole el cigarro con un golpe de melena.

Conforme entré una marabunta de seres sudorosos me envolvió, no cabía ni un alma más, y algo de Extremoduro tronaba por los altavoces. Con la vista busqué a Patricia por encima de las cabezas y me pareció verla al fondo cerca de la barra. Crucé el local

abriéndome camino entre todos los festivaleros que bailaban y cantaban eufóricos y llegué hasta su posición. Con ella estaban el gordito bailes raros y Raúl, el simpático listo. Los tres tenían un chupito en la mano y estaban contando en voz alta antes de echárselo al cuerpo en canal.

—Yo también quiero uno —grité llamando su atención, y Patricia vino a mi encuentro con los brazos abiertos como si hiciera una eternidad que no me hubiera visto.

—Es mi amiga Candela —dijo, llenándome la cara de besos excesivamente cariñosos.

No es que ella no fuera cariñosa, pero cuando el cariño llegaba a esos extremos es que el pedo empezaba a tocar cotas altas.

—Pero ¿qué te pasa? —Me reí.

—Estoy feliz como una perdiz.

—Toma. —El simpático listo me puso un chupito en la mano y de nuevo comenzaron la cuenta atrás.

Y tras ese, cayeron tres, cuatro, cinco... *chi lo sa*, perdí la cuenta mientras aquellos tíos se convertían en mis más mejores amigos del mundo. Brindando por enésima vez, muertos

de risa, con las mismas ganas que en la primera de la noche. Bailando como locos cada canción, cantando a pleno pulmón, alardeando de cabelleras al viento como Europe en sus

buenos tiempos (Patricia, Jerson, ese era el nombre del gordito bailes raros, Raúl, el ricitos de oro y yo misma), el guapetón ojazos verdes solo golpeaba el aire con su

cabeza pelada y todos nos queríamos un montonazo, pero un montonazo. Prueba de ello, los continuos

abrazos y besos que nos prodigamos a mansalva.

Estaba yo a punto de hacer mi numerito de Josie Asquerosi cuando entró un tema que provocó la exaltación en mis nuevos amigos del alma.

Jerson se situó en el centro del grupito y, entornando los ojitos como un heavy cantando una balada, se puso cara hacia mí agarrándome las manos con arrebatamiento.

— *Candy, Candy, Candy, I can't let you go, all my life, you're haunting me. I loved you so. Candy, Candy, Candy, I can't let you go. Life is Crazy, Candy, baby...*

—Oh, me encanta —lo abracé —, me encanta, Jerson, es mi nueva canción favorita, a partir de ahora quiero ser *Candy for ever*. —Puse ojos de chupóptera y comencé a tararearla en mi cutre versión de no tengo ni puta idea de la letra, pero me encanta, me encanta.

—Pues necesitas un bautismo en toda regla —comentó emocionadísimo rodeándome el cuello con su brazo y restregándome el sobaco sudoroso por el hombro, cosa que no me importó en absoluto, a esas alturas de la noche, poco me importaba ya. Estaba hecha un adefesio, la pelea de gatas había dejado mi ropa blanca para la incineración, no había mano de madre que sacara en limpio aquello, y mi cabello un pelocho sucio y alborotado,

aun así me sentía bella, radiante y seductora a más no poder.

—¡Sí! —grité yo todavía más emocionada.

—¡Bautismo, bautismo, bautismo...! —Jerson comenzó a aclamar con el brazo en alto y los demás no tardaron nada en hacerle los coros.

LA PUTA AMA DEL YOU ROCK

Me cogieron en volandas, me subieron a hombros y me pasearon por el You Rock como a un torero en la plaza tras la corrida de su vida. La gente se sumó al mantra y aclamaban enardecidos «bautismo» una y otra vez. Mis nuevos amigos me acercaron a la

barra y el camarero, un roquero fortachón de barbas largas, me ofreció los brazos y me ayudó a pasar al otro lado. Luego se acercó al *DJ* residente de la cabina y le cuchicheó algo al oído, y regresó levantando la mano, haciendo los típicos cuernos de los conciertos de heavy, mientras tanto la gente, expectante por lo que iban a hacer conmigo, seguía gritando exaltada.

De repente la música cambió, y comenzó a sonar la canción de cabecera de la serie anime *Candy Candy* a todo trapo. La gente movía los brazos en alto de izquierda a derecha, y yo me sentía embriagada y poseída por aquel egocentrismo, mandando besos a

todo el mundo con las manos y saludando como Rania de Jordania.

Cuando la canción terminó el *DJ* agarró el micro y soltó una perorata que hizo enloquecer aún más a la muchedumbre apiñada contra la barra. No pude entender absolutamente nada de lo que decía porque estaba entregada con el camarero, encendiendo

con el mechero una ronda de chupitos, llamados «cucarachas infernales». Igual me había

equivocado de profesión, esto de ser camarera se me daba de la hostia.

—Muy bien, guapa, ahora vamos a bautizarte —me dijo el roquero con una sonrisa maléfica plasmada en los labios.

—¿Y cómo pensáis hacerlo, acaso tenéis una pila bautismal? —bufé irónicamente, ¿acaso me iban a tirar una botellín de agua del tiempo? Qué cutrez.

—No, chata, tenemos un serpentín cargado de rubia fresca.

—¿Con cerveza? —Abrí los ojos de par en par.

—¡Claro! Además de guapa eres muy lista, venga Candy, tu público te aclama.

Y así era, toda la peña borrachuza del local gritaba mi nuevo nombre, y mis colegas de farra estaban hacinados en la barra para officiar aquel ritual loco.

El camarero me colocó la cabeza bajo el grifo de cerveza, apartando mi pelo hacia un lado usando su mano como coletero. Parecía más el comienzo de un ritual maya que un bautismo.

—¡Por el poder que la noche alicantina me ha dado y los efectos del cazalla, el ron, el tequila y otras bebidas espirituosas, yo te rebautizo con el nombre de Candy, porque eres una tía que te cagas y seguro que sabes dulce como el caramelo! —gritó Raúl todo lo alto que los pulmones le permitían.

Al punto el camarero accionó la manilla del grifo y la cerveza fresca y espumosa empezó a calarme la cabeza, dibujándome riachuelos del maravilloso zumo de cebada por

los surcos de la cara, que desembocan directamente en mi boca, y bebí agradeciendo aquel trago de amarga cerveza gratis. El camarero me soltó y se unió a los cánticos del personal y yo aproveché para amorrarme al serpentín, tragando desesperada aquella *birra* fresquita hasta el punto de atragantarme.

—Creo que es suficiente, guapa, o me tocará cambiar el barril. —El camarero me apartó del serpentín y me sentó encima de la barra para devolverme a la muchedumbre, que me recibió con grandes abrazos y besándome las mejillas como si fuera la heroína del momento.

—Eres la leche, Candy, eres la caña de España —me dijo Pablo, descolgándose en mis hombros para darme un beso en la mejilla.

—Lo soy, soy la putaaaa amaaaaaa.

—Yo también quiero que me rebauticen, quiero ser Putricia Adams —refunfuñó Patricia.

—¿Y por qué Adams? Mejor podemos llamarte *Diario de Putricia* —comentó Raúl, que le había cogido el gusto a officiar bautizos.

—No me gustan los nombres compuestos —respondió mi amiga dando un profundo trago a su cubata haciéndonos estallar de risa ante aquel chascarrillo.

—¿Qué tal si salimos a que nos dé el aire? Me siento algo mareada. —La cabeza me daba vueltas como una lavadora y la cerveza estaba empezando a galopar por mis venas,

entremezclándose con el batiburrillo de licores dignos de Massiel que llevaba ya acumulados en el cuerpo.

Patricia se negó a abandonar el local; había oteado un tío al que juraría haber hecho un tacto rectal, y los demás querían ver la cara de estupor del pobre chico cuando ella en toda su borrachera le dijera: «Hola, ¿nos conocemos?», apuntándole con su perverso índice el

trasero. Sin duda era un gran plan, pero yo necesitaba aire fresco. Jerson me abrazó la cintura y apoyó todo el peso de su mejilla en mi hombro.

—Te quiero, Candy.

—Y yo te adoro, gordito mío —respondí contentísima besándole la frente, luego tuve que limpiarme su sudor de los labios. Estaba sudando la gota gorda. Y yo. El calor era infernal en aquel tugurio. Todos estábamos sudando a raudales.

Me peiné con las manos el cabello y me masajee las sienes tratando de enfocar y ordenar mi mente. Pero todo a mi alrededor era como irreal, como estar en un sueño, como un día de neblina. La música resonaba opaca en mis oídos y las voces de mis amigos me

llegaban lejanas y dispersas como si me estuvieran hablando a través de un teléfono averiado.

—Jerson, voy a la calle, voy a *respiraaraarr, la vida que me das, yo quiero compartir las ganas de vivir, yo quiero respiraaraaraar, yo quiero respiraaraaraar...*

—Vuelve. —Me apuntó el pecho con su dedito tan regordete que parecía el de una muñeca chochona.

— *A casa vuelveee, por Navidaaad, que hoy es Nochebuena y mañana Navidaaad*

entoné mientras Jerson asentía complacido, a decir verdad, todo él guardaba un parecido

más que acojonante a la chochona típica de las tómbolas ambulantes.

Y tratando de recordar dónde había ido a parar la mía, lo dejé en la barra y me fui cantando más feliz que una perdiz: « *Yo quiero respiraaraarr, la vida que me das, yo quiero compartir las ganas de vivir, yo quiero respiraaraaraaar, yo quiero respiraaraaraaar* ».

10

SU CHASCO, GRACIAS

Me sentí aliviada, en cuanto por fin abrí la puerta de salida y la brisa me golpeó la cara. Necesitaba un momento de placentero silencio, aunque aquello era algo bastante improbable dado el bullicio que había en la calle. Me senté en el suelo tapándome la cara y los oídos con las manos; la cabeza me iba a estallar de un momento a otro como un globo de helio al que fuerzas hasta la muerte.

—La suerte está de mi parte, el destino ha querido que nos volvamos a encontrar.

Levanté la cabeza y aparté las manos para centrar mi atención en la persona que había osado interrumpir mi micromomento de relax.

—¡Mario! —Sonreí de oreja a oreja como si acabara de encontrarme con Brad Pitt; Mario era guapo pero no hasta ese punto.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, solo estaba respirando aire fresco.

—Te entiendo, esta noche está siendo demasiado *destroyer* hasta para mí. —Se sentó a mi lado y se me quedó mirando con una sonrisa picarona.

—No creo que el destino haya querido que me encontraras —le dije, apoyando la cabeza en su hombro como si lo conociera de toda la vida.

—¿Cómo dices?

—Yo te dije donde venía, no ha sido el destino, han sido las ganas de encontrarme.

—Supongo. —Se encogió de hombros y mi cabeza tintineó por la ley de causa y efecto

—. Lo cierto es que he pasado por aquí para ir a Confeti. Si te apetece venir...

—Mis amigos están dentro... y mi bolso. Debería avisarlos.

—¿Y si te dejas llevar? Es una noche mágica. —Sus ojos rasgados me miraron de lado, penetrando en mi mente y casi hipnotizándome. Eso era una señal clarísima de los astros.

El juego había comenzado.

—Supongo que podría ir un rato... no creo que se muevan de aquí.

—¿A qué hueles? —Mario acercó su nariz a mi pelo, que debía oler a ciénaga.

—A cerveza, es una larga historia. ¿Vamos? —Me incorporé rápidamente sacudiéndome el culo de colillas y cáscaras de pipas.

Anduvimos hasta el final de la calle prácticamente en silencio, así eran los juegos tántricos del destino, no saber qué decir o hacer ante la persona amada es algo habitual, incluso lógico. Ambos estábamos envueltos por una fuerza mística que nos arrastraba y rodeaba, y lo mejor estaba por llegar.

Mario me abrió la puerta amablemente y me invitó a entrar en el pub que, al igual que los otros dos, estaba hasta los topes de gente exaltada por el alcohol y la música del momento.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó.

—¡Sorpréndeme! —A esas alturas me daba igual que me dieran agua destilada para planchas.

Me dejó junto a la máquina de tabaco y se dirigió a la barra. Por los altavoces empezó a sonar una canción premonitoria, parecía que Maluma me estuviera acompañando toda la

noche susurrándole a mi *inconsciente* con sus letras. Aquello era una señal clarísima, yo no necesitaba una bola de cristal, como la de mi madre, para descifrar lo que mi sino tenía planeado para mí. Thalia y Maluma serían testigos de ello con el tema *Desde esa noche*, que empecé a canturrear con los ojos cerrados mientras movía las caderas. Me encantaba

su voz y sus letras calentorras. La estuve tarareando: «*Desde esa noche te extraño en mi habitación. Creo que puedo caer en una adicción, contigo. No me esperaba jamás una historia así. Siento mil cosas por ti, siento mil cosas...*» hasta que mi príncipe azul volvió con dos vasos anchos cargados de mojito.

—¡Me encanta el mojito! ¿Cómo lo has sabido? —Ahí tenía otra señal inequívoca de que Mario era mi *def*.

—Le gusta a casi todo el mundo. —No era la respuesta que esperaba, hubiera estado mejor un «lo sé todo de ti desde el momento que te vi», pero las cosas de palacio van despacio, y tenía que darle la oportunidad de conquistarme a su manera.

—Supongo, aun así, me has sorprendido.

—Me alegra, espero sorprenderte aún más. —Esa respuesta me subió el ánimo. Estaba dispuesta a dejarme tentar.

Dejamos los vasos sobre la máquina y empezamos a contonearnos al compás de la música, acercándonos tímidamente el uno al otro, sintiendo nuestro calor corporal y rozándonos las manos como dos adolescentes, hasta que al fin se decidió a agarrarme por

la cintura.

Sus piernas y las mías se hicieron un ovillo y empezamos un *dirty dancing* muy provocador. Mario se movía bien, hacíamos una pareja danzarina muy rítmica, y cuando

sus labios me rozaron el cuello me ericé entera y sentí la llamada de la selva. Esa electricidad, que me recorría el cuerpo, me estaba alertando de que el hechizo estaba surtiendo efecto y que San Juan estaba haciendo de las suyas.

—¿Quieres otro mojito? —me preguntó al oído—. Tienen de fresa también.

—Solo si tú quieres otro.

—Sí, hace mucho calor aquí y tengo la garganta seca—. Me soltó sin más y se largó de nuevo a la barra.

Mario tenía algunas maneras extrañas pero solo sería cuestión de pulirlo un pelín; todos tenemos alguna tara y el baile de antes había sido lo suficientemente delicioso como para empezar a ponerle pegas ahora porque sí; tampoco era para tanto. Mientras él iba y

volvía, seguí entregada al baile, incluso me di unos restregones contra la máquina de tabaco, al fin y al cabo, éramos amigas. El maldito vicio nos había presentado hacía un tiempo y manteníamos una estrecha relación, en realidad, no solo con esta, seguramente con todas las máquinas expendedoras de la provincia de Alicante.

—¿Qué haces? —Mario me pilló en pleno baile amatorio con la máquina, agarrándola por los perfiles con ambas manos y la cabeza echada hacia atrás moviendo los hombros seductoramente y azotando el aire con mi melena.

—Como me has abandonado, me he puesto a bailar con mi amiga.

—¿Eres amiga de la máquina de tabaco? —Me miró extrañado. A la lista de defectos de Mario debía apuntar el nulo sentido del humor.

—Es una broma, es mi amiga porque fumo y me gustan las máquinas de tabaco, no me gustan por su aspecto, me gustan porque me suministran mi pequeño vicio.

—¡Fumar es repugnante! —exclamó.

Aquella revelación encendió todas mis alarmas.

—¿He dicho que fumo? Qué tonta estoy —me hice la sueca. Era preciso mentir, aquel hombre iba a ser mi *def*. Con el tiempo podría decirle que había recaído y mientras tanto comprar cantidades industriales de chicles contra el mal aliento hasta tenerlo totalmente conquistado y enamorado, y ya no tuviera escapatoria—. Fumaba, en pasado, pero ya no

lo hago, he sentido melancolía.

—Menos mal, odio a los fumadores y besarse con una tía que fuma es como chupar un cenicero —comentó dibujando una mueca de asco y me acarició la mejilla. La trola había

funcionado, estaba salvada por el momento.

El mojito de fresa estaba realmente delicioso, esos inventos de los señores cocteleros de camuflar el alcohol con sabores suaves y frescos son un arma de doble filo. Puedes beberte un porrón sin sentir la quemazón en el esófago y para cuando te quieres dar cuenta ya estás bebiéndote el agua de los floreros, qué me lo digan a mí.

Entre baile y baile Mario me fue proveyendo de más mojitos de fresa mientras bailaba ajena a él y al resto del mundo. Llevaba tres en el cuerpo golfo y aquel primer baile al son de Thalía y Maluma formaba parte del pasado. El muy idiota no se había vuelto a acercar

a mí de manera provocadora. La culpa era mía, Mario sabía de algún modo que le había mentido y que sí era una fumadora empedernida, probablemente me había visto antes en la

puerta del Bébeté la Vida a Jarras con un cigarrillo entre los dedos. Tenía que hacer algo y rápido, debía borrar cualquier sospecha y demostrarle que yo luchaba contra el tabaco a lo Mercedes Milá y que el humo contaminante del monóxido de carbono no formaba parte de

mi vida actual.

Ví mi oportunidad en cuanto un chico descamisado se acercó a la máquina.

—Hola, guapa, ¿me dejas? —me preguntó con una media sonrisa para que me apartara e hizo un gesto con la mano para que la chica de la barra le activara la máquina.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté con los brazos en jarras.

—Comprar tabaco, ¡no te jode! —me vaciló él

El muchacho empezó a meter las monedas hasta introducir el importe total de su producto. Yo seguía con atención todos sus movimientos y su expresión corporal denotaba

cierta molestia ante mi curiosidad. Con el dedo empezó a buscar su marca favorita pero antes de que pudiera pulsar la tecla me adelanté, pulsando la de Bucados negro. La máquina hizo el ruido típico antes de expulsar la cajetilla y el chico abrió mucho los ojos con las cejas en posición cabreo monumental, ¿cómo hacía eso?

—Pero ¡tú eres gilipollas! —me gritó en la cara.

—Perdona, si vas a hacer algo tan repugnante como fumar, ¡hazlo bien y quémate los pulmones de una vez! —le devolví el grito como si fuera de la liga antitabaco universal.

—Tío, dile a tu novia que no le doy una hostia porque es una tía —increpó a Mario, que estaba impasible ante aquel ataque injustificado. Debería sentirse orgulloso de mi gesto y no fingir que ni le iba ni le venía.

Sin embargo, lo que dijo a continuación me sulfuró.

—Lo siento, tío, pero esta pava no es mi novia, solo la estaba emborrachando para mojar el churro.

—¿¡¡Quéeeeeeeee!!? —Malditos planetas congregados, maldito embrujo bananero.

—¡Me debes cuatro con setenta y cinco! —me volvió a gritar el chico descamisado mientras yo veía indignada la espalda de Mario perderse entre la gente.

—No tengo dinero, él me trajo aquí con lo puesto. —«¡Houston tenemos un problema!», pensé pasándome la mano por la frente.

—Pues tú verás, tía.

—¡Candy, te estábamos buscando como locos! —La voz de Patricia resonó detrás de mí, nunca me pareció tan celestial como aquella vez.

—¡Qué alegría verte, Patri! —Me lancé a sus brazos y comencé a llorar.

—¿Oye y mi dinero? —preguntó de malos modos el chico con el paquete de Bucados en la mano.

—¿Le debes dinero a este tío? ¿Ahora fumas Bucados, Candy? —me preguntó Patricia extrañada ante aquella absurda escena.

—¿Has traído mi bolso?

—Lo lleva Pablo.

—Préstame cinco, anda, ahora te lo doy.

El chico debía estar alucinando en pepinillos y Patricia también, pero no tenía ganas de dar explicaciones, quería pagarle y largarme de allí como hoja movida por el viento.

Le di un billete de cinco y él me entregó el paquete de Bucados ante la atenta mirada de la pobre Patricia, que seguía sin entender por qué compraba tabaco negro de contrabando.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —me preguntó en cuanto el chico se marchó haciéndome una peineta a modo de despedida.

—¿Estás lo suficientemente borracha para no juzgarme de manera recriminatoria?

—Supongo que sí, ¿necesitas terapia, verdad?

11

UNA TERAPIA UN PELÍN PELIGROSA

Muchos lunes necesitaba terapia. Los fines de semana solía coger cogorzas que me llevaban a hacer cosas poco acertadas, pero lo de esta noche era de otro nivel y lo peor era que el cuerpo me seguía pidiendo alcohol para paliar los desastres acontecidos.

—Una terapia exprés exhaustiva, pedimos unas cervezas y te lo cuento en la terraza.

En la barra me topé con la pandilla del moco, bailando e intentando ligar con un par de chicas, que seguramente estaban a mi nivel de enajenación mental por las pintas y el

careto que llevaban. Les avisamos que estaríamos en la terraza y ellos asintieron con la cabeza mientras seguían a la caza de aquellas dos enajenadas.

—Cuéntame, Candela María —Patricia me llamó por mi nombre tele novelesco

completo, lo hacía siempre que la cosa era seria, conforme tomamos asiento en una mesa.

—La noche que mi madre había predestinado como la más especial de mi vida, está siendo un completo desastre —declaré de morros—. ¿Qué me pasa? No estoy

desesperada, no soy fea, de hecho, creo que soy bastante guapa.

—Veo que no tienes abuela, y, sí, creo que estás comportándote de manera desesperada

—me replicó mi amiga bebiendo un largo trago de cerveza.

—No me entiendes. —Miré hacia otro lado dramáticamente con la mirada perdida, aquello era serio, pero serio, serio, serio.

—A ver, Candela, algunas otras veces se te ha ido la olla y no creo que sea para tanto.

Y respecto a encontrar a ese definitivo...

—Se dice *def* —la corregí.

—No se dice *def*, la palabra completa es *definitivo*, quieras o no quieras. Tampoco se dice *gor* ni *tor* ni *sop*. Esa manía tuya de abreviar las cosas me desquicia un poco, ¿lo sabías?

—Oye, la de la terapia soy yo —protesté débilmente— y, si tanto te molesta, deberías hablar con el psicólogo de la clínica.

—Bueno, al grano, Candela, que perdemos las formas. ¿Qué es eso que te preocupa tanto?

—En realidad, ¿qué no me preocupa? ¿Has visto cómo huelo?

—Todos olemos mal, hace calor, los cuerpos sudan y nos caen cosas encima, *Candy*.

—Se echó a reír al recordar mi reciente bautismo coreado por unas cuantas personas

exaltadas.

—Me fastidia tener que afirmar que mi madre estaba por completo equivocada, esta noche no encontraré a mi *def*, y hasta es bastante probable que mi madre sea un verdadero fraude tal y como dicen sus odiadores en Twitto.

—No voy a entrar a dar mi opinión sobre la profesión de tu madre porque me cae bien, pero ¿no crees que forzar una situación como esa por las afirmaciones de una pitonisa es un tanto exagerado?

—No es una pitonisa cualquiera, es Susana Castaños, *la Luceros*.

—Es tu madre disfrazada de la Bruja Lola. —Finalmente Patricia no pudo reprimir las ganas de menospreciar a mi progenitora.

—¿Perdona? Retira eso ahora mismo, mi madre no lleva esos pelos.

— *Relaja la raja*, mema, tu madre es una mujer de puta madre, pero no comparto sus creencias y tú, como mujer de ciencias que eres, tampoco deberías.

Y pese a que no le faltaba parte de razón, no se lo iba a reconocer. Mi madre se había metido tanto en el personaje de *la Luceros* que su *alter ego* se la había terminado comiendo, sin embargo, su inusual profesión nos había dado de comer a ambas cuando mi

padre se largó con su secretaria de veintidós años y nos dejó al cargo de una hipoteca, las letras de un coche deportivo y varias deudas con Hacienda. Siempre me pregunté cómo era posible que mi madre no viera venir todo aquello con su bola de cristal. Supongo que vivir cómodamente con el Rodrigo Rato de Alicante interfería en sus poderes

adivinatorios, que casualmente reaparecieron cuando recibimos la primera carta de desahucio. Mi madre era lista, demasiado lista, y esa inteligencia es la que me pagó la carrera, el carnet de conducir y la ropa del Tara durante muchos años. *La Luceros* había creado un imperio esotérico de la nada y su propia hija no iba a desmentir todo el sarao en el *Sálvame de Luxe*; mi madre merecía todos mis respetos.

—Olvidemos el tema de mi madre, ¿quieres?

—De acuerdo, pero aún tienes mucho que contarme. Empieza, anda —me pidió antes de darle un trago a su jarra.

Así que, sin más preámbulo, le conté a Patricia todo lo sucedido primero con Ariel y después con Mario.

—¿Y por qué no puede ser ese Ariel tu *def*? —me preguntó, escupiendo la última palabra como un molesto *paluego*, en cuanto vio que me quedaba callada—. Parece un tío bastante majo.

—No puede serlo ni de coña. Es un cenizo de puro lomo —afirmé, sacando otro cigarrillo con unos suaves golpecitos de mi paquete de Noel que ya estaba en las últimas y, si no compraba pronto otro, acabaría sucumbiendo al Bucados negro.

Rompió a reír y sacudió la cabeza, mientras yo me encendía el cigarro inhalando el humo ansiosa.

—Pero ese puro lomo está buenísimo —opinó.

—Sí, eso sí —reconocí recordando entonces el besazo que me había dado antes de marcharse—, pero es un *guapisísimo* cenitísimo, y no me vale.

—¿Ni como animal de compañía? —Arqueó una ceja mientras yo le daba otra calada al cigarro.

Negué con la cabeza y me acomodé más en la silla, eché la cabeza hacia atrás y miré al cielo dibujando círculos en el aire con el humo.

—El destino es el destino —respondí mirando fijamente uno de ellos que estaba cogiendo forma de una cara familiar. La de mi madre, pero con unas barbas largas, ¿qué podría significar?

—¿Tan importante es para ti encontrar ese hombre definitivo? Eres una chiquilla, ¿lo sabías? Entonces ¿qué se supone que tendría que hacer yo?, ¿ir a Lourdes? —me replicó

Patricia visiblemente molesta.

—Lo tuyo es diferente. —Borré de un manotazo las volutas de humo y la miré de frente con determinación.

—¿Diferente en qué?

—No lo sé, diferente.

—Voy a pasar por alto eso que has dicho porque las dos vamos borrachas de más y no estamos muy en condiciones de hacer reflexiones serias.

—¿No vas a diagnosticarme? —Necesitaba la opinión médica de Patricia.

—Sí, voy a darte una medicina muy potente.

—Eso suena un tanto sexual. —La miré con interés apoyando los codos en la mesa.

—Más quisieras tú, petarda. —Puso los ojos en blanco—. Ahora quiero que recuerdes bien la posología de este remedio.

—Te escucho.

—Vive.

Parpadeé confusa.

—¿Que viva?

—Sí, la vida es la mejor medicina. Vivir el día a día, no pensar demasiado en lo que tiene que venir o qué narices tiene que pasar. No puedes vivir anticipándote con las premoniciones de tu madre. Déjate llevar. Todo lo que suceda, sea bueno o malo, es mejor que sea una sorpresa. Solo así aprenderás grandes lecciones que te harán crecer y seguramente encontraras al *def* de los cojones. Y ahora levántate y entremos a bebernos dos buenos lingotazos de vida. Esta vez de tequila. Uno detrás de otro, seguiditos, para no perder ritmo.

Y así lo hicimos, siempre hay que hacer caso a lo que te dice el médico, pero el mío

esa noche estaba automedicándose demasiado y la intoxicación por mala praxis llegó pronto.

—Creo que voy a potar. —Patricia se tapó la boca unos cuantos lingotazos más tarde

—Uaaaagggghhh, qué asquito, ¿te acompaño al baño? —dije, mirándola boquear como un pez varado en la arena.

—No. —Se le escapó un eructo tremendísimo antes de salir corriendo hacia la puerta perdiendo el culo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Pablo, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Va pedo.

—¿Quién no? —Me dio un beso en la mejilla y me olió el cuello—. Hueles fatal, Candy.

—Tú tampoco hueles bien, Pablito.

—Podríamos ir a darnos un baño.

—¿A la playa? —Me pareció una magnífica idea, un bañito me despejaría la mente y el ligero mareo que sentía.

—Sí, tú y yo solos.

Lo miré pensando en que no podía ser... Eso no podía ser una insinuación de nada, ¿verdad?

—¿Solos? —dije para cerciorarme.

—Sí, tú y yo. —Me sonrió de un modo tan significativo que ya no tuve ninguna duda. Estaba tratando de ligar conmigo.

—¿Qué hacéis? —intervino Jerson metiendo la cabeza entre los dos.

—Hablar —me limité a responder.

—Pues que corra un poquito más el aire. —Jerson le dedicó a su amigo una mirada recriminatoria.

—¿Me he perdido algo? —le pregunté a Pablo, apartándome de los dos.

—Tú, no; Pablo, sí —respondió Jerson, y Pablo bufó mirando hacia otro lado.

—No entiendo, ¿qué pasa, chicos?

—Nada, que Jerson es un corta-bolas —rezongó Pablo.

—¿Por qué?

—Código de amigos. —Jerson abrió los ojos como Jack Nicholson tras su hacha.

—No te pases, tío —Pablo se engrescó.

—¿Que no se pase por qué, qué pasa? —dije yo, cada vez más mosca.

—No le toques un pelo a Candy, te estoy vigilando. —Jerson hizo una uve con los dedos y la dirigió de sus ojos a los ojos de Pablo antes de darnos la espalda e irse bailando con los brazos en alto en plan locaza.

—¿Por qué dice eso?

—No hagas caso, Candy, ¿quieres salir a la puerta?

—Me apetece irme a otro sitio, hace mucho calor aquí —dije abanicándome con la mano, estaba claro que el plan de ir a la playa se había ido al garete.

Pablo aproximó posiciones y me sopló en el cuello.

—¿Mejor?

Levanté la ceja.

—Sí, creo que sí. ¿Por qué no vamos a un garito de playa al aire libre? —le propuse, apartando el cuello para mirarlo de cara, yo seguía ofuscada con ir a la orilla del mar.

—¿Tú y yo? —Me puso ojitos.

—Pero qué manía te ha dado con *tú y yo*; tú y yo y todos los coleguis —le repliqué, dándole un manotazo al hombro, pensando que tenía unos ojos preciosos debajo de esas dos cejas—. Ven, vamos a la puerta, a ver cómo se encuentra Patricia.

Al salir del pub, fui incapaz de reprimir un ataque de risa, Patricia estaba arrodillada en la acera con la cabeza enterrada entre sus rodillas lista para rezar en dirección a la Meca.

—Ufff, me parece que Patricia está un poco mal —comentó Pablo acercándose a ella.

—Sí, está un poquito demasiado mal —dije, sentándome a su lado y levantándole un brazo en alto, que cayó como un peso muerto tan pronto lo solté—. Patri, bonita, ¿estás bien? —le susurré al oído.

—Mmmmmmmmmmm —respondió sin levantar la cabeza.

—¿Qué crees que significa? —Miré a Pablo, que había tomado asiento al otro lado de Patricia y había pegado la oreja a su cabeza.

—Creo que dice que está bien. Que quiere dormir la mona.

—Pero no la podemos dejar aquí tirada en la calle —le repliqué empezando a preocuparme por la seguridad de mi amiga.

—¿La sentamos en una silla?

—Lo mejor será que la llevé a mi casa y la acueste. Vivo cerca.

—Voy a llamar a mis colegas y te ayudamos a llevarla.

—Genial, porque esta no está en condiciones de ir por su propio pie —dije, echándole el brazo por encima de los hombros.

De súbito irguió la cabeza como un avestruz, respiró hondo, abrió los ojos y me atravesó con la mirada.

—¡No me toquéis hijos de *pupu*! —gritó, zafándose de mí antes de dejar caer de nuevo la cabeza y dejarla muerta colgando a un lado.

—Entra y llámalos, tenemos una comatosa en potencia —le pedí a Pablo—. Patri, bonita, nos vamos a casita —le dije a mi amiga cuanto nos quedamos solas

—Mmmmmmmmm.

—¿Eso es un «sí quieres»?

Movió la cabeza un poco, lo justo para dejar un ojo a la vista, que me miró entornado.

Le aparté el pelo de la cara, la tía iba pasada de más y la fiesta para ella había tocado a su fin.

—No quiero. Quiero seguir hasta que el cuerpo aguante.

—El tuyo, por lo visto, ha dicho «*stop*».

—De eso nada, monada, ahora mismo me levanto y me tomo otro chupito revitalizante.

—No sé yo. ¿Has vomitado? —Como quien levanta una pesa de diez kilos alzó el brazo señalando hacia abajo—. ¿Aquíiii? —Hice una mueca de asco.

Sacudió la cabeza afirmativamente y yo miré entre sus rodillas. Estaba sobre su propio vómito.

—Bueno, ahora vienen estos y te llevamos a mi casa.

—No quiero.

—Tía, estás fatal.

Sonríó bobalicona.

—Pues anda que tú, ¿tú no te has visto, verdad?

—Vas muy pedo, te llevo a casa.

—¿Va todo bien? —Una voz familiar entró por mis oídos.

—¿Qué haces tú aquí? —Alcé los ojos y los clavé como puñales en su persona.

—He vuelto. —Ariel se sentó al otro lado de Patricia, ignorando mi mirada mortal.

—Ahora lo entiendo, por eso está Patricia así —dije con desprecio. Definitivamente aquel tío era gafe.

—Tu amiga está así porque ella solita se ha bebido media destilería.

—No es alcohólica, es una médico reputada.

—¡Yo no he dicho tal cosa!

—¿Y por qué has vuelto?

—¿Y por qué no? —me replicó, dejándome muda intentando buscar una respuesta.

—No quiero morir esta noche aplastada por un satélite —comenté mirando al cielo.

—Muy graciosa, pero no estoy aquí para que desfogues tu rabia contra mí, he quedado aquí con mis amigos.

—¿Qué amigos?

—Esos con los que llevas toda la noche, ¿es que has perdido la memoria con el veneno de la medusa?

—No, solo que tengo un mecanismo ancestral de defensa que me hace olvidar los malos momentos.

—Así que soy un mal momento. —Ariel se rio de mí y de mi última respuesta.

—Lo eres, ¿acaso lo dudabas?

—Ay, Candy, Candy. Reconoce de una vez que te alegras de volver a verme. Jerson me ha enviado varios mensajes bastante raros.

Levanté la ceja. No sé qué le había dado al gordito bailes raros conmigo.

—Yo no haría mucho caso a Jerson, baila bastante raro. Bueno... todo él es extraño.

—Así que un bautizo con cerveza... —Ariel seguía haciendo caso omiso a todo lo que

yo le decía y, a las claras, intentaba desquiciarme.

—Y digo yo que, si tan interesado estabas en saber de mí, no deberías haberte ido.

—La información me ha llegado sin pedirla.

—¿Acaso eres periodista? —me mofé de él.

—Lo soy.

—¿Lo eres? —Abrí los ojos de par en par.

—Sí, va a ser que lo soy. —Ariel se sacó por el cuello de la camiseta un collar de tela con una placa de prensa del diario *Desinformación*.

—Eso te lo has impreso tú.

—Y tú eres una enfermera que no sabe cómo paliar las picaduras de medusa. —Me sonrió estúpidamente.

En esas, la pandi salió del local y me salvaron de seguir manteniendo conversación con el gafe.

—¡Ariel, tío, menos mal que has vuelto! —Jerson se acercó rápido a abrazarlo.

—¿Qué significa eso de «código púrpura», te están intentando cortar las pelotas? —le preguntó extrañado.

—Luego te lo digo. —Jerson miró de soslayo a Pablo y luego a Ariel, que seguía con su estúpido gesto divertido en la cara.

—Venga, dejaos de cháchara y levantemos a Patri o se mimetizará con su propio vómito antes de que amanezca —dijo Pablo, examinándola de cerca con una mueca de asco.

—¿Dónde la quiere, señora? —preguntó Raúl, meado de la risa, cogiéndola por las axilas mientras que Pablo se hacía cargo de los pies.

—Seguidme, vivo aquí al lado.

—He traído el coche —comentó Ariel, levantando las llaves, haciéndolas tintinear.

—¿Dónde has dejado la moto de chulito? —le pregunté con sorna, aquel tío me sacaba de mis casillas.

—Por la madrugada refresca y no me apetecía traer chaqueta.

—Qué delicadito os ha salido el corresponsal —les dije a los demás con inquina.

—Tú también vas muy borracha, deberías quedarte también en casa —añadió, agarrándome del brazo como si fuera mi hermano mayor.

—Pero ¡que me dejes ya, *pesao*, que eres un *pesao*, ¿quién te crees que eres, mi Kevin Costner y yo tu Whitney Houston?

—¡Espero que no! Vaya película más hortera.

—Pues a mí me encanta, y he oído que van a hacer un *remake*.

—Pues espero que sea mejor que el de *Dirty Dancing*.

—¿Y qué le pasa a *Dirty Dancing*? Me encanta *Dirty Dancing*.

—No esperaba menos.

—Pero ¿qué pasa contigo?

—Nada, solo que es otra horterada.

La vena del cuello se me hinchó como el día en que vi a mi amiga Sara enrollarse con mi novio de instituto en el gimnasio, tirados en las colchonetas como puercos salidos y él amasándole una teta como una bola antiestrés.

—Mira, cenizo- *man*, ¿ves esto? —Extendí los brazos todo lo que me daban de sí

—Dos manos.

—No, me refiero a la distancia entre ellas.

—Un metro, más o menos.

—Pues tú mantente a tres veces esa distancia de mí, no quiero que me contagies tus malas vibras. —Le azucé como un gato encrespado—. Oye, chicos, ¿en serio que este tío

se tiene que quedar con nosotros toda la noche? —pregunté a los demás.

—Candy, dale una oportunidad, Ariel es un buen tío —dijo Jerson en defensa de su amigo.

—Lo haré si hace algo por nosotros.

—¿Qué quieres que haga, que sea tu padrino en tu próximo acto formal con cerveza?

—No, que nos lleves a Cocoro Beach.

—¿Ahora?

—No, la semana que viene. Pues claro, llevas el coche y nos puedes llevar.

—Y quedarme.

—¿Con nosotros? —Entorné los ojos.

—Alguien ha de vigilarte.

—Si insistes...—No tenía ganas de seguir luchando dialécticamente con Ariel, si quería quedarse en Cocoro con nosotros que lo hiciera, podría ignorarlo sin problema.

—¿Y qué hacemos con esta? —preguntó Raúl que estaba sudando la gota gorda, arrastrando a Patricia por un flanco.

—Nos la llevamos, si se despierta y se entera de que he ido a Cocoro sin ella, me mata.

—Candy, tu amiga no está en condiciones... —Le tapé la boca a Ariel con mi dedo índice.

—Para ti, Candela, *sirenito*.

COCORO BEACH RECIBE A SU SIRENO

A duras penas, metimos a Patricia en el maletero después de colocar una especie de plástico gigante, que Ariel llevaba casualmente en el maletero, no quise preguntarle por qué, para no manchar la tapicería. Peleamos con Ariel un buen rato porque no le parecía

buena idea encerrarla en un espacio tan pequeño. Finalmente accedió porque Jerson le colocó una pajita empalmada con otras tantas en la boca a modo de respiradero, sacamos

el improvisado *snorkel* por la bandeja trasera del coche y listo.

—Si nos para la poli, nos vamos a meter en un buen lío —comentó el aguafiestas.

—No la hemos secuestrado, solo está durmiendo la mona.

—El maletero es un horno pirolítico, espero que aguante de aquí a San Juan —comentó cerrando el maletero.

—Lo hará, la he visto soportar altas temperaturas en la consulta, el regulador del termostato se estropea cada dos por tres y nos asamos como pollos.

—Aun así... —Volví a colocar el dedo en su boca para callarlo.

—Conduce y calla, no pasará nada.

—Si vuelves a ponerme el dedo en la boca de esa manera voy a tener que darte un bocado, y seguro que estás deliciosa.

—Y si osas hacer algo así, yo te arrancaré las orejas de un manotazo con mi mano libre.

—Muy tentador, Candy.

—Candela —gruñí.

—Cabrones, o entráis ya o me bajo —gritó Pablo visiblemente molesto.

Los tres pobres seres, que teníamos esperando en los asientos traseros del coche, estaban empezando a impacientarse. Estaban apretaditos como sardinas enlatadas, hacía

mucho calor, iban embriagados en cantidades industriales y las ansias de seguir golfeando les brotaba por las orejas.

—Sí, tío, arranca ya el buga y vayamos a ver *chatis* en bikini de ganchillo. —El ricitos de oro había mutado de ser humano a mascara de *Scream*, tanto cigarrito de la risa estaban haciendo mella en sus facciones.

—¿Quieres dejar de tapar el agujero de la pajita con tu dedazo? —le recriminó Jerson a

Raúl, que parecía divertirse dejando sin oxígeno a Patricia.

—¿Dónde me siento yo? —pregunté examinando el interior del coche. Estaba petado.

—Aquí. —Pablo levantó la mano.

—¿Encima de ti? —Le sonreí.

—¡Encima de él, no! —gritó Jerson—. Ponte delante, conmigo. Te hago sitio.

—Si casi no cabes tú —le bufó Pablo.

—Me tumbaré encima de los tres para que no se me vea.

—De eso nada. No podemos ir los seis en el coche —protestó Ariel—. Si nos paran, me quitan el carnet, fijo.

—Ya estamos, cenizo- *man* ha hablado. Haberlo pensado antes, corta-bolas —le increpé, abriendo la puerta de atrás sin hacer caso de sus ojos de fuego y sin saber muy bien que significaba aquello de corta-bolas.

Me tumbé sobre los regazos de los tres como *La maja vestida* de Goya y me dediqué a mirar el cielo durante todo el trayecto mientras ellos hablaban sobre *chatis* en bikini y un festival de *tuerquing* al que pensaban ir el fin de semana siguiente.

—Yo también quiero ir, ¿dónde es?

—En Jávea —respondió Pablo que me estaba regalando unas caricias deliciosas en los tobillos.

—Me apunto.

—Nadie te ha invitado —comentó Ariel de malas maneras.

— *Me da igual, me encanta, me da igual, me encanta* —le canté burlándome de él.

—Yo te invito —dijo Pablo.

—Y yo —añadió el ricitos de oro, que estaba liándose otro cigarrito de la risa.

—Gracias, chicos, vosotros sois legales, *el Sirenito* que se vaya a nadar un rato en alta mar y nos deje en paz. Es un aguafiestas.

Jerson explotó a reír.

—¿*Sirenito*? ¿Has oído Ariel cómo te ha llamado? Me parto contigo, Candy, eres la puta ama. —Me hizo una reverencia con la cabeza—. *Sirenito* —le tocó la oreja a Ariel, que le apartó la mano como si fuera una mosca cojonera—, ¿sabes hablar *balleno*?

—Para *balleno* ya estás tú —le respondió con mala baba.

—Uy, uy, uy, alguien se está mosqueando —me burlé entre risas.

—Eso ha dolido, tío —Jerson se llevó las manos al pecho como si un puñal se lo hubiera atravesado.

—Estáis a esto de que pare el coche y os baje a todos —gritó, crispado, *el Sirenito*.

—Yo no he dicho nada —comentó Pablo, cuyas manos seguían enroscadas en mis tobillos.

—Ni yo. —Ricitos de oro se encendió el cigarro y me lo pasó al punto.

—No debería —dije aceptandoselo.

—No, no deberías —intervino Ariel—. Joder, ¿qué cojones hacéis fumando en mi coche?

—Tranqui, tío —dijo el ricitos de oro, bajando la ventanilla y removiendo el humo

hacia el exterior.

Fue darle un par de caladas y sentir que todo me bajaba. Cerré los ojos.

—Yo creo que está en coma. —Escuché una voz.

—O muerta. —Alguien me tomó el pulso poniendo su mano en mi carótida.

—Estoy bien, estoy bien, *pesaos* —dije, abriendo los ojos y apartándole la manaza a Raúl—. ¿Ya hemos llegado a Cocoro? —pregunté exaltadísima, incorporándome de pronto y comprobando que sí habíamos llegado, luego salté fuera del vehículo.

—¿Qué hacemos con Patri? —preguntó Ariel, abriendo el maletero y comprobando las constantes vitales de mi amiga en estado vegetativo.

—La dejamos tumbada en el asiento de atrás y que duerma —dijo Jerson.

—De eso nada, podrían violarla —me negué en rotundo—. Se viene con nosotros.

—Pero si no puede andar —objetó el ricitos de oro, levantándole el brazo por encima de la cara y luego soltándoselo para que se diera una hostia ella sola. Se echó a reír tontamente y volvió a hacerlo.

—Déjala, *ricitos*. —Le paré la mano cuando vi que iba a repetir el gesto.

—Me llamo Víctor —se puso farruco.

—Pues muy bien, Víctor, deja a mi amiga o te las verás conmigo.

—Vamos a sacarla y entre dos la llevamos —dijo Ariel.

—Pesa un muerto —comentó Pablo.

—Nos la llevamos —me puse firme.

—Nos la llevamos —afirmó él rápidamente no queriendo llevarme la contra. Aquí mandaba yo. Era la puta ama y ellos lo sabían.

Entre Ariel y Pablo lograron sacar a la pobre Patricia que seguía sin responder a ningún

tipo de estímulo. Incluso le dimos un par de tortas y nada, seguía durmiendo plácidamente e incluso nos dedicó una sonrisa en agradecimiento. Cuando se lo contase iba a flipar. Sujetándola por cada lado, acomodamos los brazos de Patricia por encima de sus hombros, como si fuera una colega perjudicada y yo, para que no se notara que iba grogui, le planté en la cabeza una gorra del diario *Desinformación*, que Ariel llevaba en el maletero, y mis gafas de sol como guinda final. Y así nos dirigimos a la entrada del garito, con los pies de la pobre Patricia arrastrándose por el suelo, dibujando un par de surcos continuos en la arena de la playa.

En cuanto salvamos a los gorilas de la puerta, que miraron de manera extraña a Patricia mientras los convencíamos de que estaba practicando relajación tántrica, buscamos un sitio donde acomodarla y seguir la fiesta.

—Vamos a dejarla en la zona *chill-out* —dijo Pablo, señalando las tumbonas balinesas junto a la piscina.

Tuvimos que chantajear a unas tías en bikini, para que nos dejaran un espacio de la tumbona que habían colonizado con sus culos perfectos de hacer *tuerquing*, con veinte euros, que Ariel sacó de mala gana de su carterita (tenía que pagar la culpa por ser tan cenizo y a mí no me quedaba *cash*) y la tumbamos boca abajo como si se hubiera caído de un avión, y nos fuimos directos a la barra más próxima.

—¿Ya has encontrado a tu *def*? —Ariel se recostó en la barra.

—Todavía no —me limité a responder, cogiendo el ron con cola que me había dejado delante un camarero bonito con un guiño de ojos muy prometedor—. ¡Yo invito a esta ronda, chicos! —dije, sacando la tarjeta del monedero, como un árbitro saca la roja, para llamar la atención del camarero bonito que me sonrió de oreja a oreja, y mis amigos me

corearon un «Candy, Candy, eras la puta ama» con los brazos en alto mientras desaparecían de allí con sus copas, seguros de que podrían ligarse a alguna pava. Pablo puso un poco de resistencia, pero Jerson lo empujó a encabezar el paseílo de estampida.

—¿Y cómo estás tan segura? —me preguntó Ariel, que se había quedado conmigo. A solas. ¿Por quéeee? ¿Luna, por quéeee?

—¿Que no entiendes tú, con lo listo que debes ser para haberte sacado una carrera de letras y todo, de tres-me-tros-de-dis-tan-cia?

—Precisamente porque soy una persona de letras no entiendo de números —se aproximó más desafiándome.

Me puse el dedito en la sien y lo acribillé con la mirada.

—Mira, *Sirenito* —le puse morritos—, no tengo nada en contra de ti, solo que eres un gafe y te quiero bien lejos, me vas a contagiar tu mal fario y me vas a joder el plan —le razoné con bastante mala leche.

—Pero si no tienes plan de nada —me replicó con una sonrisa burlona.

—Que te pires. —Le chasqueé los dedos a un palmo de la nariz—. Negó con la cabeza y se acercó más—. Pero ¿¡qué coño te pasa a ti!? —Me estaba hartando ya. Los había tenido pesados dándomela lata, pero lo de este tío era de conservera de Vigo.

Apoyó el codo en la barra y me sonrió.

—Que me gustas.

—¿¡Yo!? Pero ¿¡por qué!? —grité tan agudo que me salió un gallo—. ¿Eres el hermano secreto de Anastasia Steel? Estás condenado al fracaso conmigo, chaval.

—A lo mejor soy tu *def* y todavía no te has dado cuenta.

—¿Tú, mi *def*? —Me reí en toda su cara como una bruja—. Estás fatal, *Sirenito*.

—¿Cómo estás tan segura de que no lo soy? Apenas nos conocemos. —Ni falta que me hacía, podía oler sus malas vibras a un kilómetro de distancia—. ¿Por qué no

quedamos tú y yo el viernes que viene, solos los dos, a cenar, y nos conocemos en una noche menos loca?

—¿Cenar contigo? Sí, claro, y que me dé una gastroenteritis de campeonato y me vaya cagando como los caballos en las cabalgatas.

Rompió a reír y lo miré intrigada.

—¿Qué?

—Que aunque trates de no gustarme metiéndote conmigo, no lo consigues, me gustas.

Candy, eres muy graciosa.

—Candy soy para mis colegas, *Sirenito*. Además, soy una tía antipática de la hostia y no tengo ni puñetera gracia, me oyes. No sé contar chistes y me lío mucho siempre con las anécdotas.

Negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Que conste que lo he intentado, pero no me dejas. Por el contrario, como ves, yo sí dejo que me llames *Sirenito*, me hace pensar que te gusta mi cola.

—¿Qué no te dejo? —Lo de la cola lo había entendido perfectamente, pero no iba a darle el gusto.

—Ser tu colega.

—Nunca das tu brazo a torcer.

—Ni tú.

Me rasqué la nuca. Tenía la cabeza en modo centrifugación y tanta dialéctica me estaba aturullando. Tenía los calores de la muerte y estaba deseando bailar a mi aire sin que un capullo estuviera comiéndome la oreja todo el tiempo.

—Estoy cansada de hablar, me voy para allá. —Le señalé un punto en la distancia.

—Adiós, Candy, que te vaya bien.

—No lo dudes. —Retomé el paso toda digna tratando de mantener el equilibrio, pero todos los despilfarros acumulados me lo estaban poniendo difícil.

Di un traspiés y me enredé con mis propias piernas moviéndome como un tente-en-pie

en medio de la pista. Alguien me sujetó e impidió que yo y mi ron-cola aterrizásemos en

un suelo saturado de colillas y fluidos sospechosos.

—Gracias —dije, retomando el equilibrio.

—De nada, parece que tu suerte está cambiando. —Ahí estaba cenizo- *man*.

—¡Hombre, ya me extrañaba a mí, debías andar cerca! —Lo miré ceñuda.

Puso los ojos en blanco y se echó a reír como loco.

—¿Me estás culpando de ir tan ciega que no te tienes en pie?

—Pues claro. Es evidente que es culpa tuya.

—Dios mío de mi vida, estás fatal de la cabeza, Candy.

—¿Y por qué no me sueltas? —Moví los hombros incómoda y molesta.

—Si te soy sincero, me da miedo que te caigas, si lo hago.

—No voy a caerme, tengo la estabilidad de un flamenco, suéltame y lo verás.

Hizo ademán de soltarme y me fui de lado. Tuve que levantar una pierna para equilibrarme.

Negó con la cabeza y me sonrió.

—Mejor no te suelto.

—Mejor quédate donde estás —le di la razón, dando mi brazo a torcer, pero era eso o caer en redondo en la pista.

—Baila conmigo, morena.

—Dudo que pueda mover los pies.

—¿Quieres sentarte un rato?

—Vale.

QUERIDO DESTINO, NO SEAS CABRÓN

Ariel tuvo que sujetarme todo el camino hasta unas sillas que había libres junto a la barandilla con vistas a la playa. En cuanto trataba de zafarme de él me iba de lado; así que no tuve más remedio que dejarle llevarme por la cintura y sentarme en una de esas sillas mirando al mar. Todavía era de noche, pero ya se intuía un punto luminoso en la línea del horizonte que dibujaba el agua con el cielo nocturno. Pronto sería de día y nuestras caras demacradas nos avergonzarían y tendríamos que ocultarlas tras enormes gafas de sol. Fui a llevarme el vaso a la boca y Ariel me detuvo la mano.

—No bebas más.

—¿Y dejármelo entero? Tú te pinchas.

—Tú misma —accedió, soltándome la mano.

—Dime, *Sirenito*, ¿por qué llevas la credencial encima, es que estás de servicio esta noche?

—Sí, tengo que redactar antes de acostarme un artículo sobre la noche de San Juan para la edición de la tarde del periódico.

—¿Y qué haces que no lo estás escribiendo?

—Lo tengo a medias, solo me falta darle el punto final, y quería verte de nuevo.

—Ya —lo miré de reojo—, y ¿estás aquí en calidad de reportero dicharachero de barrio sésamo o solo como colega?

—Pero ¿cuántos años tienes?

—Veintiséis.

Abrió los ojos de par en par y los llevó al cielo, riéndose.

—¿Y con solo veintiséis años estás ya pensando en encontrar a tu *def*?

—Mi madre me dijo que lo conocería esta noche.

—Claro, tu madre es vidente —dijo con bastante guasa—. ¿Quién cojones es tu madre,

la Luceros de Elche? —Lo miré alucinada—. ¿Qué he dicho? —preguntó, viendo que me había quedado muda.

—¿Sabes quién es Susana Castaños? —le dije sin poder creérmelo apenas. A ver... mi madre era bastante famosa, pero no pensaba que su fama hubiera llegado a oídos de alguien como Ariel.

Me miró entonces él alucinado.

—¿Y tú sabes el nombre y apellido de *la Luceros*? No me lo puedo creer. —Soltó una risa y me miró fijamente mientras se rascaba el mentón sonriendo como si hubiera descifrado un enigma—. ¿No me digas que es tu madre?

—Pues sí te digo. ¿Algo que decir? —le increpé poniéndome a la defensiva.

—No, pero me parece flipante, escribí hace un mes un artículo sobre ella y fui a entrevistarla a su casa.

—¿Y te dejó entrar? —Lo miré asombrada pensando en su aura negra como el humo de una fogata de bolsas de plástico.

—Sí —se encogió de hombros—, ¿por qué no?

—Pues por tus malas vibras —puse los ojos en blanco—, es evidente que apestan a bacalao podrido.

—Pues que sepas que no me dijo nada de eso.

—¿Ah, no? ¿Y qué te dijo, entonces?

—Si te lo digo, no me creerás.

Bufé recelosa. Me la quería meter doblada. La bola, y la otra también. Le seguí el rollo para ver hasta dónde era capaz de llegar por echar un polvo conmigo.

—¿Yo? Te aseguro que soy una persona de lo más creyente, si me dijeras que has visto un elefante rosa volando, te creería sin dudarlo ni un poquito y... ¿qué te dijo?

—Me dijo que en San Juan iba a conocer a una chica muy especial...

—¿Y tú la creíste? Eso se lo dice a todos, incluso a mí —lo interrumpí riéndome de forma forzada.

—Pues, si te soy sincero, en ese momento no mucho. Yo no soy nada creyente, de hecho, soy bastante escéptico al respecto, y todas esas cosas me parecen chaladuras, pero cuando te he conocido antes en ese sitio de salsa y me has contado todo el rollo ese de las *mancias*, me ha venido a la cabeza lo que me dijo... tu madre. —Me miró fijamente.

Levanté una ceja.

—¿Y qué fue?

—Que debía hacer un ritual en la playa, con frutas, flores, olas... —soltó una risa—...

es de locos pero, cuando me lo has dicho, he flipado un montón... y ahora estoy flipando

más todavía.

—Y ¿por qué?

—Es que no te lo vas a creer. —Se le escapó una risa nerviosa.

—Tú ponme a prueba. —Me crucé de brazos recostándome en la silla.

—Tu madre tiene una foto tuya de pequeña en la consulta. —Asentí mosqueada, le había dicho un millón de veces que la quitase de la vista de cualquiera que fuera a hacerle

una consulta—. Cuando le pregunté si tenía familia me la enseñó y me dijo... es mi hija...

ahora es de tu edad... y no tiene novio... y me dio tu número de teléfono para que te llamara.

—No me lo puedo creer —dije de pronto enfadadísima. Iba a matar a mi madre, ¿a qué se dedicaba? ¿A venderme como ganado al mejor postor? El domingo le iba a cantar las

cuarenta antes de zamparme su fantástica paella.

—Es la verdad, mira. —Sacó el móvil y buscó mi contacto en su agenda. Me tenía agregada como *la Luceritos*. Hijo de *pupu*.

Sacudí la cabeza y lo miré indignada.

—No, digo que no me puedo creer que te dijera eso. Pero ¿de qué va? La mato, la mato, la mato.

—Tranquilízate, no es para tanto.

—¿Que tu madre te haga de casamentera, no es para tanto? —le increpé con los ojos fuera de las órbitas.

—Mi madre ha intentado emparejarme con varias vecinas e hijas de amigas, así que tampoco es algo que me sorprenda mucho.

—Pero tú eres un desconocido. Podrías ser un psicópata o peor, y encima te ha dado mi número para que me llames.

—Pero no lo soy, soy un buen tío. Además, ella debió verlo en su bola de cristal. Es una mujer encantadora y muy amable, no te pareces mucho a ella.

Seguía alucinando.

—¿Y por qué no me has llamado? —le pregunté haciendo caso omiso a su medio insulto.

—No me parecía adecuado, no sé, mira cómo te has puesto al saberlo, ¿qué iba a decirte, soy Ariel González Banga y tengo tu número porque me lo dio tu madre un día que fui a entrevistarla? Me hubieras colgado sin más, después de llamarme acosador.

—Me está dando un algo —dije, dándole un trago nervioso a mi copa, tras echar un vistazo a las tumbonas.

—Es muy fuerte, lo sé, y me alegra no haberlo hecho. Debo decir que confío mucho más en la casualidad de haberte conocido esta noche sin buscarlo. El destino, ya sabes

—
dijo, apartándome un mechón de pelo y acomodándomelo detrás de la oreja, cosa que captó de nuevo mi atención.

Respiré hondo y soplé fuerte, respiré hondo y soplé fuerte.

—¿Qué? Perdona, no te escuchaba... es que la maldita Patricia no está en las tumbonas.

En cuestión de segundos su sonrisa antes divertida había desaparecido y su mirada antes fija en la mía buscaba a Patricia por el garito playero.

—Tranquila, está allí. —Señaló un punto del local.

—¿Dónde? —No alcanzaba a localizar a mi amiga.

—Allí, apoyada en los baños.

Por fin pude verla, sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared y un rollo de papel higiénico en la cabeza.

—¿Quién narices la habrá puesto ahí con un rollo de papel higiénico como sombrero?

—Qué más da, está bien. Tú y yo estábamos teniendo una conversación interesante sobre el destino. —Agachó la cabeza como abatido por las circunstancias; pedazo de melodramático estaba hecho el *Sirenito*.

—No, espera, no —negué con la cabeza aguantando a duras penas una carcajada—,

¿no estarás insinuando que crees lo que te dijo mi madre?— Lo miré seria antes de encajarme otro trago y asintió—. ¿¡Noooo!?! —Me eché a reír a carcajadas—. ¿No hablarás en serio? —Lo señalé con el dedo no pudiendo creérmelo. Esto era de locos. Y

volvió a asentir el tío, con un par—. O sea que, no eres creyente, pero te lo has acabado creyendo de pe a pa. Piensas que yo soy esa chica especial de la que te habló y por eso estás así.

—¿Así, cómo?

—Encoñado, emperrado, obcecado conmigo, como quieras llamarlo. Por eso me persigues. Crees que nos ha unido el destino.

—Bueno, no te persigo y es... —titubeó, nervioso y acalorado—... por eso y... porque me gustas.

—¿Y por qué te gusto? Estás como una cabra. Llevo toda la noche metiéndome contigo.

—Eres graciosa, guapa... no sé... tienes tu punto —respondió.

—Pero si hasta te he dicho que tienes pelo de chumino —le repliqué, negándome a creer que tuviera tan buen concepto de mí después de lo antipática que me había mostrado con él.

—Eso no lo has dicho —me objetó.

—¿No? —Lo miré dudosa—. Juraría que sí.

—Pues no.

—Pues entonces lo habré pensado. —Me llevé las manos a la cabeza—. ¿Lo ves? Soy una persona horrible.

—No seas tan dura contigo.

—¿Ves? Si es que encima eres buena persona y todo.

—Todo el mundo dice chorradas cuando bebe.

—¿Insinúas que digo chorradas?

Levantó las manos en son de paz.

—Yo no he dicho tal cosa, solo digo que no le he dado importancia a nada que me hayas podido decir esta noche. Me caes bien, en serio.

—Mira que te odio, sobre todo porque vas de blanco impoluto, y mírame a mí, no

puedo llevar más mierda encima.

—Es lo que tiene el desfase.

—Mañana será otro día —dije, fijando la vista en el mar.

—Hoy será otro día, no queda nada para que amanezca. —Consultó su reloj.

—Es verdad, ya es sábado. —Me reí tontamente.

—El viernes es pasado ya, bienvenida al presente. Oye, Candy. —Lo miré—. ¿Por qué estás tan segura de que yo no soy tu *def*?

Sonreí y bebí de mi copa. A ver, siendo sincera, no es que creyera mucho en esas parruchadas de mi *def*, pero me había hecho ilusión creer que podría existir y estar cerca de hallarlo. Hasta ahora había tenido demasiada mala suerte con los chicos, no encontrando ninguno que me hiciera sentir todas esas sensaciones maravillosas que describían las novelas románticas. Para mí no había mariposas bajo la piel, ni corazones saltarines, ni arcoíris de purpurina brotando a borbotones de las miradas, y comenzaba a pensar que el problema estaba en mí, que no era carne de romanticismo y que nunca sentiría algo así de especial por ningún hombre, pero había albergado la esperanza de que esta noche mágica todo cambiara. A mejor. Quería encontrar a mi *def*, porque quería comenzar a sentir esas cosas fantásticas que me habían prometido desde niña. Supongo que me cambió la cara porque Ariel dejó de sonreír.

—No me lo digas si no quieres.

—No quiero. —Me reí nerviosa, dirigiendo la vista hacia los baños.

EL SIRENO CUANDO BESA

Busqué con la mirada de nuevo a Patricia para cerciorarme de que seguía en el mismo sitio, pero ya no estaba allí y la angustia de que estuviera siendo vejada me recorrió el cuerpo.

—Disculpa, Ariel, pero Patricia ya no está en la puerta de los baños.

—¿Cómo puede moverse tanto? Si la trajimos a rastras —dijo mirando en derredor para ver si la localizaba.

—No tengo ni idea, pero debemos encontrarla. ¿Y si la tiran al mar?

—No desvaríes, seguro que está con estos.

—Aquí hay mucha gente, agárrame la mano, vamos a buscarla —le pedí presa de la angustia.

De nuevo nuestras manos se encontraban entrelazadas y una descarga eléctrica recorrió mi brazo hasta darme un pinchazo en la sien, como si alguien te acariciara bajo la lluvia con un cable pelado. Pero aquella sensación no era desagradable, era una sensación masoquista que me había dado gustirrinín, encendiendo de nuevo todas mis *coñer*-alarmas.

—No me sueltes o será fácil perdernos entre la multitud.

—Tranquila, no pensaba soltarte, creo que no te soltaría jamás. —Aquel comentario posesivo en otro momento me hubiera repugnado, pero había entrado esta vez por mis oídos de forma melodiosa—. ¿Aquella de allí no es Patricia?

—¿Quién? —Ambos teníamos que gritar para poder escucharnos, la música

electrónica que estaban poniendo en aquel momento emulando los saraos ibicencos imposibilitaban hablar normal.

—Mírala, la que está sentada en un taburete en la barra con un cigarro en la boca.

—Ya la veo. —¿Qué hacía tan campante con la gorra y las gafas fumándose un cigui?

—Se la ve relajada, lo mejor será no molestarla.

Sentí un gran alivio al verla tan relajada, así que miré a Ariel y le dije:

—¿Vamos a una zona más tranquila?

—¿Que te apetecen unas sardinas?

—No, a una zona más tranquila

—No, no he probado nunca la anguila.

—¿Me estás vacilando, *Sirenito*? —Entorné los ojos en su dirección y él con una mirada socarrona, ladeando los labios, tiró de mi brazo y me apretujó contra él. Quedando mi boca a escasos centímetros de su cuello, Ariel no era especialmente alto pero yo sí era especialmente bajita a su lado.

—Hueles bien —le dije.

—Vaya, un cumplido por fin, veo que te estás ablandando.

—No me busques, que tengo tu yugular muy cerca.

—Me gustan las vampiras.

—Pues vaya pareja más extraña seríamos tú y yo, una vampira y un *sireno*. Da para saga.

—Pues podemos comprobar que pasa si nos unimos, igual brillamos como los de *Crepúsculo*.

—Igual —me dejé tentar.

Giró la cabeza y alzó con su mano mi barbilla, obligándome a mirarlo.

—Oye, por qué no dejas de pensar tanto y que pase lo que tenga que pasar, la noche aún no ha tocado a su fin y promete seguir siendo mágica.

—¿Crees que lo está siendo? —me permití seguir siendo punzante un poco más con él,

y sus ojos mostraron una chispa de diversión; aquel juego que nos llevábamos entre manos de tira y afloja empezaba a calentarnos los instintos.

—Para mí sí. —Me sonrió—. ¿Qué dices? ¿Te dejas llevar por la magia?

—Me dejo llevar, *Sirenito* —acepté, sonriéndole—. ¿Qué piensas hacer?

—Besarte, lo estoy deseando.

—De acuerdo, pero solo tienes una oportunidad.

—Eres muy amable, Candy. Cuando quieres.

Ariel se inclinó y rozó suavemente mis labios con los suyos. Una de sus manos me sujetó la nuca firmemente mientras sus labios cubrían los míos con suavidad sin apenas entreabrirse. Por lo visto, iba a ser un beso sin lengua esta vez, pero no me supo a poco, todo lo contrario, tenía ese toque de los besos clásicos en los que fluyen las respiraciones entre las bocas alimentando la necesidad y la excitación de llegar más lejos y que termina por erizarte hasta el último pelo de la cabeza. Un beso de película en blanco y negro. Con silencio absoluto. La cámara girando a nuestro alrededor. Mi cabeza echada hacia atrás apoyada en su mano. Duró más de un minuto y me supo a fresas con nata, chocolate, tiramisú... a todas esas cosas que me hacían la boca agua. El mejor beso de mi vida.

¿Quién sabe? A lo mejor sí, después de todo, Ariel sí que era mi *def*. Me estaba gustando demasiado ese beso y estaba deseando que él fuera un poco más allá.

—¿Sabes, *Sirenito*?

—¿Qué? —ronroneó un poquito apenas a un centímetro de mi boca.

—Que no he sentido nada cuando has hecho eso —mentí pérfidamente, quería seguir poniéndoselo difícil y ver si, aun así, estaba dispuesto a seguir intentándolo.

Se separó y me miró con los ojos muy abiertos, desconcertado.

—¿No?

—Pues no, lo siento. —Me encogí de hombros.

—Vaya. ¿Tan mal lo hago? —preguntó.

—Te lo dije, no eres mi *def*. Mi *def* me haría volar por los aires con solo rozarme —le dije y él rompió a reír—. ¿Qué pasa? ¿No me crees?

—Pues no, no me creo nada. A lo mejor, no te he besado en el lugar adecuado. —De nuevo me guiñó un ojo y sonreí burlona.

—Creo que te voy a dar otra oportunidad.

Entornó los ojos y me miró fijamente, borrando la sonrisa.

—¿Ah, sí? ¿Otra? —Miró al cielo y vocalizó un «gracias» silencioso. Rompí a reír—.

¿Y si no quiero yo ahora?

Me encogí de hombros y suspiré hondo teatralmente.

—Pues...

No pude ni terminar de decir lo que iba a decirle, cosa que, además, se me olvidó de repente. Sus labios se apretaron contra los míos y Ariel me succionó la boca, primero pasando su lengua por todo el contorno de mis labios, luego saqueándomela con ella, provocándome un ansia viva de restregarme contra él y saborearle hasta las muelas del juicio. Juicio que yo estaba perdiendo por momentos a cada roce que me profería con esa

boca que tenía.

—¿Mejor? —me preguntó, separándose unos centímetros para mirarme.

Tenía las piernas temblonas y el corazón a más de mil.

—No estoy segura aún. Probemos otra vez —dije, pegando mis labios a los suyos, buscando más sabores exquisitos en su boca. Pero esta vez encontré mucho más, entre la

saliva estaba el sabor de sus ganas y las mías. Nos teníamos ganas, de verdad. Tantas que nuestros cuerpos por instinto ya andaban buscándose. Frotándose el uno contra el otro aliviándonos la necesidad de entrar en un contacto más íntimo. Su verga se estaba endureciendo, podía sentirla entre los dos marcándome la cadera pidiéndome permiso para

entrar en mi carne y partirme en dos, y aquello lejos de calmarme, incrementaba mis deseos de llegar más lejos. Las caricias que nos dedicábamos nos sabían a poco, y nada podía hacer por retener los gemidos que invadían su boca mientras seguíamos besándonos

sin darnos respiro—. Tengo ganas de ti —le dije sin oxígeno.

—¿Aunque no sea tu *def*? —dijo para picarme. Osó y fue listo, porque aquello aún me puso más caliente.

—Que no seas mi *def*, no nos impide disfrutar del momento. Dejémonos llevar ahora.

Vamos a la playa.

—Es casi de día —me recordó.

—Pues a tu coche. No puedo esperar más. —De pronto me habían entrado unas prisas tremendas; estaba más caliente que una plancha de inducción.

—En el coche no, podrían vernos.

—Joder, Ariel, ¿tú quieres o no?

—Claro que quiero, pero no de cualquier forma.

—Vamos a los baños.

Hizo una mueca de asco.

—¿Estás segura?

—¿Por qué has empezado una cosa que no estabas dispuesto a terminar? —le dije, molesta.

—No pensaba que de pronto te iban a entrar las prisas de la muerte. —Se echó a reír.

—Yo no me río.

—Vamos a tu casa.

—¿Y tus amigos y Patricia?

—Que cojan un taxi.

—No puedo dejarme a Patricia aquí, no, en ese estado. —La busqué con los ojos en la barra y de nuevo había desaparecido. No estaba sentada en el taburete fumándose un cigarrillo. Maldita patricia. ¿Dónde estaba? —Joder, no está en la barra.

—¿Quién? —preguntó sin comprender.

—Pues Patricia. —Le señalé el lugar. Ariel miró hacia la barra y luego paseó la vista por todo el local, que a esas horas más que una discoteca, parecía una escena de *Walking Dead*. Los primeros rayos de sol comenzaban a flotar sigilosos entre los seres que danzaban en la pista, con ojeras profundas, rostros demacrados y pupilas dilatadas —. ¿La ves?

Negó con la cabeza sin dejar de buscar a Patricia con la mirada.

—Vamos a buscarla a los baños, puede que esté allí —dijo.

—¿Tú crees?

—Es posible. Dado su estado, hay bastantes posibilidades.

—¡Dios! Espero que esté bien. —Me llevé las manos a la cabeza, angustiada, una idea espantosa me había cruzado fugazmente las escasas neuronas que me quedaban en pie, ¿y

si se había ahogado con su propio vómito mientras yo me estaba besando con Ariel?

—Tranquila, estará bien —Me cogió la mano y de nuevo sentí un estallido en mi estómago que me dejó parada durante unos segundos—. ¿Qué? —preguntó, tirando de mí

para hacerme avanzar.

—Nada, vamos a buscarla.

Me dio un beso en la mejilla y me sonrió.

—Patricia —la llamé desde la zona de los lavabos.

Extrañamente, estaban desiertos, salvo una pobre chica que estaba vomitando hasta la última papilla amorrada a un váter en muy dudoso estado de higiene. Afortunadamente, no

era Patricia.

Asomé la cabeza y le indiqué a Ariel que Patricia no estaba allí y que ya que estábamos aprovechaba para hacer agüitas menores, pero más bien fueron mayores, parecía que llevaba un camión cisterna integrado en la vejiga.

15

PUTRICIA, LA REINA DE LOS MUERTOS

VIVIENTES

El extraño caso de Patricia me martilleaba la cabeza, no podía pensar en otra cosa más que en ella y su seguridad. Las copas consumidas durante toda la noche y parte de la madrugada también hacían lo suyo en aquel reguetón que me vapuleaba desde las entrañas. La habíamos dejado en estado de hibernación y ahora estaba deambulando como

el bigotes de *Este muerto está muy vivo* por todo Cocoro. En todos mis años de aprendizaje de *mancias* y otras ciencias ocultas por cortesía de mi madre, nunca había visto semejante cosa, estaba claro que era un caso para el gran Iker Jiménez y esposa. Vale que hacía un momento estuviera dispuesta a abandonarla a su merced para calzarme al guapo de Ariel, pero la poca lucidez que aún me quedaba se instauró en primer plano en

mi hipotálamo y mi escala de prioridades había cambiado.

—¿Esa de las pantallas no es Patricia? —Ariel me agarró la cara y me la dirigió hacia el escenario.

—¿Qué narices hace ahí con un fondo de rombos de colores a todo gas?

—Sé que no alcanzas a ver lo que está pasando sobre el escenario —soltó una carcajada—, pero Patricia parece ser la reina de la fiesta en estos momentos.

—¿Qué está pasando?

—Te subiré a hombros. —Ariel se agachó y torpemente me subí como los niños para ver un desfile a hombros de sus padres.

—¡La leche cana! ¿Qué hace montada en un *seeway*? Parece Stephen Hawkins.

—Lo que no sé es cómo puede manejarlo —comentó Ariel bastante divertido con la escena.

—¡Hay un tío dirigiéndola con un mando y le han agarrado las manos al manillar con cinta de carrocero! —Estaba indignada, ¿cómo podían hacerle tal cosa a una persona

que

claramente se encontraba en estado de inconsciencia? —¡Eeeeh, hijos de puta, dejad a mi

amiga! —grité con todas mis fuerzas.

—Me temo que no te oyen, lo mejor será ir a por ella. — Mi *sireno* flexionó las rodillas y me dejó de nuevo en el suelo.

—Me van a oír, eso no se hace, es un atropello.

—¡Y que lo digas!

—¿De qué me hablas?

Esta vez me cogió por la cintura y me levantó como a un palo *selfie* de cincuenta y cuatro kilos. El tío que dirigía el *segway* se había llevado por delante a una de las *gogós* que le hacían las coreografías a Patricia y se había montado un revuelo importante en el escenario. El tío del mando soltó el control remoto y fue a socorrer a la bailarina herida y Patricia daba vueltas como una peonza sin control, mientras la gente aplaudía y aullaba pensando que voltear a un ser humano inconsciente y con la cabeza tronchada era de lo más *cool*.

—¿Dónde estarán los demás? Hay que sacarla del escenario, se va a desnucar. —El corazón me iba a mil por hora, si Patricia salía despedida del *segway* como la mujer bala no me lo perdonaría en la vida.

—Va a ser difícil llegar rápido con tanta gente cortando el paso, lo mejor será que vayas por el aire.

—¿Por el aire, acaso me has visto pinta de Super Woman? —Abrí muchos los ojos intentando entender a qué narices se refería con ir por el aire.

—¿Nunca has estado en un concierto?

—En muchos —mentí, solo había ido a dos y los organizaba el Ayuntamiento de Alicante.

—Te subiré y la gente te irá pasando de mano en mano hasta llegar al escenario. Antes lo han hecho con otra chica.

Asentí, no me quedaba otra, la gorra de Patri ya había salido despedida y su pelo giraba tan deprisa que no podrías adivinar de qué color era.

Ariel me impulsó hacia arriba y la gente respondió tal y, como él había vaticinado, me fueron pasando de brazo en brazo como si fuera una barra de pan ligera. Aquello podría haber resultado divertido si el objetivo no fuera rescatar a mi amiga de una muerte segura.

Cuando estaba a punto de llegar al escenario unas manos aventureras me desviaron del rumbo y retrocedí. El plan se iba a tomar por culo literalmente, pues mis posaderas estaban más sobadas que la masa de rollo de vino.

Casi estaba llegando de nuevo a mi posición inicial cuando la música dejó de sonar en seco. Giré el cuello como la niña de *El exorcista* hacia el escenario y se me encogió el estómago. Tenía que llegar allí cuanto antes y rescatar a Patricia de convertirse en puré humano, y convertirse en la verdadera y genuina Putricia. El escenario estaba ya despejado de *gogós* y solo quedaba ella, girando a más de tres mil revoluciones por segundo. Con un par de gritos histéricos conseguí que me dejaran en el suelo y cuando volví a dirigir la mirada al escenario pude ver a Patricia salir despedida como un cohete con los brazos muertos hacia el espacio exterior. Mis gafas de sol salieron volando justo en el momento en el que la perdí de vista entre la multitud. El miedo se apoderó de mí.

—¿Te parecerá bonito? —Pablo se encontraba frente a mí con las cejas en modo enfado y los brazos cruzados, por un momento me recordó a mi madre.

—Ahora no tengo tiempo de hablar. —Comencé a andar abriéndome paso entre la gente. Pablo vino detrás y aproveché para regañarlo—. ¿¡Y a vosotros!? ¡Habéis dejado sola a Patricia y ahora mismo podría estar estampada en la muralla de Tabarca! Una gran

exclusiva para tu amigo el periodista.

—¿*Mi amigo*?, dirás el tuyo, y a mí no me echas nada en cara, que Patricia es tu amiga y tú deberías cuidarla, pero claro preferías in-ti-mi-dad.

—¿Intimidación? Durante toda la noche no he hecho otra cosa que vigilar a Patricia. ¿Qué

te crees que estaba haciendo?

—Tranquila, Patricia estará bien. —Me tomó la mano, se puso delante y tiró de mí mientras con su cuerpazo abría la marea de *walking deads* que bloqueaba el paso pidiendo otro bis al *disc-jockey*.

—Eso espero, pobrecilla.

—Mira —me dijo, señalándome las pantallas, que se acababan de encender otra vez, ofreciendo un primer plano del rescate de mi amiga.

El corazón me brincó de alegría al ver que un tiarrón del norte vestido de segurata sacaba en brazos una Patricia chorreante de la piscina y la dejaba en el suelo y, tras practicarle un boca a boca, que provocó los aplausos de la muchedumbre, ella abría los ojos como si hubiera vuelto de entre los muertos. El rímel corrido y el pelo pegado a su frente y mejillas no le hacían justicia, pero estaba viva, y eso era lo importante. Me invadió una sensación de felicidad y alivio tales que solté un gran suspiro y abracé a Pablo saltando. De pronto detuve el ataque de la chica pegamento y lo miré, y él estaba tan guapo... y tan apetecible que, por un momento, sentí grandes deseos de besarlo. Le sonreí

y soporté su mirada mientras seguíamos abrazados en silencio. El corazón empezó a latirme deprisa. Por fin habló.

—¿Por qué has estado mandándome señales toda la noche y luego te vas con Ariel?

—¿Qué señales? Yo no te he mandado señales de ningún tipo —dije indignada,

notando que me ruborizada, y él asintió dándome a entender que sí lo había hecho.

—Vaaaaleee, puede que alguna que otra, cuando voy como una cuba suelo ser muy cariñosa —respondí pensando que no sabía bien a cuento de qué venía este

comportamiento de novio celoso ahora.

—Déjalo, Candy, vayámonos de aquí, es probable que tu amiga necesite un collarín.

—No, no —me negué rotunda, separándome de él, preguntándome qué mosquito le

habría picado para hablarme así—. Aclaremos esto de una vez. Jerson ha estado muy raro

esta noche y, desde que ha aparecido Ariel, tu actitud conmigo ha cambiado radicalmente.

¿Qué he hecho yo para que estés así conmigo?

—Pensaba que eras un poco más lista, Candela.

—¿Vuelvo a ser Candela?

—Sí, me gustaría conocerte como tal, que Candy está de puta madre, no me

malinterpretes, pero creo que Candela podría ser una chica con la que tener una cita tranquila, hablar de cosas interesantes y de la que podría incluso enamorarme con el tiempo.

—¿Te gusto? —Aquella conversación me estaba descolocando... y gustando, tenía que reconocer que Pablo tenía unos ojitos que me hacían chiribitas los glóbulos oculares y una voz grave que resonaba muy follable en mis oídos.

—Solo he dicho que me gustaría que Candela le diera una oportunidad a Pablo un día cualquiera sin llevar una destilería corriendo por las venas.

—Podría estar bien —dije.

—¿Entonces tenemos trato?

—Tenemos trato. —Extendí la mano para sellar aquel extraño acuerdo, sin pensar en que su amigo también me había estado cortejando minutos antes y lo que aquello podría implicar en su relación. Pero me apetecía mucho tener una cita en un ambiente más normal con él, quizá Pablo podría ser mi *def*. Nunca se deben tomar decisiones sin el pleno uso de tus facultades y la idea me tentaba.

—¿La mano? —dijo, mirándomela con desdén.

—Así se sellan los tratos, ¿no?

—No en este caso. —Pablo agarró mi mano y me acercó a él bruscamente y sus labios

se apoderaron de los míos como una ventosa de los chinos, metiéndome la lengua habilidosamente y despertando mis instintos primarios. Creo que hasta los ojos se me pusieron en blanco y de nuevo el cable pelado que me había acompañado en las últimas

horas me dio una descarga por las piernas—. ¿Qué? —Me sonrió.

—Uauuuuh. —La cabeza no me daba para más.

—Vamos con Patricia.

—¿Patricia? ¿Qué Patricia?

Pablo rompió a reír y tomándome la mano me arrastró hasta la piscina, donde mi amiga y el resto de la panda estaban reunidos. Patricia estaba sentada en el borde de la piscina con pinta de náufraga y Jerson la abanicaba con la costura baja de su camisa, enseñando la manta polar que calzaba por barriga, mientras que Ariel hablaba con ella mientras trataba de arreglarle el pelo, que con tanta vuelta parecía un nido de pájaros.

Corrí a su lado y la abracé.

—Qué susto me has dado.

—Estoy bien, estoy bien —respondió con voz serena—. Pero luego vas a tener que explicarme qué narices hacía yo encima de ese escenario subida en un cacharro de esos.

Me encogí de hombros.

EL ENTIERRO DE EL BALLENO

La pobre Patricia bastante recuperada de su *show* de mujer bala, andaba con los zapatos en la mano. Miré al cielo, ya era casi de día, pero el sol todavía no había hecho acto de presencia, unos nubarrones gigantescos cubrían nuestras cabezas, luego miré a mis amigos y pensé en el extraño grupo que hacíamos. Ariel iba a mi lado y Pablo en el otro, ambos serios, parecían mis escoltas. La que había liado. Ahora tenía dos posibles *def* por el precio de uno y tenía que tomar una decisión al respecto. El hecho de que ellos fueran amigos no daba pie para seguir tonteando con los dos. Eso no estaba bien.

—Parece que va a llover —comentó Patricia alzando levemente la cabeza al cielo con un gesto contrariado.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó Jerson, agarrándola del brazo para evitar que se escoñase.

—Me duele el cuello. Eso es síntoma inequívoco de que va a llover —respondió y todos reímos. Si ella supiera que había girado a mil por hora como una peonza fliparía.

—No sé qué os hace tanta gracia, os digo que va a llover. Soy como una estación meteorológica, nunca fallo.

Y estaba en lo cierto, no falló. A los dos minutos exactos tras un trueno y un relámpago que encendió todo el castillo de Santa Bárbara empezó a llover. Las gotas eran enormes y te calaban entero.

—Qué fastidio, me apetecía mucho que fuésemos todos juntos a desayunar churros con chocolate en el puesto de ahí al lado —bufé, agarrándome del brazo de mis dos machos.

—Pues me parece que eso no será posible, el churrero está recogiendo la terraza y la gente está escamando a refugiarse.

—Es verano, qué más da mojarse con el calor que hace. Además, Patricia ya va como una sopa.

—Creo que lo mejor será que nos vayamos a casa.

—¿Eres acaso un abuelo atrapado en un cuerpo joven? —Y qué cuerpo, pensé, Ariel estaba muy requetebién.

—No, pero...

—Tranquilidad, esta lluvia la paro yo como que soy la hija de *la Luceros*.

—¿Quién es *la Luceros*? —preguntó Víctor con los ojos estilo oso panda.

—Mi madre, la mujer que me concedió poderes ancestrales para parar o provocar lluvias.

—Esta tía está muy loca, colega. —Víctor le dio un codazo a Pablo, que sacudió la cabeza al ver el estado fumeta grado mil en el que se encontraba su amigo.

—Hay que hacer una ofrenda a San Isidro. —Yo seguía con toda mi perorata sin hacer caso a las caras de estupefacción de mis colegas de farra.

—Sí, claro, ¿vas a sacrificar a uno de nosotros o qué? —dijo Jerson, cubriéndose sin éxito con un cartón que estaba más mojado que las bragas de una actriz porno.

—Pues te ha tocado, por hablar. —Lo señalé.

—¿A mí? Ni de coña, Candy. Ve a clavarle el puñal a otro.

—¿Qué puñal ni qué puñal? Tú harás de San Isidro.

—Candela, creo que el alcohol ha hecho mella en tus capacidades de raciocinio —me dijo Pablo, que ahora parecía *el Sireno* y sus moralismos. Con la melopea que llevaba casi no podía distinguir las facciones de la cara de cada uno.

—¿Tú también, Pablo? Vaya par de aburridos. —Agité las manos, mostrándoles mi decepción—. Seguro que Víctor me apoya y Patri también.

Ambos asintieron, claramente motivados por las ganas de jarana, Patri había perdido parte de la noche por culpa del su coma inducido, o eso creía ella.

—Coged aquella silla playera, o mejor la tumbona, nos será más fácil cargarla. —

Jerson fue el único que respondió a mis órdenes, estaba claro que le gustaba Patricia y quería que lo viera bien entregado a la causa—. Ahora, súbete encima.

—¿Yo, en serio? No soy ningún peso pluma, no podréis conmigo.

—¡Que te subas, hombre, ya!

—Ok, tranquila, ya me subo —dijo, tumbándose con rapidez.

—Ahora, Víctor, Pablo, Raúl y Ariel, levantadlo en peso, como si fuera un trono de Semana Santa.

Los cuatro se miraron extrañados y dudando de si hacerlo, pero finalmente cada uno se posicionó en una esquina de la tumbona y, tras un par de intentos frustrados, consiguieron levantar a Jerson que se tambaleó peligrosamente en lo alto.

—Patricia, ve delante de la comitiva bailando la danza del vientre —le ordené para darle un papel importante en aquel desfile *mix* a lo *Misión Imposible*.

—¿Y tú? ¿Qué coño vas a hacer tú? —Raúl tardó poco en recriminarme que no estuviera sosteniendo aquel peso muerto. A las claras, estaba en desventaja pues era el más canijo de los amigos.

—Yo soy *la Luceritos*, yo empezaré el rezo mientras vosotros bailáis al santo.

—Candy, eso es peligroso —objetó Ariel.

—Cállate, *Sireno*, todo sea por esas *porras*. —Lo miré sensualmente haciendo hincapié en la palabra «porra»—. ¡Al cielo con él! —grité poseída por las *mancias* de mi madre y la Semana Santa sevillana, para eso iba con el *look* costalero de mi querido Amancio Ortega.

— *San Isidro Labrador quita el agua y pon el sol, te lo pido por favor. Quiero porras y amor, San Isidro labrador, Jerson es noble de corazón, por eso te lo entrego en puesto del sol...*

—Pero ¿qué leches estás rezando? Eso te lo estás inventando.

—No blasfemes, Jerson, y entrégate a San Isidro —dije con los ojos cerrados y los brazos extendidos al cielo, me había metido en el papel totalmente.

—¿Para qué? ¿Para que me viole? ¡Bajadme de aquí, tenéis menos estabilidad que...!

Ni qué decir tiene que el plan salió espantosamente mal, tras esas últimas palabras de Jerson se oyó un «aaaaaaay» desgarrador y perdimos a Jerson, pero no para siempre. Al

caer de la tumbona rodó como una croqueta por un pequeño acantilado. Todos me miraron

acusatoriamente y después corrieron en su búsqueda. Pablo se quedó conmigo.

—¿No me digas que has ingeniado todo este plan chapucero para quedarte a solas conmigo?

—No, ha sido cosa del destino. —Le sonreí misteriosamente.

—Pues espero que el destino quiera que termine en tu casa.

—¿En mi casa? —repetí, recordando que no hacía mucho le había propuesto a Ariel ir allí mismo a terminar algo que teníamos pendiente—. No sé, el destino decidirá lo que tenga que suceder. Él es poderoso. Él decide por nosotros, somos meros jugue...

—No —me cogió del brazo deteniendo mi alegato metafísico—, somos nosotros quien tomamos las decisiones que atañen a nuestro futuro. Tú eres quien decide, Candela —añadió con su voz grave que se te metía en el esternón y te hacía desear que todo él se te metiera dentro de golpe.

Ladeé la cabeza, pensando en lo mucho que me gustaría besar de nuevo sus labios y sentirme rodeada por sus brazos y sus piernas mientras entraba entero en mí.

HORA DE DESTINOS

Afortunadamente, San Isidro y el destino, quisieron que el cuerpo acolchado de Jerson le salvara de sufrir un accidente grave. Apareció como un espectro atravesando la cortina de lluvia, cojeando un poco y quejándose de la espalda, mientras dos de sus dos amigos lo custodiaban sujetándolo por las axilas.

—Casi me matas para nada. —Me dirigió una mirada homicida, que yo ignoré.

—No seas exagerado, has caído en blando. Vamos a mi casa —propuse alegremente para cambiar de tema, y Pablo me dirigió una mirada cargada de intenciones. Luego miré

a Ariel, que me sonrió.

Ay, Dios mío, ¿qué narices estaba haciendo yo? ¿Los iba a meter a los dos en mi cama? Ya me gustaría. Si el destino me deparaba algo así, no sería yo quien se negara a

hacer un sándwich con tales pibones.

Junto al coche tuvimos una pequeña discusión. Seguíamos siendo siete y Patricia ahora se encontraba en plenas facultades y, obviamente, se negó en rotundo a ir en el maletero de nuevo.

—¿En serio? No me puedo creer que me hayáis encerrado ahí. Podría haber muerto asfixiada —nos abroncó a todos.

—Pero no ha sido el caso. Estás perfecta, amiga. Bueno... —fui zanjando el debate—

¿quién se ofrece a ir en el maletero esta vez?

—Yo no, estoy fatal de la espalda —farfulló Jerson, tocándose significativamente la zona lumbar para hacerme sentir culpable. Lo consiguió.

—Yo ya he ido antes —se negó Patricia, cruzándose de brazos.

Ariel agitó las llaves del coche en el aire y dijo:

—Yo conduzco.

—Está bien, solo quedamos nosotros cuatro. —Miré a Pablo, Raúl y Víctor con cara de circunstancias—. Lo echaremos a suertes, pues. Que el destino decida.

—Nada de eso —objetó Pablo—. Tú no entras en el sorteo. Uno de los tres —miró a Víctor, que no dijo nada, pues estaba absorto en el amanecer, y a Raúl, que asintió siendo todo un caballero— irá en el maletero. Eh, colega, ¿cara o cruz? —le preguntó a este sacando una moneda del bolsillo.

—Mientras os la jugáis, voy a ir sacando los plásticos para cubrir los asientos. Me los vais a empapar y luego queda mucho olor a humedad —comentó Ariel, abriendo el maletero, luego me pasó un plástico gigantesco y lleno de polvo, que miré con una mueca

de asco.

—¿Por qué llevas plásticos en el coche? ¿Estás pensando en matar a alguien y tirarlo al mar? —Esta vez sí quise saber el porqué de aquel monstruoso trozo de PVC.

—No digas chorradas, mis padres están haciendo obra.

—¿En serio que tenemos que ir sentados sobre esto?

—¿Tú decides?

—¿Qué decido? —Por su tono ahora agriado, intuía que ya no estábamos hablando de plásticos.

—Es mi coche. O vas sobre el plástico o vas a pie, y no creo que te apetezca mucho el paseo con la que está cayendo.

—Está bien, está bien —refunfuñé, arrebatándole el plástico de la mano de mala gana.

La suerte, queremos pensar, decidió que fuera Víctor quien ocupara el puesto de honor en el maletero. Apenas se quejó, iba tan colocado que le hubiera dado igual eso que ir en la baca del coche surfeando la lluvia. Lo acomodamos y le dimos el *snorkel* casero antes de cerrar el portón trasero. De nuevo, Jerson, dados su corpulencia y dolor de

espalda, se sentó en el puesto del copiloto, y el resto ocupamos el asiento de atrás. Esta vez fue Patricia la que se tumbó sobre las piernas de los demás. Ariel puso música y yo le indiqué la dirección de mi casa.

Una media hora después estábamos frente a mi fachada.

—Da una vuelta a la manzana, siempre hay sitio —le indiqué en cuanto detuvo el coche.

—No voy aparcar, tengo que irme —dijo.

—¿No te quedas? —Me salió del alma.

Volvió el rostro hacia mí y me sonrió.

—Tengo trabajo que hacer, terminar el artículo y enviarlo antes de las nueve para la edición digital de la tarde —respondió.

—Bueno, pues si queréis lo dejamos estar para otro día —dije un poco decepcionada porque él se fuera.

—De eso nada —se negó Jerson, abriendo la puerta y bajándose del coche—. Nos has prometido fiesta y tienes que cumplir tu palabra.

Me encogí de hombros y sonreí a Ariel, que me dedicó un guiño de ojos. En cuanto nos quedamos solos, me acerqué a él y le puse la mano en el hombro.

—Lo he pasado muy bien esta noche contigo, *Sireno*.

—Y yo, ha sido divertido conocerte por casualidad, *Luceritos*. —Se echó a reír y le di un manotazo en señal de protesta.

—No te pases, *Sirenito*, estás metiéndote con fuerzas mayores y podrían volverse en tu contra.

—Seguro que sí.

—Bueno, me voy, la fiesta interminable me espera. —Puse los ojos en blanco en un intento por mostrarle mi desagrado sobre aquella idea, aunque había sido mía, y yo era una mujer de palabra.

—Venga, los tienes impacientes.

—Hasta la vista, *Sirenito*.

—Oye, Candela —me llamó en el último momento. Metí la cabeza en el vehículo para escuchar lo que quería decirme—. Sigue en pie lo que te dije antes, me gustaría volver a verte —se rascó la nuca— si tú quieres. Ya sabes, forzar el destino esta vez para encontrarnos.

Asentí con una sonrisa.

—Estaría bien. Creo que puedo darte una oportunidad—. Cerré la puerta y Ariel se marchó de allí dejándome al cargo de cinco seres recién salidos de una ciénaga.

—Venga, subamos a mi casa, pero... —Alcé el dedo para anunciar algo importante—.

¡Quitaos la ropa!

REGRESO AL FUTURO

Mi cabeza intentaba procesar toda la información recibida durante esas cuatro o cinco horas en las que esa panda de desconocidos, aunque a estas alturas ya no tanto, me relataba la loca noche de San Juan.

—Disculpadme un momento, necesito ir al baño para procesar todo esto. —Me levanté del sofá y salté por encima de las cajas de pizza vacías, mi casa era un auténtico vertedero.

—Venga, Candy, tampoco es para ponerse así, tampoco eras la más ida esa noche, Patri y Víctor desfasaron mucho más —comentó Raúl riéndose. Aquello me hizo parar en seco

y girarme de nuevo hacia el salón.

—¿Víctor? No es el tío que habéis dicho que metimos en el maletero —pregunté, echándome las manos en la cabeza, ¿dónde estaba ese chico ahora?

—¡La leche! No lo sacamos de allí, hay que llamar a Ariel y preguntarle si se acordó del fumeta. —Jerson corrió a por su móvil y tropezó cayendo todo lo grande que era en el suelo.

—Esta vez no he sido yo —dije, con los brazos cruzados, visiblemente divertida.

—Tranquilos, Ariel dejó a Víctor en su casa antes de ir a la redacción del periódico, está bien —comentó Pablo como si nada.

—¿Y cómo sabes tú eso? —preguntó Raúl, ayudando a incorporarse a Jerson.

—He hablado hace un rato con él para darle las gracias y eso.

—Aaaaaah —respondió Raúl.

Jerson empezó a quejarse de que le dolía la espalda y todos fueron a inspeccionar que no se hubiera agravado el golpetazo de su lomo. Patricia encabezó una clase magistral

de anatomía forense y palpó las carnes de Jerson para cerciorarse de que solo era una contusión y no algo más grave, mientras los demás la observaban atentos. Yo aproveché

para ir al baño, mi vejiga y las ganas de mirarme en el espejo y reconocirme como un ser humano normal era vital en ese momento. Pero alguien me frenó en el pasillo antes de que pudiera entrar.

—Candela, ¿podemos hablar?

—Ya lo estás haciendo, Pablo.

—Me refiero a solas, hay algunas cosas que no te han contado sobre nosotros porque básicamente no estuvieron presentes. Me gustaría poder recordártelas a mí. —Me angustió, la verdad, ¿acaso podría haber desfasado más?

—La idea de conocer más detalles sobre mí y mi relación con el alcohol y las drogas blandas me asusta, pero supongo que es mejor que me lo cuentes hoy para pasar todo el trauma de golpe. Tengo que ir al aseo con urgencia, pero espérame en la habitación del fondo.

Entré desesperada por postrarme en la taza y soltar toda mi agüita amarilla, y una especie de hormigueo abdominal, que en otro momento bien podría referirse a una infección de orina, se asentó de manera intermitente. ¿Qué tendría que contarme Pablo?

Lo cierto era que el chico no estaba nada mal y que, durante las horas que habían estado relatándome la crónica nocturna, habíamos intercambiado miradas furtivas. Patricia había soltado alguna que otra risita al respecto. Si no fuera porque estábamos en Alicante, me esperaría hasta una boda a lo Vegas vestida de Carmen de Mairena. ¿No se podía hacer eso en Alicante, verdad?

—Ya estoy disponible para escuchar to... —Pablo estaba en mi cama, desnudo a lo Jerson, pero de bastante mejor ver—. ¿Se puede saber qué narices haces?

—Pensaba que sería una buena idea refrescarte la memoria repitiendo lo que hicimos anoche tú y yo.

—Te refieres a... —Hice el típico gesto de esquiador para referirme al asunto.

—A eso mismo me refiero, Candy, sé que no recuerdas nada, pero yo me acuerdo

perfectamente, y por eso también puedo afirmar que yo soy tu *def*.

—¿Mi qué?

—Tu amor definitivo, el que andabas buscando ayer y que por fin encontraste. Puede que anoche desfasaras un poco, pero lo que hubo entre nosotros fue real, saltaron chispas, Candelita, y me dijiste que yo era tu *def*. El resto ya lo puedes imaginar.

—Entonces ¿qué hacía Jerson en mi cama en vez de ti?

—No podía dejarlo dormir en el suelo o en el sofá, no después de caer por un acantilado. —Aquello tenía sentido.

—Vale, vale, déjame que me siente un momento. —Me senté en el borde de la cama y me agarré la nuca para poder pensar con claridad e intentar recordar algo de ese idilio mágico con Pablo—. Es muy probable que te dijera todas esas cosas y que incluso me acostara contigo y fuera maravilloso, pero lo siento mucho, no logro recordarlo.

—Tranquila, para eso estoy yo aquí, cariño. —Se acercó por detrás y me besó dulcemente el cuello, y pese a que aquello era muy placentero, lo cierto era que para mí Pablo solo era alguien que acababa de conocer en paños menores esta mañana.

—Lo siento, creo que no es el momento. —Me aparté de él bruscamente—. No me malinterpretes, me pareces un tío guapo, y seguro que la química entre nosotros ayer fue genial, pero necesito tiempo.

—Todo el que quieras, perdóname tú a mí, he sido un tonto. Creía que si uníamos nuestros cuerpos te haría recordar lo que vivimos anoche tú y yo. —Se cubrió con la sábana y se acercó a mí—. Empecemos de cero, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asentí un tanto confusa, pero si ayer el destino me había puesto este tío delante, que, por cierto, estaba requetebién, y yo le había dicho que era mi *def*, tal vez era verdad. ¿Acaso no existe el dicho de que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad?

—¿Puedo darte un beso? —me preguntó con unos ojitos chisposos que te encogían el corazón y me hubieran puesto el toto loco en otro momento.

—Vale, pero solo uno.

Aaaaay, alma de cántaro, «solo uno», le dije. Uno solo bastó para desatar toda mi furia, una fuerte descarga recorrió todo mi cuerpo, sentí la llamada de las *mancias* y unas imágenes turbias de Pablo y yo besándonos rodeados de gente sudorosa vinieron a mi mente. Era cierto lo que decía, era cierto lo que me dijo mi madre de que en la noche de San Juan encontraría a un chico especial. Pablo era mi *def*, San Juan lo había puesto en mi camino y el ritual había funcionado. Aunque no recordara haberlo hecho, Patricia me había dicho que sí fui a la playa con un tal Ariel, el mismo que se marchó a casa con Víctor en el maletero. Pronto les pondría cara, puesto que eran amigos de Pablo, y podrían relatarme su parte de la noche y ayudarme a superar esa incómoda e inoportuna amnesia.

Mira que encontrar precisamente a mi *def* y luego olvidarlo todo. Para matarme. Pero afortunadamente lo tenía aquí y a mi lado, con su mano en mi entrepierna, dispuesto a un segundo asalto. Gracias San Juan. Bendito destino.

—Espera, debemos hacer las cosas bien a partir de ahora. —Me retiré un momento de su boca.

—Como usted desee, me encantas, Candela, ya te lo dije anoche, quiero conocerte y aprender a amarte como te mereces. — *¡Touch Down!* y voces angelicales resonando por mi cabeza.

—Pues quedemos esta noche.

—Esta noche es la *Cremà*, supongo que saldremos todos juntos de nuevo, así quedamos ayer, bueno... esta mañana mientras apurábamos todo el alcohol que tenías en casa, ¿no lo recuerdas?

—Me tomas el pelo. —Lo miré con los ojos entornados y la boca abierta.

—¿Qué te parece una cena solos tú y yo el próximo viernes? —me propuso.

—Me parece bien, y lo de esta noche también. Prometo no beber más de tres cervezas.

—Levanté mi mano derecha.

—Tranquila, esta vez estaré vigilándote.

Y de nuevo nos fundimos en un beso, rodeados de un aura celestial, imperceptible para Pablo pero no para la hija de *la Luceros*. Esta vez mi loco desfase me había salido bien, pero recordad mujeres del mundo, beber demasiado te hacer ver las cosas de lado.

19

EL DESTINO, ESE GRAN ELEMENTO

Era viernes, hacía casi dos meses desde la noche de San Juan y estaba en la Snaf buscando un libro. Tenía un Dinkle, pero cuando iba a la playa prefería un ejemplar en papel para manosearlo gustosamente y doblar las esquinas de las páginas en las partes que más me gustaban para luego releerlas. Me habían hablado muy bien de una novela *chick-lit* y estaba buscándola en el estand de romántica. Mejor reír que no llorar y vista mi suerte con el sexo masculino, era mejor no tentar demasiado al destino por el momento.

Siguiendo el orden alfabético de autores di con él, era el último ejemplar y fui a cogerlo, pero una mano se me adelantó y nuestros dedos se tocaron, saltando una chispa.

Enseguida retiré la mano, aparté la vista del libro y dirigí la mirada al propietario de la mano eléctrica. Era un chico, de mi edad más o menos, pelo rizado y rubio, ojos claros tras unas gafas de montura metálica y unos labios carnositos muy apetecibles. No era muy alto, pero aun así me sacaba más de diez centímetros. Y... me sonaba vagamente, aunque

no sabía de qué.

—Cógelo tú, solo iba a leer la sinopsis —me dijo.

—Gracias, yo sí lo quería comprar —respondí, adelantando la mano con la intención de cogerlo.

Pero él estiró la suya y nuestros dedos volvieron a tocarse, esta vez sin chispa. Aparté la mano y entonces él lo sacó por mí, luego me lo entregó con una sonrisa.

—Un título interesante. A lo mejor es premonitorio.

Vaya, ¿estaba tratando de entrarme?

—Dice que es de *casi amor* —le repuse, señalándole con el dedo el subtítulo.

—Una pena.

—Bueno, dicen que te ríes mucho con él. —Levanté el libro entre los dos en señal de despedida—. Adiós y gracias.

—De nada. —Me sonrió y se quedó mirándome con la sonrisa todavía adornando su atractivo rostro. Juraría que lo conocía pero no lograba ubicarlo.

—Oye —me llamó en cuanto le di la espalda.

—Dime. —Volví la cabeza.

—Que tengas un buen día.

Levanté el mentón y me mordí el labio.

—Gracias. Y tú.

—Perdona, espero que no pienses que soy un acosador.

—No lo hago —dije de pronto extrañada.

—Ya... es que no sé. Sabes... —Parecía nervioso, e intrigada, fruncí el ceño y esperé a que continuara, pero él sacudió la cabeza y dijo—: Nada, adiós, y perdona, otra vez. No

quería molestarte.

Me encogí de hombros.

—Nada, hombre, tranquilo. —Me di la vuelta y eché a andar, pensando en lo raro que era aquel chico.

—Oye.

Me reí antes de volverme.

—Dime —dije con impaciencia—. Ahora sí estoy empezando a pensar que eres un acosador.

Se echó a reír y se masajeó la nuca.

—Sé que parezco un completo psicópata. —Asentí y él miró a su alrededor nervioso—. Y más cuando te diga que este encuentro no ha sido casual, sino causal.

—Perdona, pero no te pillo nada —dije cada vez más extrañada por su extraña actitud.

—Lo sé y te entiendo. No ha sido cosa del destino que tú y yo fuéramos a coger ese libro. —Lo señaló con el mentón—. La verdad es que te he visto entrar y te he seguido hasta aquí y luego he estado observándote, decidiendo la manera de entrarte y... —se rio

entredientes—... me ha salido este fiasco. —Asentí cada vez más interesada por saber hasta dónde iba llevarme—. Quería probar el efecto.

—¿El efecto? —Alcé una ceja—. ¿El efecto de qué?

—De mí en ti.

—Vaya, pues debo decir que me has impresionado, y aunque la primera impresión ha sido muy buena, luego la has ido jorobando cada vez más conforme abrías la boca diciendo cosas raras... aunque me halaga mucho que me hayas seguido... a la vez que me

da un poco de *yuyu*. La verdad es que has conseguido acojonarme un poco —le respondí, y él rompió a reír.

—Perdona si te he acojonado.

—Tranquilo, creo que podré superarlo con una buena terapia.

—Pásame la factura si eso.

—Lo haría si tuviera tu número, pero estoy tratando de decidir si quiero tener esa

información sobre ti.

Ladeó la cabeza y me sonrió, luego dijo algo que aún consiguió desconcertarme más:

—Sobria todavía me gustas más.

—¿Qué? No entiendo. —Noté que me ruborizada y decidí indagar un poco—.

Perdona, ¿te conozco? El caso es que me suena tu cara pero no sé de qué.

—Eso era precisamente lo que quería comprobar cuando te he asaltado —dijo, desconcertándose.

—¿El qué? —Me reí tontamente, pensando que la táctica de hacerse el loco le estaba funcionando bastante bien conmigo.

—Que no recuerdas nada de esa noche.

—Sigo sin entender nada.

—San Juan, la medusa, Cocoro... —dijo sonriendo.

Lo miré fijamente, tratando de hacer memoria una vez más y por enésima, pero sabía

que de nada me iba a servir, la noche de San Juan había sido borrada de mi cabeza y solo conocía los detalles que entre todos me habían contado *a posteriori*. No obstante, había ciertas cosas que desconocía, pues ni siquiera Patricia, que me había relatado con pelos y señales lo que yo misma le había contado a mitad de la noche, lo sabía todo de aquellas

horas de desfase. Había un vacío que solo una persona podía desvelarme, porque solo ella estaba presente, y tal vez... tal vez este chico raro, misterioso y atractivo que tenía delante era esa persona.

—¿No me digas que eres Ariel? —me aventuré, abriendo los ojos de pronto asombrada por mi capacidad de deducción.

—Vaya —se rio— entonces algo sabes.

—Poco, la verdad. Solo algunas cosas que me han ido contando, pero tengo entendido que fue una noche memorable.

—¿Lo fue, aunque no encontrases a tu *def*? —me preguntó con un guiño de ojos.

—¿Mi *def*? —dije, sorprendida y aliviada, de que no fuera un loco, notando que me sonrojaba de nuevo—. ¿Cómo sabes tú eso?

—Bueno, hablamos bastante esa noche, me contaste lo de tu *def* y algunas cosas más.

—¿Cómo qué?

—Tonterías, en realidad, pero lo pasamos bien tú y yo esa noche.

Su forma de decir «lo pasamos bien» me escamó un poco, ¿qué estaba tratando de decirme en realidad? Sabía que habíamos ido juntos a la playa para hacer el ritual, que habíamos bailado un par de veces, y que incluso había llegado a darme un pico, pero debía haber algo más.

—Es raro que tú y yo no hayamos vuelto a coincidir —dije, pensando en las veces que habíamos quedado Patricia y yo para tomar algo con sus amigos y que él nunca había aparecido. Siendo la única persona a la que seguía sin poner cara de aquella noche de amnesia total.

Me miró por unos instantes y luego sacudió la cabeza y dijo:

—No tanto, en realidad.

—¿Por qué?

—He tratado de evitarte desde entonces.

De nuevo estaba haciendo eso y lo estaba consiguiendo. Me sentía muy atraída por Ariel, como si su persona estuviera imantada y yo fuera un metal que irremediabilmente acabaría aplastado contra él.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Estaba cabreado.

—¿Conmigo? —Estaba perpleja. Podía ser muy borde cuando iba pedo, pero ¿tanto?

—No —respondió.

—¿Con Pablo?

Negó con la cabeza y suspiró.

—Voy a serte sincero, Candela, estaba cabreado con el destino.

—¿Con el destino? —Se me escapó una carcajada. Pero qué raro era y, al mismo tiempo, qué atractivo me parecía—. ¿Y por qué?

—Porque es un cabrón.

—¿Cómo dices? —Parpadeé sorprendida.

—Lo que oyes, un completo cabrón. ¿Por qué si no iba a ponerte en mi vida esa noche,

si no estábamos predestinados? El puto destino quiso borrarle la memoria y que me borrases a mí de tu vida, e hizo que quedases con mi amigo Pablo y que luego lo dejarais tras un par de citas, mientras yo pensaba en lo injusto que era todo, y me comían los celos, porque era conmigo con quien tenías que haber quedado porque yo jamás te habría puesto

los cuernos con otra tía.

Lo miré alucinada, por eso que había dicho de los cuernos, cosa de la que no tenía ni la menor idea, la ruptura con Pablo había sido de común acuerdo por incompatibilidad de caracteres y, sobre todo, porque se me estaba declarando de forma bastante obvia. Joder, se me estaba declarando. Y entonces, de repente y sin añadir nada más, me envolvió las

mejillas con las manos y me besó una vez, luego otra y otra, mientras yo trataba de entender qué estaba pasando y de decidir si quería que me besara de aquel modo tan perfecto, emparejando sus labios con los míos como si fueran dos piezas de puzle. Mi mano escaló por su torso, palpando por encima la dureza de sus pectorales y se acomodó

en su hombro, mientras la otra dejaba caer el libro al suelo para terminar en su cadera, aceptando por todas ese beso como si lo hubiera estado esperando toda mi vida. Y de pronto, solo estábamos él y yo, la luz de la tienda se hizo tenue, el sonido de

conversaciones fue absorbido por nuestras respiraciones, sentía cosquillitas en la nuca y burbujitas en la barriga y, al fin...recordé algo. No era la primera vez que alguien me besaba así. Fue *casi* mágico.

Cuando ya le estaba cogiendo el gustillo a la cosa, él paró en seco, me soltó las mejillas y se separó, luego echó a andar. Tras tres pasos, se detuvo, se volvió y me sonrió.

—¿Viernes o te vas, Candela?

—¿Tú qué crees, *Sirenito*?

¿Y qué iba a hacer? Obviamente me fui con él.

OTROS TÍTULOS DE NINA

SIN ALAS-ChickBook

(Andi Cor)

WRAP IT-ChickBook

(Abril Ethen)

NI CONMIGO NI SIN MÍ-ChickBook

(Nina Minina)

UNA SALCHICHA MUY VIVA-ChickBook

(Nina Minina)

EMPARÉJAME-Ediciones B

(Nina Minina)

EMPARÉJAME

PRÓLOGO

Tener una *app* de contactos puede llegar a ser muy divertido. ¿A quién no le gusta de vez en cuando jugar a ser una celestina del siglo XXI? Es casi como ser Afrodita, pero

pasando de túnica ceñida y pelazo hasta la cintura, ni apariciones luminosas ni relámpagos partiendo el firmamento en dos. No, nada de esas cosas fantasiosas. En mi caso, bastaba

con solo un clic y los entresijos de la tecnología moderna hacía todo el trabajo sucio. El motor de búsqueda semántico te encontraba en un plis plas un single afin a tus preferencias y que encajase contigo como una pieza de puzle. Y ojito, no olvidemos que existen puzles de hasta treinta y tres mil seiscientas piezas, por no hablar de la cantidad de horas de reloj que cuesta hacer un maldito puzle de treinta y tres mil seiscientas piezas.

Sin embargo, tal era el nivel de acierto de mi «maquinita del amor», que EmparéjaME se

había convertido en poco más de cinco años en la aplicación para ligar preferida en el territorio nacional por decenas de miles de solteros desesperados. Ninguna otra plataforma ofrecía lo que la mía: por el módico precio de nueve con noventa y cinco, te presentaba

una docena de candidatos y, si en tres citas a ciegas no conseguía emparejarte, hasta te devolvía el dinero. Ya ves, una ganga. ¿Qué son nueve con noventa y cinco en comparación con hallar el amor de tu vida? Una miseria, ¿verdad?

Ah, por cierto, me llamo Mercedes Esteban, soy la fundadora de la aplicación de móvil

EmparéjaME y, por si te lo estabas preguntando: no, no tengo nada que ver con Belén Esteban, qué más quisiera ella.

1

—Merche, una tal Silvia quiere verte. —Bárbara irrumpió en mi despacho sin llamar a la puerta, ¿para qué?

—No tengo programada ninguna cita hoy. ¿Quién es? ¿Qué quiere? —pregunté escondiendo mi nuevo ovillo de hilo degradado en el cajón de mi escritorio.

—Ni idea, solo ha dicho que se llama Silvia y quería verte.

—¿Silvia? ¿Silvia, qué más? No recuerdo a ninguna Silvia. ¿De qué empresa viene?

—Merche, ya te he dicho que solo me ha dicho que se llama Silvia y que era urgente verte.

—Vale, bien, dile a Silvia que pase —bufé sin ganas de saber qué le perturbaba a aquella chica sin apellido ni empresa conocida.

Bárbara cerró la puerta y a los pocos segundos volvió a abrirla para anunciar la entrada de la tal Silvia.

—Adelante, Silvia. Siéntate. ¿Te apetece un café, un té...? —La chica se sentó tímidamente y declinó mi invitación con una negación de cabeza—. Cuéntame qué es eso

tan urgente que te trae aquí.

—Verá, señora Esteban, sé que esta es su empresa de informática y que mi visita está lejos del interés por cualquiera de sus servicios —dijo ojeando su alrededor con curiosidad.

—Pues tú dirás entonces. —Me acomodé en mi silla. —Tiene un despacho precioso, no parece una empresa de ordenadores.

—Porque no solo es eso y, además, me gusta estar rodeada de cosas bonitas. —Silvia estaba empezando a impacientarme con tanto misterio—. ¿Te importaría ir al grano? Estoy

muy ocupada.

—Estoy desesperada, en su *app* no existe ni un solo hombre al que le guste cocinar, planchar, ir de compras y que sea adicto a la limpieza de sanitarios.

Mis ojos se abrieron más de lo habitual ante aquella mujer de pelo encrespado y ropa de lolita, y que debía de tener más o menos mi edad, aunque la vida no la había tratado tan bien como a mí; más que patas de gallo, las suyas eran de avestruz.

—Silvia, querida, no suelo atender a clientes de la aplicación de contactos nunca, jamás. Con ese fin hay un cuestionario en la página al que atendemos desde el

departamento de servicio al cliente. No obstante, haré una excepción contigo, ya que has tenido el detalle de venir a verme —empecé con unas ganas tremendas de reírme en su cara—, y te diré algo para que lo grabes en tu mente los próximos cuarenta años: lo que

buscas, no existe. En toda la base de datos de Emparéjame, Paboo, Adoptauntrio o cualquier otra aplicación, web o sucedáneo, no encontrarás ningún hombre al que le guste cocinar, planchar, ir de compras y limpiar baños a fondo. Deberías ser más realista —le advertí a mi clienta, mientras hacía un esfuerzo titánico por no poner los ojos en blanco.

—Pero, señora Esteban, yo no quiero ser realista. Lo he sido tantas veces, que ahora soy exigente.

Mientras la escuchaba accedí a la base de datos de la aplicación e hice clic sobre el primer maromo que apareció, tras escribir el *hashtag* «cocinar», con una foto de perfil en la que debía de tener como mínimo seis años menos.

—¿Y qué te parece Adolfo? Le gusta cocinar, los gatos y el vino.

—Odio los gatos y el vino me da migraña.

—Pedro es muy guapo —le dije con coquetería dándole a la siguiente sugerencia—, y le gusta la ropa bien planchada, ¿eso te vale?

—Pero... ¿se la plancha él mismo? Yo odio planchar. —¿Por qué no se lo preguntas tú el viernes por la noche?

—Está bien, pero será mi tercera cita este mes y su *app* promete que si no encuentro el amor, me devolverían el dinero.

—¿Y no te parece que haber venido a conocerme en directo ya amortiza los diez euros que abonaste? —le pregunté con la dosis de paciencia suficiente para no parecer Cruella

de Vil.

—No —contestó con sumo descaro.

—Adiós, Silvia, encantada de conocerte —dije incorporándome de la silla con un gesto evidente de que la conversación había tocado su fin. —Pero señora Esteban...

—Buena suerte. —La acompañé a la puerta y se la cerré en las narices. Bien. Por fin podía empezar a tejer mi nuevo bolso de ganchillo.

Conforme tomé asiento abrí el cajón de mi maravilloso escritorio de color marfil y saqué una cajita de Mifalo, para darme un merecido subidón de endorfinas, el ovillo de hilo y el estuche artesanal de madreperla que atesoraba mi colección de ganchillos. Era un estuche divino, que había adquirido en Westing Home expresamente para guardar la colección que había ido adquiriendo en los últimos meses a través de webs de venta *online* y alguna tienda física especializada, a medida que mi interés por el ganchillo (hoy en día más conocido por *crochet*, para darle el toque de glamur que le falta a esa afición de abuela de toda la vida) iba *in crescendo*.

Cogí un ganchillo del 4 con mango esmaltado y comencé a montar los puntos como una autómatas, tenía tanta práctica ya que no me hacía falta ni pensar en ello, mientras repasaba mentalmente mi agenda diaria. Me sentía muy orgullosa de mi empresa, Pinkxel

Solutions, y no era para menos. Soy informática graduada de profesión y siendo este mundo de bits, *cookies*, DNSs y otras palabrejas técnicas, machista por naturaleza, invertí mis primeros ahorrillos de cajera en un Mercalonia en montar la primera empresa de soporte informático dirigida y manejada únicamente por mujeres. Nadie de mis círculos apostaba un euro por el cochambroso estudio diáfano que alquilé en la primera planta de

un edificio de la calle Maisonnave. Ni siquiera Julio, que por aquel entonces parecía venerar hasta el suelo que pisaban mis pies. Con escasos medios, lo convertí en una coqueta oficina, colgué en la única ventana a la calle un cartel escrito en una sábana a modo de pancarta y a los tres días de abrir, aún con el olor de la pintura apestando las paredes, ya tenía mis dos primeros clientes serios: un bufete de abogados del mismo edificio y una clínica dental de una conocida mía. Las siguientes semanas fueron lloviendo otros tantos clientes; estaba en la mejor zona de la ciudad, había muchos locales comerciales y empresas de servicios que requerían mis asistencias informáticas. Julio, finalmente, tuvo que reconocer que para la poca inversión que había hecho, la cosa era bastante rentable, y yo me sentía como en las nubes siendo la nueva Bill Gates de Alicante capital.

No fue hasta unos tres años más tarde, con una cartera bien surtida de clientes, cuando

se nos ocurrió crear la *app* de contactos. Fue algo dicho y hecho. Entre mi equipo y yo, diseñamos un motor de búsqueda semántico de emparejamiento de medias naranjas

complementarias para los clientes más exigentes, contraté a una lumbrera recién graduada para que lo programara y cuál fue nuestra sorpresa al ver que funcionaba de perlas. A las pocas horas de ponerla en marcha en Goble Play ya contaba con cuarenta solteros machos

inscritos en la base de datos y otras tantas féminas ansiosas de amor, que fueron creciendo exponencialmente durante las siguientes semanas en vista de los éxitos amorosos. No paraban de llegar comentarios de clientes satisfechos y el rumor corrió como la pólvora en las redes sociales. Mirábamos como locas las cifras en aumento y casi no podíamos creer

que funcionara tan bien, pero así fue. De hecho, aquel año me otorgaron el Galardón de

Oro a la empresa con mejor proyección en la provincia de Alicante. Desde entonces, muchas revistas de corte femenino me han dedicado unas páginas, convirtiéndome en una

heroína pública del feminismo y del éxito empresarial. De pronto, mi empresa y más en concreto mi «maquinita del amor», como a mí me gusta llamar a la aplicación, me habían

catapultado como «la reina de corazones de la ciudad» (ese fue uno de los titulares más sugerentes que me hicieron: gracias, *Bella Spagnole*). Increíble, ¿yo? ¿Precisamente, yo?

Aquello era demasiado. Demasiado bonito para que me estuviera ocurriendo a mí, que había empezado cambiando tóneres en un bufete de abogados e instalando un antivirus en

una clínica dental.

Tras ocho años en el mercado de las soluciones informáticas y tan solo cinco y pico en el mundo del flirteo cibernético, Pinkxel Solutions seguía ubicada en el mismo edificio, pero nos habíamos mudado a la tercera planta. Parte de los beneficios del primer año de

EmparéjaME fueron invertidos en comprar el ático diáfano de ciento treinta metros

cuadrados, que, además, contaba con el uso privativo de toda la terraza de la cuarta. Los muebles de Pikea fueron donados a la beneficencia y selectas y sofisticadas piezas de diseño llenaron la nueva oficina de glamur; la pintura del antiguo propietario fue enterrada bajo un maravilloso papel pintado, y la aplicación para ligar (barbilla alta y pecho fuera, y ahora sí podría pasar por Afrodita, pero la de *Mazinger Z*) había arrasado entre los solteros

españolitos, desbancando a otras aplicaciones de renombre. En un par de meses, la Asociación Española de Mujeres Empresarias de la Comunidad Valenciana me iba a entregar el premio a la Empresaria del Año y saldría de nuevo en prensa. ¿Qué más podía

pedir a la vida? Había triunfado en lo profesional. Mucho más de lo que nunca hubiera podido imaginar.

Muchas veces me pregunto por qué mi «maquinita del amor» funciona tan bien, y la

única explicación que encuentro es que la gente se niega a vivir sola; no sabe o, sencillamente, no quiere. Parece que la sociedad nos obliga a tener una pareja para no pertenecer a ese grupo de apestados llamados «solteros», aunque ahora, para ser más *cool* y restarle importancia al asunto, se usa más el término «*single*». Sin embargo, aquí donde me veis, reputada casamentera, estaba orgullosa de pertenecer a ese grupo de apestados, o digámoslo más *cool*, era una single redomada.

Orgullosa de sacarle la lengua a la sociedad, que es una máquina poniendo etiquetas gilipollas, yo prefería vivir sola, no compartir un lado de la cama y, por supuesto, ni uno solo de mis palitos de Mifalo. Esas galletas alargadas, recubiertas de chocolate, fueron todo mi sustento durante el duelo por Julio. ¡Valiente cabrón! De acuerdo, relax, que nadie se lleve las manos a la cabeza; Julio no está muerto en realidad, solo lo estaba en mi vida: era mi maldito ex.

Cuenta la leyenda que, una tarde de septiembre que bajé a por una almojábana a la cafetería de abajo, Julio entró en la base de datos de EmparéjaME y encontró una hembra

más afín a su persona. Mi propio invento me había jugado una mala pasada, mi propio imperio del amor me había arrebatado el mío. Después de haber aguantado durante cuatro

años sus ronquidos, su aerofagia, su mal humor y mal aliento mañanero, se largó con otra de la noche a la mañana. Dejó vacío su lado de la cama, su hueco del cepillo, sus

perchas del armario... pero se olvidó un par de zapatillas de estar por casa, oh, qué pena más grande. Dichas zapatillas fueron quemadas en un ritual, casi satánico, en el que juré que jamás volvería a compartir espacio con ningún hombre. El ritual fue llevado a cabo con una botella de cazalla y unas pinzas de barbacoa sobre un plato de Arcotal de los años ochenta, donde mi madre, ejerciendo como tal, había tenido el detalle de traerme unos filetes empanados. Paquita todavía no me ha perdonado que su preciado plato

explosionara en mil pedazos, pero lo que ella no sospechaba era que lo que estaba roto en mil pedazos era el corazoncito de su hija.

Tras cinco años de semicastidad y una, casi enfermiza, adicción a los palitos de chocolate y a las manualidades, tenía que admitir que me estaba cansando un poco de esa

situación, y también de hacer equilibrios sobre la báscula para autoengañarme sobre los estragos que todos esos Mifalo y actividades sin riesgo acumulados estaban provocando en mi cuerpo. Había llegado el momento de esconder la lengua y sacar pecho a la vida.

Bárbara, mi amiga del alma y la cara amable que te recibe nada más entrar en Pinkxel

Solutions, era la única que estaba al corriente. Tantas horas juntas daban mucho de sí.

Decía que ponía ojitos cada vez que veía una acaramelada parejita haciéndose arrumacos,

y que aunque yo me emperrara en decir que no, era que sí, que sí, que se me notaba, que

estaba necesitada de amor y esas cosas, ¿qué sé yo? Sería que el rito diabólico estaba perdiendo eficacia y, tal vez, me hubiera venido de perlas hacerme un recordatorio (como el de la vacuna del tétanos) y volver a infiltrarme en el organismo una buena dosis de

animadversión irascible contra el *Homo erectus*.

Mi querida y solidaria Bárbara, mi amiga incombustible desde que entré en aquella sala de cerámica para principiantes hacía ya cuatro años y nueve meses. Yo había ido para ocupar mi mente en otras cosas por prescripción médica, ella por una apuesta con su compañera de trabajo a que sí era capaz de esculpir un *David* de Miguel Ángel de arcilla.

Ni ella ni yo conseguimos alcanzar nuestras metas y cuando terminamos ese cursillo intensivo del ayuntamiento me regaló el brazo del supuesto *David* para que colgara mis collares de pasamanería, nueva afición adquirida por aquel entonces para lobotomizar un

poco más mi mente. Mantuvimos el contacto, generalmente por WhatsApp, hasta que un día me llamó desconsolada tras ser despedida por atizar con el pene de arcilla del *David* a una compañera de trabajo. No tuve más remedio que darle un hueco en mi empresa y a la

vez en mi corazón, pues su historia de cómo había golpeado con el miembro de barro a su

compañera en la nariz fue lo único que me había hecho reír a carcajadas tras mucho tiempo. Así fue como Bárbara pasó a ser mi irremplazable amiga del alma y también una

tortura perenne cada día.

No había mañana en la que no me insistiera para que metiera mis criterios de búsqueda en mi «maquinita del amor». Así es como ella encontró a su Héctor, entre un millón de solteros casposos, a los ocho meses de empezar a trabajar para mí. Estaba convencida de

que correría su misma suerte, y que pronto encontraría mi media naranja. Yo, por mi parte, era muy escéptica al respecto. Mi media naranja al parecer la debía de estar exprimiendo otra.

En esas, Bárbara entró en mi despacho con sus taconazos y su melena rubia al viento, y soltó unas cuantas carpetas sobre mi mesa, olvidando por completo lo ocurrido minutos antes con la tal Silvia.

—¿Ya estás otra vez con los malditos Mifalo?

—Me calman los nervios, son mi relajante natural —le respondí mordisqueando la punta bañada en chocolate negro.

—Eso ya tiene nombre y se llama «valeriana». —Se sentó en el borde de mi mesa y

me acomodó el flequillo detrás de la oreja—. ¿Va todo bien?

—Sí, pero que irrumpa una loca en tu empresa para buscarle pareja te deja el cuerpo como un escombros, el azúcar es fundamental para devolverte a la vida.

—O sea ¿que eso es lo que quería esa mujer? —Cruzó las piernas adoptando una pose interesante—. Puede parecerle de locos que haya osado presentarse aquí, pero vendes esperanza. ¡¿Qué digo?! Eres la máster del universo en cuestiones del amor... —
levantó el

dedo en el aire y se detuvo un instante para hacer una reflexión interior—... menos para ti misma.

—Ya sabes que juré no volver a compartir mi vida con ningún hombre, tú estabas en el ritual, tú encendiste sus zapatillas tras rociarlas con cazalla —dije metiéndome el palito en la boca.

—Pero de eso hace ya casi cinco años, ¡pasa página ya! —me increpó mientras intentaba birlarme un Mifalo del paquetito, a lo que me negué en rotundo asestándole un manotazo—. ¡Aaaay!, tranquila, pitbull.

—Si no me apoyas, no hay Mifalo —le advertí entornando los ojos.

Bárbara insistía mucho últimamente, incluso había osado en declarar mi vagina como territorio hostil. Me aseguraba que había leído algo al respecto. Por lo visto, las vaginas que pasaban mucho tiempo en barbecho generaban un tipo de baba asesina con tal de no

dejar entrar a nadie ahí. En realidad, ella no usó la palabra «vagina», pero intento suavizar su tono, mi amiga era mucho más bruta a la hora de expresar las cosas.

—Venga, Merche, no sigas en ese plan virginal, hay que darle vida al berberecho.

—Yo le doy vida, siempre que me apetece, aún no he generado esa baba que me contaste. Mis bragas no tienen ningún agujero provocado por ácido vaginal asesino.

—¿No? —Alzó las cejas en plan escéptico—. Creía que la semana pasada me habías

dicho que compraste ropa interior nueva.

—Sí, pero no por ese motivo —le repliqué con velocidad, levantándome de la mesa para encestar de lejos la caja vacía en una papelera.

Eso no era verdad. Mi berberecho de vez en cuando se daba un garbeo con *Manolo*, el sustituto perfecto de Julio, mi mejor amigo de juergas nocturnas, y, además, nunca protestaba por nada ni discutía conmigo. Lo cierto es que solo puedo decir maravillas de mi consolador rosa de ochenta euros, sumergible en agua y flexible como un pene de verdad, alta tecnología alemana. Sí, quizá... que solo le faltaba hablar para ser perfecto.

Aunque a decir verdad, ¿para qué querría yo que hablase? Eso ya lo hacía yo por los dos.

Así pues, digamos que era perfecto: nunca me fallaba, estaba disponible las veinticuatro horas del día y encima no se cansaba nunca (solo si se quedaba sin pilas, pero ya me ocupaba yo de tener el *stock* bien surtido), de hecho, lo tenía tan usado que incluso le había sacado punta. Además, había ido alternándolo con algún macho de carne y hueso...

De acuerdo, está bien... solo con uno... y hacía ya algún tiempo, pero la experiencia fue

tan patética que no había tenido ganas de repetir con ningún otro ser de carne y hueso.

Veamos... el macho en tela de juicio fue un pseudoconocido de mi madre: un primo de un

sobrino de un tío de su hermano, que era amigo de su vecino que tenía un compañero de trabajo muy guapo y, según mi progenitora, era un hombre de lo más ideal. Y lo fue. Lo

fue mientras estuvimos tomando unas copas, pero cuando nos pusimos al tema el muy desgraciado se corrió antes de empezar... ¡Joder! Fue meter la y: «Oh, oh, oh, Dios.» Y

encima me dijo: «Dame unos minutos, es la primera vez que me pasa.» Yo, tonta de mí,

me lo creí y quise darle la oportunidad al pobre chico, pero la segunda vez ocurrió exactamente lo mismo. Ya puedes imaginar mi cara, quería hacerme un haraquiri con el cambio de marchas. Total que me fui a casa más caliente que una mona y más frustrada

aún. Menos mal que en el cajón me esperaba mi *Manolo*. Y es que le debo la vida.

Las doce era nuestra hora del almuerzo. Siempre íbamos a la cafetería de la planta baja. No debería volver, puesto que bajar a por esa almojábana mojadita y jugosita provocó que a Julio se le pusieran los ojos del revés con aquella putona de tetas gordas, pero seguía yendo por amor a sus pasteles. No tener que preocuparme por el físico era una de las ventajas del juramento zapatillero.

—Haz el favor de no pedir almojábana, es bastante horterera que sigas pidiendo eso habiendo tarta Sacher o Selva negra, que son mucho más cosmopolitas —soltó Bárbara frente al mostrador de dulces.

—Yo pediré lo que me dé la gana, ¿qué tiene de malo una almojábana?

—Es como el helado de *mantecao*. ¿Qué tipo de demente pide eso habiendo de nueces de pecán?

—Pues un demente al que le gusta el *mantecao* —contesté, molesta por su actitud pretenciosa—. Por favor, ponme una almojábana, la que veas más gordita.

Bárbara era la típica petarda que cuestionaba todo, compraba miles de revistas para estar a la moda y cualquier cosa que dijera la página de tendencias de la *Choschopolitan* era sagrada. Yo era más de andar por casa, más tradicional y sosa. Según sus revistas, era una especie de monja actual, que pensaba que el color marrón era un fondo de armario ideal en cualquier época del año.

Tras hacer la comanda, nos sirvieron los cafés, y nosotras mismas los llevamos a nuestra mesa de siempre. El café quemaba más de lo normal y mientras caminaba con los

dedos sufriendo una combustión lenta y dolorosa, un camarero tropezó conmigo, provocando que el líquido abrasador se derramase sobre mi mano.

—Lo siento, ¿estás bien? —se disculpó, agarrándome fuerte del brazo.

—No, estoy quemándome la mano, ¿podrías soltarme para poder dejar la taza? —contesté fastidiada por el malestar.

—Perdona, ya te suelto.

—Pero mira por dónde vas. —Bárbara no era lo que se dice delicada. Luego se volvió hacia mí—. ¿Estás bien, Merche?

—Lo siento —dijo un poco apurado el camarero batiéndose en retirada.

—Me quema muchísimo.

Bárbara sacó una crema de Sheborra de su bolso, asegurando que tenía propiedades reparadoras milagrosas. Comenzó a aplicármela mientras canturreaba mantras en una especie de ritual curativo, y la ridícula escena no tardó en captar la atención de unos cuantos clientes, que observaban curiosos mientras comían cruasanes a dos carrillos. La gente es muy morbosa, ¿verdad? Yo no sabía dónde meter la cabeza mientras le suplicaba

que acabara rápido con todo aquel numerito que estaba montando, pero mi amiga (que es

muy petarda), viendo la expectación que había creado, se vino arriba con sus cánticos en sánscrito inventado, mientras mi mente urdía algunas formas sutiles de asesinarla: una caída accidental desde la ventana, un poco de matarratas en el café, un disparo a bocajarro... No eran muy originales, lo sé, pero dado mi cero potencial como homicida, no estaban nada mal.

El almuerzo terminó con miles de disculpas por parte del personal de la cafetería y con una tarjeta vip que nos proporcionaba un descuento vitalicio del veinte por ciento.

—Tu torpeza nos ha proporcionado un supermegadescuento en almojábanas, estarás contenta... —comentó Bárbara volteando los ojos cuando entrábamos en nuestra oficina.

—Sí, estoy contentísima de tener una bambolla gigante en la mano y de que ese pobre chico se haya llevado una bronca monumental por mi culpa —le repliqué, de nuevo, molesta con su actitud.

—No habrá sido para tanto, luego lo he visto sirviendo mesas como si nada.

—Podrías habérmelo dicho, me hubiera gustado pedirle disculpas.

—¡Bah!, qué más da. De verdad, Merche, deberías preocuparte por otras cosas más

importantes. —Bárbara señaló mis partes íntimas con la mirada.

—¿Otra vez? Eres incombustible.

—Como tu mano, mírala, sigue ahí —se mofó de mí, embadurnándose los labios con vaselina de coco.

Mi amiga se estaba poniendo tan pesada que ya me estaba planteando en serio lo de autoinscribirme en la aplicación. ¿Qué podía perder? ¿Casi cinco largos años haciendo honor a mi perseverancia? ¿Mil seiscientos ochenta y siete días siendo fiel al ritual de la zapatilla de estar por casa? Y, además, en todo ese tiempo, no me había sentido mejor, ni nadie me había puesto una medalla en el cuello. Me había autoconvencido de que era lo

inteligente, de que estaba haciendo lo correcto, que sin hombres no volvería a sufrir y, mientras, Julio vivía su vida junto a otra.

Posé los dedos sobre mi móvil, los quité, los puse, los quité... Me di un bofetón.

«Intenta calmarte», me dije. Era la primera vez en cincuenta y seis meses que me planteaba encontrar pareja de nuevo, y la idea me emocionaba y me desagradaba hasta el

punto de secarme la boca y provocarme palpitaciones.

Después de cinco minutos y tres largos tragos de agua, introduje mi nombre, edad, rasgos físicos, aficiones, preferencias y tendencia sexual. Debía adjuntar una foto, pero las únicas que tenía medio decentes eran las que me hicieron para una entrevista. Salía bastante bien, pero debía escoger una foto menos profesional, algo más natural y que a la vez protegiera mi anonimato; no deseaba que me reconocieran a simple vista por la calle y me gritaran: «¡¡Tú eres la desesperada esa que busca novio en internet!!» No, por favor.

Eso sería demasiado.

Tenía un palo *selfie* que me regaló Bárbara en Navidad, porque según ella era fundamental hoy en día tener uno para mantenerse actualizado en las redes sociales. Pero yo me negaba en rotundo a ir por la calle con el palo a modo de bastón por muchas fundas de Love Mosquito que vendieran para hacerlo más in. Lo saqué del armario e inserté mi móvil en el artificio de la punta, y, sentándome como pude en el marco de la

ventana, apunté hacia mi cara. Vaya, descubrí entonces lo útil que resultaba para hacer muecas y comprobar si llevaba las cejas despeinadas en caso de no tener un espejo a mano.

Me hice unas veinte fotos, a cada cual peor; ninguna me convencía. En todas me veía un gesto forzado, como si tuviera algún tipo de problema social o estuviera contándole a un periodista en una entrevista cómo superé mis adicciones. Tenía ya el brazo tembloroso de sujetar el dichoso palo, así que finalmente opté por una pasable de entre las veinte instantáneas.

El perfil estaba completo. Solo tenía que hacer clic sobre el icono de «activar» y estaría de nuevo en el mercado. Un pequeño paso para mi dedo, un importante paso para mi persona, dadas las circunstancias. Tras pensarlo un momento, decidí formalizarlo con

otro ritual, soy carne de magia negra y hechizos de chamanes, lo reconozco.

Me enderecé en la silla, respiré hondo y, homenajeando a mi heroína, Escarlata O'Hara, me dispuse a pronunciar unas palabras solemnes, con el índice apuntando al icono con forma de corazón que me proporcionaría maravillosas citas.

—A Dios pongo por testigo que, al que se me ponga por delante... me lo ligo.

2

Salí de mi despacho con la cara roja como un tomate, y Bárbara tardó poco en darse cuenta de que algo me pasaba.

—¿Qué te pasa? ¿Has vuelto a buscar información sobre berberechos dormidos en internet? —comentó volviendo a sus tareas, tras saludar con el mentón a una programadora que salía de su zulo.

—Te recuerdo que esa faceta te pertenece. En realidad, venía a contarte algo.

—¡Pues desembucha! —Esta vez dejó de teclear y abrió el cajón sacando una bolsa de patatas fritas—. ¿Carbohidratos? —Me ofreció.

—No, gracias. —El crujir de la primera patata en su boca me irritó—. ¿Podrías dejar de hacer eso? Lo que tengo que decirte es importante.

—Vale, tranquila... cuéntame, Barbi te escucha. —Acabo de decir adiós al pacto de la zapatilla de estar por casa y he decidido inscribirme en Emparéjame —dije a toda velocidad; las palabras salieron disparadas de mi boca hacia ella.

Bárbara se levantó de la silla como si el asiento la quemara y empezó a bailar como una egipcia a la voz de «bien, bien, bien».

—¡Deja de hacer eso! —La situación era ridícula y me hacía sentir idiota—. Tengo que pedirte que me ayudes a seleccionar los mejores candidatos. Estoy muy desentrenada.

—Por supuesto que lo haré, ¿crees que me perdería formar parte de esto? Estoy muy orgullosa de ti y, además, creo que deberías tener tu primera cita hoy mismo —comentó Bárbara entusiasmada, volviendo a su asiento.

—¿Hoy? —dije asustada, reculando hacia la puerta—. Ni de coña, Bárbara, todavía no estoy preparada.

—¿Por qué no? Es viernes y has tenido cinco años para prepararte.

—No sé... —Bárbara no hizo caso de mis titubeos e inseguridades, puso la palma de la mano hacia arriba y me pidió con ese sencillo gesto que le entregara mi móvil, y lo hice.

—Mira este: Carlos, treinta y cinco años, practica yoga, ama la naturaleza, trabaja en un laboratorio de investigación... —ladeó la cabeza sonriendo... y es mono.

—Déjame ver. —Le arrebaté el teléfono y me acerqué a la pantalla para ver la foto del espécimen en cuestión—. Sí, es mono —reconocí repasando curiosa su perfil— y lleva relativamente poco inscrito, solo ha tenido una cita en tres meses. No parece

desesperado.

—¿Le doy? —comentó Barbi situando el dedo sobre el icono de «¿Te apetece una cita?»—. No te lo pienses mucho, estas cosas es mejor hacerlas sin meditar demasiado, no tienes nada que perder.

—¿Y no sería mejor antes tener una cibercita de aproximación? —pregunté con los ojos puestos en el icono de «Quiero conocerte» mientras sujetaba el móvil entre las dos.

—Ya te vale, estando los dos aquí en Alicante, lo mejor es una cita de verdad de la buena, y si va todo bien, os podéis dar un buen restregón.

—Vale, sí, dale —dije como una pubescente ilusionada por ir al concierto de Abraham Mateo—, pero vendrás antes a casa a arreglarme y prestarme algo de tu ropa.

—Eso está hecho.

Un, dos, tres, respiré y me calmé. Un, dos, tres, respiré y me calmé... Era la millonésima vez que ponía en práctica las respiraciones que aprendí en el curso de relajación al que me apunté para superar el abandono de Julio. Una época de mi vida que

iba a dejar atrás en poco tiempo tras conocer a Carlos: un inteligente científico con un atractivo muy bohemio. Solo de pensarlo ya me temblaban las piernas. Mi primera cita desde hacía cinco años. Volví a mi despacho e impaciente abrí su ficha y comencé a releerla con más detenimiento. Tenía un perfil interesante, parecía un buen chico. Todavía no había respondido a «Mi toque», pero es que, claro, no habían pasado ni cinco minutos.

No lo habría visto aún. Eso era una buena señal, sin duda. No debía de estar demasiado desesperado y, además, era indicio de que no era uno de esos enganchados al móvil que

andan mirando las notificaciones cada dos por tres. Yo no quería uno de esos que prestan más atención al móvil que a mi persona y tampoco estaba buscando un hombre

desesperado, ¿o sí? Llevaba tanto tiempo fuera del mercado que ya no sabía si era un bocadito apetecible. Tal vez sí necesitaba un desesperado. La incertidumbre me iba a matar, así que me puse a respirar con más ahínco.

A las siete sonó el timbre. Era Bárbara, y por el característico ruido de ruedas que la

acompañaba, venía acompañada de su *trolley* de estampado felino.

—¡Pasa, estoy en el baño! —le grité a mi amiga, que poco después entró arrastrando su maletín mágico.

—Joder, cómo pesa este cacharro —dijo con la voz entrecortada por el esfuerzo—, pero tiene poderes extraterrenales.

—No creo que yo esté tan mal, ¿no? Un poco de maquillaje superfluo y un buen vestido es lo único que necesito.

—Te quiero, Merche, lo sabes, pero necesitas algo más que eso.

Que Bárbara me dijera eso, precisamente ese día, no hizo que mi nivel de seguridad aumentase. Yo siempre me había visto bien, no es que fuera la nueva Sofia Vergara, pero

debía de tener mi público.

—¿Tan mal me ves? Tengo una piel estupenda. Mírame, parezco un lavabo de Porcelarota y mis ojos aún no lucen patas de gallo.

—Eso es porque no te ríes, hace mucho que no sueltas una carcajada. Pero a partir de ahora esa mirada cambiará.

—A peor, porque si mi falta de arrugas se debe a mi estado de amargura, el estado de felicidad me convertirá en una vieja pelleja.

Me miré detenidamente en el espejo y me estiré la cara como Isabel Preysler. No estaba nada mal. Gozaba del cutis de mi madre: una piel suave y tersa inmune a las inclemencias del envejecimiento.

—Las arrugas producidas por un exceso de felicidad son bellas, lo dice la revista *Crazy People* —continuó diciendo Bárbara a la vez que sacaba unos utensilios parecidos a una llana de albañil.

—¡Muy acertado el nombre de la revista! —exclamé con los ojos como platos mientras Bárbara cargaba la herramienta con una especie de masilla cosmética—. ¿Me vas a

echar

eso en la cara?

—Cara, cuello y escote —dijo mi trabajadora de obras públicas.

—¡Voy a parecer un cenicero de barro! —grité horrorizada.

—¿Parezco yo acaso un cenicero de eso? Además, no nombres esa palabra en mi presencia, sabes que es oírlo e irritarme —dijo mirándome ofendida por haber osado pronunciar la palabra «barro»; desde el incidente del pene golpeador, esa palabra estaba vetada para ella.

—No... pero...

—Déjame hacer mi trabajo, te recuerdo que he hecho miles de cursos de maquillaje, además de pertenecer al ilustre colegio de Personal Shoppers Spain.

Bárbara siempre se apuntaba un tanto en esas ocasiones. Estaba muy orgullosa de pertenecer a esa sociedad de compradores compulsivos que podían llevar prendas ridículas porque se graduaron en un evento de hotel como personal *shopper*. Me obligó a asistir a la ceremonia de investidura como si se fuera a graduar en Medicina. Entre el público, solo

estábamos yo y un señor calvo, que fue a acompañar a su nieta.

Tenía que reconocer que el resultado no estaba del todo mal, creía que nadie me confundiría con una estatua de Miguel Hernández, aunque para mi gusto había enfatizado

demasiado los ojos.

—Me gusta, pero podrías suavizar el tono de las sombras, parezco *La novia cadáver*

—le pedí con un tono conciliador para no ofender su sensibilidad profesional.

—De eso nada, el *smoked eyes* es tendencia y aún más con el modelito que he traído para ti.

—Miedo me das —le dije, aunque pensé: «¡Qué miedo voy a dar yo!»

No sé cómo me dejé embaucar, supongo que me dio pena visto el tesón que le ponía al

asunto. Diez minutos después, estaba vestida frente al espejo, con los ojos abiertos de par

en par examinando en el espejo lo que parecía ser una versión madurita de las hijas de Zapatero.

—¿En serio me vas a dejar salir a la calle así? —le pregunté a la licenciada en moda.

—¿Bromeas? Estás espectacular, espectacular —me alabó dándome la vuelta como a una peonza.

—¿Tú crees? —dije escépticamente—. No te ofendas, Bárbara, pero no voy a hacer un botellón en el cementerio.

—No me ofendes, no tienes mi buen gusto —me replicó guardando todas sus herramientas en la maleta.

—¿Podías rebajar un poco el cardado del tupé? Creo que voy a pillar alguna red wifi con él —dije soltando una risita.

—No, no y no, vas a salir tal cual y mañana me darás las gracias por ello. —Se paró frente a mí con gesto serio y los brazos cruzados.

No tuve más remedio que salir vestida de esa guisa, Bárbara había insistido en llevarme en coche al restaurante para asegurarse de que no reculaba y me metía derecha en la ducha tan pronto cerrase la puerta de mi piso.

—Pásalo bien y mándame un wasap cuando llegues a casa. —Me soltó como a un toro a la plaza y salió quemando ruedas. Casi pude escuchar sus carcajadas de bruja en la distancia mientras entraba en el restaurante para conocer a Carlos.

Continúa en... <http://relinks.me/B015PWPGCE>